

# Forrest Gump



Winston Groom

Lectulandia

Cuenta la divertida vida de Forrest Gump, un muchacho que se presenta como idiota, pero que demuestra que algo tan trivial como la inteligencia no es una barrera infranqueable ante la vida.

Consigue ser una estrella del futbol americano, héroe de guerra, magnate de los negocios, astronauta y un largo etcétera. Cada capítulo es una desternillante y conmovedora historia sobre un chico que no le importa lo que piensen de él y que vive, pese a cualquier circunstancia, con una sonrisa en su rostro.

Lectulandia

Winston Groom

# Forrest Gump

ePUB v1.2

Perseo 18.05.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Forrest Gump*  
Winston Groom, 1986  
Traducción: Camila Batlles  
Diseño/retoque portada: Perseo

Editor original: Perseo (v1.0 a v1.2)  
Corrección de erratas: Perseo  
ePub base v2.0

Ser idiota no es ninguna bicocha, se lo aseguro. Los demás se ríen de ti, pierden la paciencia, te tratan mal. Dicen que la gente debería ser amable con los deficientes, pero no siempre es así. De todos modos, yo no me quejo, porque he vivido una vida bastante interesante.

Soy idiota desde que nací. Mi coeficiente intelectual es aproximadamente 70, lo cual, según dicen, demuestra que soy idiota. Algunos dirían que soy imbécil, o memo, aunque yo me considero más bien torpe, y no idiota, porque la gente cree que los idiotas son esos mongólicos con los ojos muy juntos que parecen chinitos, que siempre están babeando y toqueteándose.

Soy torpe, lo reconozco, pero probablemente más listo de lo que piensa la gente, porque lo que me pasa por la cabeza es muy distinto de lo que la gente ve. Soy capaz de discurrir, pero cuando me toca decir o escribir lo que pienso me hago un lío. A ver si lo explico con un ejemplo.

El otro día iba por la calle cuando de repente vi a un hombre trabajando en su jardín. Iba a plantar unos arbustos y al verme me dijo:

—¿Quieres ganarte un dinerillo, Forrest?

Yo contesté que sí, y el tipo me dijo que le ayudara a transportar la tierra. En total calculo que transporté unas diez o doce carretadas de tierra, con el calor que estaba cayendo, de una punta a la otra del jardín. Cuando terminé, el hombre me dio un dólar. En vez de soltarle cuatro frescas por darme esa miseria, cogí el dólar, murmuré «gracias» o algo parecido y seguí mi camino, enrollando y desenrollando el mísero dólar en la mano, como un idiota.

¿Comprenden lo que quiero decir?

De idiotas entiendo bastante. Probablemente es lo único de lo que entiendo, porque he leído mucho sobre ellos, desde el idiota de ese tío que se llama Doichivieski hasta el memo del rey Lear y Benjie, el idiota de Faulkner, y hasta el viejo Boo Radley, el que sale en *Matar a un ruiseñor*, que era el más idiota de todos. El que más me gusta es el viejo Lennie que sale en *De ratones y hombres*. Casi todos los escritores hacen que sus idiotas parezcan más listos de lo que la gente se cree. Con eso estoy de acuerdo. Cualquier idiota lo estaría. Je, je.

Cuando nací, mi madre me puso de nombre Forrest por el general Nathan Bedford Forrest, que luchó en la Guerra Civil. Mi madre dice que estamos

emparentados con la familia del general Forrest. Era un gran hombre, dice mi madre, sólo que después de la guerra le dio por organizar lo del Ku Klux Klan, que hasta mi abuela dice que son una pandilla de salvajes. Yo estoy de acuerdo con ella, porque el Gran Jefe La Repera, o como se llame, tenía una tienda en la ciudad en la que vendía armas, y un día, cuando yo tenía doce años, pasé frente a ella y me paré a mirar el escaparate y vi una soga colgando del techo, como una horca. Cuando me vio el Gran Jefe, se puso la soga alrededor del cuello y sacó la lengua para asustarme. Yo eché a correr y me escondí en un aparcamiento, detrás de unos coches, hasta que alguien avisó a la policía y vinieron y me llevaron a casa de mi madre. De modo que aparte de lo que hiciera el viejo general Forrest en la guerra, lo de montar el Ku Klux Klan fue una burrada, eso lo saben hasta los idiotas. Además, mi madre me puso el nombre de Forrest por el general.

Mi madre es una señora muy maja. Todo el mundo lo dice. Mi padre murió al poco de nacer yo, así que no llegué a conocerlo. Trabajaba de estibador en el muelle. Un día, cuando la grúa estaba sacando un cargamento de plátanos de un buque de la United Fruit Company, se debió de romper algo y los plátanos cayeron encima de mi padre, dejándolo aplastado como una tortilla. Un día oí a unos hombres comentar el accidente, decían que había sido bestial, media tonelada de plátanos y mi padre despachurrado en el suelo. A mí no me entusiasman los plátanos, excepto el pastel de plátanos. Eso sí que me gusta.

Aparte de la pequeña pensión que recibía de la United Fruit Company, mi madre alquilaba habitaciones a huéspedes, así que más o menos bien nos las apañábamos. Cuando era pequeño, mi madre solía tenerme encerrado en casa para evitar que los otros niños se metieran conmigo. En verano, por las tardes, cuando hacía mucho calor, me instalaba en el cuarto de estar y bajaba las persianas para que no entrara el sol y me daba limonada. Luego se sentaba a charlar conmigo de esto y de aquello y de lo de más allá, como si hablara con el perro o con el gato, pero a mí me gustaba, porque el sonido de su voz me hacía sentirme seguro y a gusto.

Al principio, cuando me hice más grande, mi madre me dejaba salir a jugar con los chicos del barrio, pero luego se enteró de que me tomaban el pelo. Un día, un chico empezó a perseguirme y me atizó en la espalda con un palo y me hizo un buen cardenal. A partir de ese día mi madre me prohibió que jugara con los chicos del barrio. Visto lo visto, intenté jugar con las chicas, pero tampoco me fue bien porque en cuanto me veían echaban a correr.

Mi madre decidió mandarme a la escuela pública, creyendo que me ayudaría a ser como todo hijo de vecino, pero al cabo de un tiempo los profesores dijeron a mi madre que yo no podía seguir allí, con los otros niños. De todos modos, me dejaron que terminara el curso. A veces, mientras la maestra hablaba, no sé lo que me pasaba por la cabeza, pero el caso es que me ponía a mirar por la ventana, a los pájaros y a

las ardillas y a otros animalitos que trepaban por una vieja encina que crecía en el jardín. Entonces la maestra se acercaba y me pegaba una bronca. A veces me entraba una sensación así como rara y me ponía a gritar, y la maestra me echaba de clase y me mandaba que me sentara en un banco en el pasillo. Los otros chicos nunca jugaban conmigo, sólo les divertía perseguirme, gritar y burlarse de mí, menos Jenny Curran, que era la única que no salía corriendo al verme y me dejaba que la acompañara a casa cuando salíamos de la escuela.

Al año siguiente me mandaron a otra escuela, una escuela muy rara. Era como si hubieran metido en ella a todos los chicos anormales que había en la ciudad. Había chicos de todas las edades, desde más pequeños que yo hasta chicos de dieciséis o diecisiete años. Eran todos unos retrasados mentales a los que de pronto les daban espasmos y convulsiones. Ni siquiera podían ir solos al retrete. Yo era el mejor, me parece.

Había un chico alto y gordo, de unos catorce años, que tenía una enfermedad que hacía que se pusiera a temblar como si estuviera sentado en la silla eléctrica o algo parecido. La señorita Margaret, nuestra maestra, me hacía acompañarlo al lavabo cada vez que tenía que ir a hacer pipí, para que no hiciera nada raro. Pero él lo hacía de todos modos, y yo no sabía cómo pararlo. De modo que me metía en un retrete y esperaba a que hubiera terminado para acompañarlo de nuevo a la clase.

Estuve en esa escuela cinco o seis años. La verdad es que no estaba mal. Nos dejaban pintar con los dedos y esas cosas, pero mayormente nos enseñaban a atarnos los cordones de los zapatos y a comer sin echarnos la comida por encima y a no ponernos a gritar como bestias y a no tirar las cosas. No nos enseñaron a leer, bueno, sí, los letreros de las calles y de los lavabos públicos, para que los chicos no nos metiéramos en el de Señoras en vez del de Caballeros y al revés. Con la cantidad de chiflados que había en ese colegio, era imposible tratar de enseñarnos otras cosas. Además, creo que nuestros padres nos mandaban a la escuela más que nada para librarse de nosotros. ¿Quién quiere a una pandilla de retrasados mentales correteando por ahí? Hasta yo me daba cuenta de eso.

Cuando cumplí trece años empezaron a pasar cosas muy extrañas. En primer lugar, empecé a crecer. En seis meses crecí quince centímetros y mi madre tuvo que alargarme los pantalones. Además, empecé a engordar. Cuando cumplí los dieciséis medía un metro noventa y siete centímetros y pesaba ciento ocho kilos. Lo sé porque me pesaron y dijeron que era increíble.

Lo que sucedió a continuación cambió del todo mi vida. Un día, cuando iba yo de camino a casa a la salida de la escuela para retrasados, se paró un coche a mi lado y un hombre asomó la cabeza por la ventanilla y me preguntó mi nombre. Yo se lo dije y entonces me preguntó a qué escuela iba, extrañado de no haberme visto por el barrio. Cuando le dije que iba a una escuela para retrasados, me preguntó si sabía

jugar al fútbol. Yo sacudí la cabeza. Podía haberle dicho que había visto jugar a otros chicos, y que no me dejaban jugar con ellos, pero como ya he dicho, no tengo facilidad para expresarme, de modo que me limité a sacudir la cabeza. Eso pasó unas dos semanas después de que comenzaran las clases.

Tres días o así más tarde me sacaron de la escuela para retrasados. Vinieron a recogerme mi madre, el hombre del coche y otros dos con aspecto de energúmenos; supongo que estaban presentes por si me daba un ataque o algo así. Sacaron mis cosas del pupitre, las metieron en una bolsa de papel y me dijeron que me despidiera de la señorita Margaret. De repente, la maestra se echó a llorar y me dio un abrazo.

Luego me despedí de mis compañeros, que me miraban con cara de imbéciles, babeando y golpeando los pupitres con los puños. Y luego me marché.

Mi madre iba sentada en el asiento delantero con el hombre del coche y yo detrás, entre los dos energúmenos, como en las viejas películas de policías y ladrones, cuando te llevaban a la comisaría. Pero no fuimos a una comisaría, sino a una escuela secundaria que acababan de construir en el barrio. Al llegar me llevaron al despacho del director. Entramos mi madre, yo y el otro hombre, mientras los dos energúmenos esperaban en el pasillo. El director era un anciano con canas, que llevaba una corbata de seda con una mancha y unos pantalones que le quedaban anchos; también parecía retrasado mental. Nos sentamos y el director empezó a hacerme preguntas, que yo contesté moviendo la cabeza en sentido afirmativo o negativo, pero lo que querían es que jugara al fútbol. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta.

Resulta que el tipo del coche, un tal Fellers, era el entrenador del equipo de fútbol. Ese día no fui a clase, sino que Fellers me llevó al vestuario y uno de los energúmenos me dio un traje de futbolista, de esos con hombreras y rodilleras, y casco de plástico, muy bonito, con una cosa delante para que no me aplastaran la cara. El único problema es que no encontraron zapatos de mi talla, así que tuve que utilizar mis zapatillas deportivas hasta que enviaron unos zapatos de mi talla.

Entre el entrenador y los dos energúmenos me pusieron el uniforme de futbolista y luego me hicieron desnudar de nuevo y volver a vestirme unas diez o veinte veces, hasta que aprendí a vestirme solo. Tuve algunos problemas con el suspensorio, porque no entendía para qué servía. Los otros intentaron explicármelo, y uno de los energúmenos dijo que yo era un anormal, creyendo que no lo entendería, pero claro que lo entendí, porque yo me suelo fijar mucho en esas cosas. No es que me doliera. Joder, si me han llamado cosas mucho peores. Pero lo entendí perfectamente.

Al cabo de un rato entraron unos chicos en el vestuario y se pusieron el equipo de futbolista. Al salir del vestuario Fellers me presentó a los demás. Dijo unas chorradas que no entendí porque estaba muerto de miedo y era la primera vez que alguien me presentaba a unos desconocidos. Al cabo de un rato se acercaron algunos chicos para



darme la mano y decirme que se alegraban de que estuviera en el equipo. Luego Fellers tocó el silbato, lo cual hizo que me pegara un susto de muerte, y todos empezaron a correr por el campo para entrar en calor.

Lo que sucedió a continuación es una larga historia, pero el caso es que empecé a jugar al fútbol. Fellers y uno de los energúmenos trataban de ayudarme, porque no sabía jugar al fútbol. Hay una jugada que consiste en bloquear a los otros jugadores, pero por más que intentaron explicármelo yo no acababa de entenderlo y todos empezaron a perder la paciencia porque yo no me acordaba de lo que tenía que hacer. Luego trataron de enseñarme otra cosa llamada «defensa», que era que tres chicos se colocaban delante de mí y yo debía pasar por encima de ellos para agarrar al tío que llevaba el balón. Lo primero fue fácil, porque sólo tuve que empujar hacia abajo la cabeza de los tres jugadores que tenía delante, pero por lo visto no les convenció la forma en que intenté cogerle el balón al otro jugador y me hicieron practicar la jugada quince o veinte veces con una encina enorme, hasta que le cogiera el tranquilo. Al cabo de un rato, cuando pensaron que ya había practicado bastante con la encina, me colocaron otra vez ante los tres jugadores y el que llevaba el balón y se enfadaron porque no me tiré sobre él con toda la mala baba. Mis compañeros me llamaron de todo, y cuando terminamos de entrenar fui a hablar con el entrenador Fellers y le dije que no quería tirarme sobre el del balón porque tenía miedo de hacerle daño. Fellers contestó que no me preocupara, que iba bien protegido. En realidad no es que tuviera miedo de hacerle daño, sino de que se enfadara conmigo y de que él y los otros se pusieran a perseguirme para darme una paliza porque yo no había sido amable. En resumidas cuentas, tardé bastante en cogerle el tranquilo al asunto.

Cuando no entrenaba, iba a clase. En la escuela para retrasados no teníamos mucho que hacer, pero aquí se tomaban las cosas más en serio. Iba a tres clases en las que me sentaba por ahí y hacía lo que me daba la gana, y a otras tres en las que había una maestra que me enseñaba a leer. Sólo estábamos ella y yo. Era muy guapa y simpática, y más de una vez tuve pensamientos sucios sobre ella. Se llamaba señorita Henderson.

La única clase que me gustaba era la del almuerzo, aunque en realidad no era una clase. Cuando estaba en la escuela para retrasados, mi madre me preparaba un sándwich, un pastel y una fruta —todo tipo de fruta, menos plátanos—, que yo me llevaba a la escuela. Pero en esta escuela había una cafetería en la que podías comer nueve o diez cosas distintas. Yo no sabía nunca por cuál decidirme. Pienso que alguien debió de decírselo a Fellers, porque al cabo de una semana se me acercó y me dijo que podía comer lo que quisiera, porque «ya estaba arreglado». ¡Joder!

¿A qué no adivinan que en mi clase estaba Jenny Curran? Se me acercó por el pasillo y dijo que se acordaba de mí, de la escuela de primaria. Había crecido mucho, tenía el pelo negro y muy bonito, las piernas largas y una cara preciosa, aparte de

otras cosas que no me atrevo a mencionar.

A Fellers no le gustaba cómo iban las cosas en el terreno de juego. Siempre estaba enfadado y no hacía más que chillarnos. Trataron de enseñarme a quedarme quieto e impedir que otros jugadores quitaran el balón al chico que lo llevaba, pero no salió bien, bueno menos cuando corrían con el balón por el centro de la línea. El entrenador no estaba satisfecho de mis progresos, y me pasaba la vida practicando con la encina. Pero es que yo no me atrevía a tirarme sobre el chico del balón como querían que hiciera. No sé, algo me lo impedía.

Un día pasó algo que hizo que también cambiaran las cosas. Últimamente, cuando iba a la cafetería cogía mi bandeja y me sentaba en la mesa de Jenny Curran. Yo no despegaba los labios, pero Jenny era la única persona que conocía en la escuela y me gustaba sentarme a su lado. Por lo general ella ni se fijaba en mí, sino que hablaba con otras personas. Al principio solía sentarme en una mesa con los otros jugadores, pero éstos se comportaban como si yo fuera invisible. Al menos Jenny Curran no se comportaba como si yo no existiera. Al cabo de unos días noté que había un chico que se sentaba siempre junto a Jenny, y que no dejaba de meterse conmigo. Decía: «¿Cómo está el memo?», y cosas por el estilo. Eso duró un par de semanas, pero yo seguía sin despegar los labios. Un día, harto de que se metiera conmigo, le solté (todavía no entiendo cómo me atreví a decirlo): «No soy ningún memo». El chico me miró y se echó a reír. Jenny Curran le dijo que se callara, pero el tío cogió un cartón de leche y me lo echó por encima. Yo me levanté de un salto y salí corriendo, porque estaba asustado.

Al cabo de un par de días, el chico se acercó a mí en el pasillo y me dijo que «iba a por mí». Estuve todo el día temblando de miedo, y por la tarde, cuando me iba a ir al gimnasio, me lo encontré con una pandilla de amigos suyos. Intenté dar un rodeo, pero el chico se acercó y se puso a darme empujones, mientras me llamaba estúpido y otras cosas. De pronto me arreó un puñetazo en la barriga. No me hizo mucho daño, pero me puse a llorar y salí corriendo mientras él y sus amigotes me perseguían. Corrí todo lo que pude hasta el gimnasio, a través del campo de fútbol, cuando de pronto vi a Fellers sentado en un banco, mirándome. Los chicos que me perseguían dieron media vuelta y desaparecieron. Fellers me miró con una expresión muy rara y me dijo que me cambiara enseguida. Al cabo de un rato apareció en el vestuario con un papel en el que había dibujado tres jugadas y me dijo que intentara memorizarlas.

Esa tarde, durante el entrenamiento, Fellers nos dividió en dos equipos y, de golpe, el jugador de defensa me entregó el balón y me dijo que corriera fuera de la línea de la derecha hasta el poste de la portería. Cuando los demás empezaron a perseguirme, eché a correr como una bala y tuvieron que tirarse a por mí siete u ocho tíos hasta que me derribaron. Fellers estaba entusiasmado. No paraba de saltar y exclamar y de dar golpecitos en la espalda a los jugadores. Me había hecho hacer

muchas carreras como ésta, para comprobar mi velocidad, pero corro mucho más deprisa cuando me persiguen. Cualquier idiota haría lo mismo.

A partir de ese día aumentó mi popularidad, y mis compañeros fueron más amables conmigo. Cuando jugamos el primer partido en serio yo estaba aterrado, pero en cuanto me pasaron el balón eché a correr hacia la línea de meta y conseguí marcar un par de tantos. Después de esa hazaña todos me trataban como a un rey. Esa escuela cambió mi vida. Incluso llegó a gustarme correr por el campo de fútbol con el balón, aunque me obligaban a correr por los laterales del campo en vez de hacerlo por el centro, derribando a otros jugadores, que era lo que yo quería. Uno de los energúmenos dijo que yo era el defensa más enorme de la escuela. No sé si lo dijo como un halago.

La señorita Henderson me ayudó a aprender a leer. Me dio *Tom Sawyer* y otros dos libros cuyo título no recuerdo, pero me puso un examen que no se me dio nada bien. De todos modos, esos libros me gustaron mucho.

Al cabo de un tiempo volví a sentarme junto a Jenny Curran en la cafetería y nadie se metió conmigo. Un día, en primavera, cuando volvía a casa a la salida de la escuela, apareció de golpe el chico que me había tirado la leche. Sostenía un palo en la mano y empezó a llamarme cretino e imbécil. Unas personas se detuvieron para mirar la escena y, de pronto, apareció Jenny Curran. Yo estaba a punto de echarme a correr, pero al verla me quedé inmóvil. El chico me arreó un golpe en la barriga con el palo y yo le agarré el brazo con una mano y con la otra le solté un puñetazo en la cabeza, y así acabó el asunto, más o menos.

Por la noche mi madre recibió una llamada de los padres del chico, diciendo que si volvía a ponerle la mano encima a su hijo me denunciarían a las autoridades para que «me encerraran». Yo traté de explicar a mi madre lo que había pasado y ella dijo que lo comprendía, pero se quedó muy preocupada. Me dijo que como era tan grandote debía andarme con cuidado para no hacerle daño a nadie. Yo le prometí que no volvería a hacer daño a nadie. Más tarde, mientras estaba acostado en la cama, oí a mi madre llorar en su habitación.

Haber pegado a ese chico en la cabeza influyó en mi forma de jugar al fútbol. Al día siguiente pedí a Fellers que me dejara correr con el balón por el centro del campo y él me dejó. Derribé a cuatro o cinco jugadores y conseguí llegar a la meta. Ese mismo año entré a formar parte del equipo de fútbol estatal. No podía creerlo. Para mi cumpleaños mi madre me regaló dos pares de calcetines y una camisa. Como había ahorrado algún dinero me compró también un traje, que me puse para recibir el premio a uno de los mejores jugadores del equipo estatal de fútbol. Era mi primer traje. Mi madre me hizo el nudo de la corbata y me marché tan contento.

El banquete en honor de los jugadores del equipo estatal de fútbol se celebró en una pequeña población llamada Flomaton, que según el entrenador Fellers era un villorrio que ni siquiera figuraba en el mapa. Nos montamos en un autocar —éramos seis los jugadores de esta zona, y a los seis nos habían concedido el premio— y partimos. Llegamos al cabo de dos horas. En el autocar no había lavabo y como me había bebido un par de limonadas antes de marcharme, cuando llegamos a Flomaton estaba a punto de reventar.

La celebración se hizo en el auditorio de la escuela secundaria de Flomaton. En cuanto llegamos yo y otros más nos fuimos directamente al servicio, pero no sé cómo pasó que cuando iba a desabrocharme los pantalones comprobé que la cremallera se había enganchado en los faldones de la camisa. Al ver que no había manera de bajarla, un chico muy amable de un equipo rival fue a avisar a Fellers, que apareció con los dos energúmenos para ayudarme. Al cabo de un rato de intentar inútilmente desabrocharme la bragueta, uno de los energúmenos dijo que la única solución era romper la cremallera. Al oír eso, Fellers se puso en jarras y le soltó:

—¿Pretendes que el chico salga con la bragueta abierta y enseñándolo todo? Menuda impresión causaría a los asistentes.

Luego se volvió hacia mí y dijo:

—Mira, tendrás que aguantarte las ganas hasta que haya concluido el acto. Luego intentaremos abrir la cremallera como sea, ¿de acuerdo?

Yo asentí, porque no tenía más remedio, pero me di cuenta que iba a tener que aguantarme las ganas durante bastante rato.

En el auditorio había un millón de personas sentadas en las mesas, sonriendo y aplaudiendo. Me hicieron sentar en una mesa muy larga, situada en el estrado, delante de todo el mundo, y cuando vi la cantidad de gente que se levantaba para hablar mis temores se vieron confirmados. Parecía como si todos los presentes fueran a soltar un discurso, hasta los camareros y el conserje. Me hubiera gustado que estuviera ahí mi madre, para ayudarme, pero se había quedado en la cama con gripe. Al fin llegó el momento de entregarnos el premio, que era un pequeño balón dorado. Nos habían advertido que cuando pronunciaran nuestros nombres debíamos levantarnos, acercarnos al micrófono, recoger el premio y decir «gracias». También nos advirtieron que si queríamos añadir algo procurásemos ser breves, para no estar allí

hasta el año dos mil.

La mayoría de los premiados ya habían recogido su premio y habían dado las gracias cuando de repente me tocó a mí. Un tipo pronunció a través del micrófono el nombre de «Forrest Gump», que, por si no lo sabían, es mi apellido, y me levanté para ir a recoger el premio. Cuando me acerqué al micrófono y dije «gracias», todos los presentes se pusieron de pie y empezaron a aplaudir y a vitorearme. Supongo que alguien debió de avisarles que era idiota, por lo que se esforzaron en mostrarse amables conmigo. Fue una sorpresa muy agradable. No sabía qué hacer, de modo que me quedé allí quieto, sin hacer nada. Al cabo de unos momentos el público guardó silencio y el tío que estaba junto al micrófono se inclinó hacia mí y me preguntó si deseaba añadir algo más.

—Tengo ganas de orinar —contesté.

Durante unos momentos todos los presentes se quedaron mudos, mirándose extrañados. Luego empezó a extenderse un murmullo por la sala y Fellers me agarró del brazo y me condujo de nuevo a la mesa. Durante el resto de la velada Fellers me dirigió varias miradas asesinas, pero en cuanto terminó el banquete él y los energúmenos me acompañaron al lavabo, tiraron de la cremallera del pantalón hasta romperla y al fin pude orinar. Cuando terminé, Fellers comentó:

—Me encanta tu facilidad de palabra, Gump.

Al año siguiente no pasó gran cosa, salvo que alguien difundió el rumor de que el equipo estatal de fútbol había fichado a un retrasado mental y empezaron a llegar cartas de todos los rincones del país. Mi madre las conservó todas, junto con unos recortes de prensa en los que mencionaban mi nombre. Un día recibimos un paquete de Nueva York que contenía una pelota de béisbol, de reglamento, firmada por todo el equipo de los Yankees de Nueva York. Era el regalo más bonito que me habían hecho en toda mi vida. Lo conservé como si fuera un lingote de oro hasta que un día, mientras jugaba con la pelota en el jardín, apareció un perro que la cazó al vuelo y se entretuvo mordisqueándola hasta destrozarla. Siempre me suceden ese tipo de cosas.

Un día Fellers me llevó al despacho del director. Al entrar me presentaron a un hombre que me estrechó la mano y me preguntó si había pensado alguna vez en jugar en un equipo de fútbol universitario. Me dijo que me habían estado «observando». Yo sacudí la cabeza, porque la verdad es que no lo había pensado.

Todos parecían sentir un gran respeto por ese hombre, al que hacían reverencias y llamaban «señor Bryant». Pero él me dijo que le llamara «Oso», lo cual me pareció un nombre muy raro, aunque tenía cierto parecido con un oso. Fellers le advirtió que yo no era lo que se dice una lumbrera, pero el Oso contestó que ninguno de sus jugadores lo era y que él se encargaría de que alguien me ayudara con los estudios. Al cabo de una semana me entregaron una hoja con una serie de preguntas sobre temas

de los que no tenía la menor idea. Por lo visto se trataba de un examen. Al cabo de un rato empecé a aburrirme y dejé de responder a las preguntas.

Dos días más tarde apareció de nuevo el Oso y Fellers me acompañó otra vez al despacho del director. El Oso parecía muy disgustado, pero estuvo muy amable conmigo. Me preguntó si me había esforzado en responder correctamente a las preguntas del examen. Yo asentí.

—Lo lamento —dijo el Oso—, pero el resultado del examen indica que este chico es idiota.

El director puso los ojos en blanco y Fellers, que estaba de pie con las manos en los bolsillos, me miró con tristeza. Eso daba al traste con las posibilidades de que me fichara un equipo de fútbol universitario. Al menos, eso supusimos todos.

El hecho de que yo fuera demasiado torpe para jugar en un equipo universitario no impresionó al Ejército estadounidense. En primavera, al finalizar el curso en la escuela de enseñanza superior, todos mis compañeros se graduaron. El director me permitió ocupar un asiento en el estrado e incluso me prestó una túnica negra para que me la pusiera, como el resto de mis compañeros. Cuando llegó el momento oportuno, el director anunció que iba a darme un diploma «especial». Cuando me puse en pie para acercarme al micrófono, los dos energúmenos se levantaron también para acompañarme, supongo que para impedir que soltara algo parecido a lo que solté el día en que me entregaron el premio futbolístico. Mi madre estaba sentada en primera fila, llorando y estrujándose las manos. Yo estaba muy contento, como si hubiera hecho algo importante.

Pero cuando regresamos a casa, me enteré del motivo por el que mi madre no había dejado de llorar. Había llegado una carta que decía que debía presentarme en la oficina de reclutamiento. Yo no sabía de qué iba el asunto, pero mi madre sí. Estábamos en 1968 y no tardarían en suceder cosas terribles.

Mi madre me dio una carta del director para que la entregara en la oficina de reclutamiento, pero la perdí. Al llegar me encontré con un negro grande y vestido con un uniforme militar, que no cesaba de dar voces. Después de dividirnos en dos grupos, dijo:

—Quiero que la mitad paséis a este lado, que la mitad paséis a ese otro lado y la mitad de vosotros permanezcáis en vuestro lugar.

Todos nos miramos extrañados, sin saber qué hacer. Hasta yo me di cuenta de que ese tipo era imbécil.

Acto seguido nos condujeron a una habitación, nos colocaron en fila y nos ordenaron que nos quitáramos la ropa. Yo no soy muy dado a desnudarme así como así, pero al ver que los otros obedecían yo también lo hice. Nos examinaron los ojos, la nariz, la boca y las orejas, incluso nuestras partes íntimas. De pronto un tío me dijo

que me inclinara hacia delante y me metió el dedo en el culo.

¡El colmo!

Me volví rápidamente y le pegué un puñetazo en las narices. De repente se organizó un follón de miedo y varios tíos se echaron sobre mí. Como estoy acostumbrado a esas cosas, al final conseguí liberarme y salí corriendo de la habitación. Cuando regresé a casa y le conté a mi madre lo que había pasado, se disgustó mucho y dijo:

—No te preocupes, Forrest, todo se arreglará.

Se equivocó. Al cabo de unos días apareció una furgoneta militar y unos hombres vestidos de uniforme, con unos cascos negros y relucientes, llamaron al timbre y preguntaron por mí. Yo estaba escondido en mi habitación, pero mi madre me aseguró que sólo querían llevarme de nuevo a la oficina de reclutamiento. No me quitaron el ojo de encima durante todo el trayecto, como si yo fuera un loco peligroso o algo por el estilo.

Me condujeron a un amplio despacho, donde había un anciano también vestido de uniforme, el cual me miró de arriba abajo. Luego me dijo que me sentara y me entregó una hoja llena de preguntas. Aunque eran mucho más fáciles que las del otro examen, me costó bastante contestar a todas.

Cuando terminé me llevaron a otra habitación, en la que había cinco personas sentadas ante una mesa larga. Mientras examinaban la hoja que yo acababa de rellenar, me hicieron unas cuantas preguntas. Después se pusieron a hablar entre ellos, firmaron un papel y me lo entregaron. Cuando se lo enseñé a mi madre, ésta empezó a estrujarse las manos y a llorar y a darle gracias a Dios porque el papel decía «Exento provisionalmente», supongo que porque soy idiota.

Durante esa semana ocurrió otro hecho importante en mi vida. Teníamos en casa una huésped, una señora que trabajaba de telefonista en la compañía telefónica. Se llamaba señorita French. Era una señora muy amable y discreta, pero una noche que hacía un calor asfixiante y estalló una tormenta, ésta asomó la cabeza por la puerta de su habitación en el momento en que yo pasaba y dijo:

—He comprado unos pastelitos de crema. ¿Te apetece uno, Forrest?

Yo dije que sí y la señorita French me invitó a pasar a *mi* habitación. Sobre la cómoda había una caja de pastelitos de crema y, tras ofrecirme uno, me dijo que cogiera otro y que me sentara en la cama. Calculo que me zampé unos quince pastelitos de crema, que estaban riquísimos, mientras seguía cayendo un chaparrón acompañado de rayos y truenos. Al cabo de un rato la señorita French me dio un empujoncito, haciendo que me tendiera en la cama, y empezó a acariciarme de forma bastante íntima.

—Cierra los ojos —me dijo— y no te preocupes.

Al cabo de unos momentos me di cuenta de que estaba sucediendo algo que

nunca me había sucedido. No sé explicarlo, porque tenía los ojos cerrados, y porque mi madre me habría matado si llega a enterarse. Sólo sé que esa experiencia me abrió unas perspectivas totalmente desconocidas para mí.

El problema era que aunque la señorita French era muy simpática y amable, las cosas que me hizo esa noche yo habría preferido que me las hiciera Jenny Curran. Sin embargo, no tenía muchas posibilidades de conseguirlo, ya que, dada mi forma de ser, no me resulta muy fácil pedirle a una chica que salga conmigo. Por decirlo suavemente.

No obstante, tras mi nueva experiencia conseguí reunir el valor suficiente para preguntar a mi madre qué debía hacer para salir con Jenny, aunque no dije una palabra de lo que había sucedido entre la señorita French y yo. Mi madre respondió que no me preocupara, que ella misma llamaría a la madre de Jenny para explicarle la situación. Al día siguiente, por la tarde, va y se presenta Jenny Curran en mi casa.

Llevaba un vestido blanco, una flor rosa en el pelo y estaba más guapa de lo que yo había podido imaginar nunca. Mi madre la hizo pasar a la sala de estar, le ofreció un helado y me llamó para que bajara, pues en cuanto vi a Jenny caminando por la acera hacia mi casa corrí a esconderme en mi habitación. Habría preferido que me persiguieran cinco mil tíos antes que tener que salir de mi habitación, pero mi madre subió, me agarró de la mano, me obligó a bajar, y también me dio un helado. Eso me hizo sentir mejor.

Mi madre nos dijo que fuéramos al cine y dio a Jenny tres dólares. Jenny estuvo muy simpática conmigo, riendo y hablando sin parar, mientras yo movía la cabeza y la miraba como un tonto. Al llegar al cine, que estaba a unas cuatro manzanas de mi casa, Jenny compró las localidades, entramos y nos sentamos. Me preguntó si quería palomitas, y cuando regresó con las palomitas la película ya había empezado.

Era una película sobre un hombre y una mujer que se llamaban Bonnie y Clyde y se dedicaban a atracar bancos. Había otros personajes muy interesantes, pero también muchos tiros, muertos, burradas por el estilo. Me chocaba ver que la gente se matara de esa forma, y cada vez que aparecía una escena violenta me echaba a reír. Jenny me miró extrañada y se hundió en el asiento, como si se sintiera avergonzada de que la vieran conmigo. Hacia la mitad de la película, cuando me volví, vi que estaba casi sentada en el suelo. Supuse que se había caído y la agarré del hombro para ayudarla a incorporarse.

De pronto oí un ruido como si se hubiera producido un desgarrón. Al bajar la vista comprobé que el vestido de Jenny se había roto y que estaba enseñando los pechos, de modo que intenté cubrirla. Ella empezó a protestar y a gesticular bruscamente mientras yo trataba de sujetarla para que no volviera a caerse. Algunos espectadores se volvieron para mirarnos. De pronto apareció un tío con una linterna, que enfocó hacia nosotros, y Jenny, que todavía llevaba las tetas al aire, soltó un



grito, se levantó de un salto y salió corriendo.

Acto seguido aparecieron dos tipos que me condujeron a un despacho. Al cabo de unos minutos llegaron cuatro policías y me pidieron que les acompañara. Me senté en el asiento trasero del coche patrulla, entre los dos policías, como el día en que vinieron a recogerme a la escuela el entrenador Fellers y los dos energúmenos, sólo que esta vez sí me llevaron a la comisaría. Al llegar me metieron en una habitación, me tomaron las huellas, me hicieron una foto y me metieron en una celda. Fue una experiencia terrible. Yo estaba preocupado por Jenny, pero al cabo de un rato vino mi madre a buscarme, estrujándose las manos y secándose los ojos con un pañuelo, y comprendí que otra vez me había metido en un buen lío.

Al cabo de unos días mi madre me puso el traje y me llevó al juzgado para celebrar una especie de ceremonia. Nos encontramos a un hombre muy amable, con bigote y con una cartera grande. Le contó al juez un montón de cosas que no acabé de comprender y luego hablaron otras personas, entre ellas mi madre. Al cabo de un rato me tocó el turno a mí.

El hombre del bigote me cogió del brazo y yo me levanté. El juez me preguntó qué había sucedido y no supe responder, así que me encogí de hombros. Luego me preguntó si quería añadir algo más y contesté: «Tengo ganas de orinar», porque llevábamos allí toda la mañana y estaba a punto de reventar. El juez se inclinó hacia delante y me miró como si fuera un marciano o algo parecido. Luego, el tipo del bigote le dijo no sé qué y el juez le dijo que me acompañara al lavabo. Al salir de la sala me di la vuelta y vi a mi pobre madre con la frente apoyada en la mano y enjugándose los ojos con el pañuelo.

Cuando entré de nuevo en la sala, el juez se rascó la barbilla y dijo que el asunto le parecía «muy raro», pero que en el servicio militar cambiaría y seguramente iba a adquirir un poco de sensatez. Mi madre le informó de que el Ejército me había rechazado por ser idiota, pero que por la mañana había llegado una carta de la universidad diciendo que si estaba dispuesto a jugar en el equipo universitario, podría estudiar allí gratuitamente.

El juez respondió que eso también le parecía bastante raro, pero que estaba de acuerdo siempre y cuando me largara de la ciudad.

A la mañana siguiente hice la maleta y mi madre me acompañó a la parada del autocar. Una vez instalado en el asiento miré por la ventanilla y vi a mi madre llorando y enjugándose los ojos con un pañuelo. Es una escena que me conozco de memoria. La tengo grabada en la mente. Al cabo de unos minutos arrancó el autocar y me fui.

Cuando llegamos a la universidad, Bryant, el entrenador, entró en el gimnasio, donde estábamos todos vestidos con unas camisetas y unos pantalones cortos, y nos soltó un discurso. Era más o menos igual que los que solía hacer Fellers, sólo que hasta un idiota como yo se daba cuenta de que él iba en serio. Habló poco y con claridad, y terminó diciendo que el último que se montara en el autocar para dirigirse al campo de entrenamiento recibiría un puntapié en todo el culo. Sí, señor. Nadie puso en duda sus palabras, y todos corrimos a montarnos en el autocar como sardinas en lata.

Eso sucedió en el mes de agosto, que en el estado de Alabama es algo más caluroso que en otros sitios. Si uno hubiera colocado un huevo sobre un casco de fútbol se habría frito en diez segundos. Claro que a nadie se le ocurrió hacer semejante cosa, pues la vida ya era lo suficientemente dura sin cabrear encima a Bryant.

Bryant mandó a sus ayudantes que me enseñaran dónde iba a alojarme, un bonito edificio de ladrillo situado en el campus que según me dijo alguien lo llamaban «el dormitorio de los simios». Los ayudantes del entrenador me llevaron allí en coche y me condujeron arriba, donde estaba mi habitación. Por desgracia, aunque la fachada tenía buen aspecto el interior era un desastre. Al principio daba la impresión de que hacía mucho tiempo que nadie vivía en el edificio, por la cantidad de mierda que había por todas partes. La mayoría de las puertas, por no decir las ventanas, habían sido arrancadas de cuajo.

Al entrar vi a unos tíos acostados en unos camastros, medio desnudos puesto que estábamos a cuarenta y tres grados, mientras las moscas revoloteaban sin cesar por la habitación. En el pasillo había un montón de periódicos. Al principio temí que nos obligaran a leerlos, ya que estábamos en una universidad, pero después me dijeron que eran para colocarlos en el suelo y no pisar así toda la mierda.

Los ayudantes de Bryant me enseñaron mi cuarto y dijeron que confiaban encontrar por allí a mi compañero de habitación, Curtis no sé qué, pero había desaparecido. Así que me ayudaron a deshacer la maleta y me enseñaron el baño, que tenía peor aspecto que el retrete de una gasolinera de un pueblo de mala muerte, y se marcharon. Pero antes de irse, uno de ellos dijo que estaba seguro de que Curtis y yo nos llevaríamos a partir un piñón, porque los dos teníamos el seso de un mosquito. Yo lo miré con desprecio, porque ya empezaba a estar cansado de oír la misma canción,

pero el tío me ordenó que me tumbara en el suelo e hiciera cincuenta flexiones. Después, decidí hacer lo que me ordenaran sin rechistar.

Me acosté en la cama, después de cubrirla con una sábana para no ensuciarme, y estaba soñando que estaba sentado en el cuarto de estar con mi madre, como solíamos hacer cuando apretaba el calor, tomando una limonada y charlando, cuando alguien entró violentamente en la habitación tras tumbar la puerta de una patada. Era un tío con cara de loco, con los ojos saltones, le faltaban dos dientes, y tenía la nariz como una berenjena y el pelo de punta, como si hubiera metido los dedos en un enchufe. Supuse que se trataba de Curtis.

Entró mirando a un lado y al otro, como si temiera que alguien fuera a atacarlo, pasando por encima de la puerta que acababa de tumbar. Curtis no es muy alto, pero parece un armario. Lo primero que hizo fue preguntarme de dónde soy. Cuando respondí que era de Mobile, dijo que era una birria de sitio y dijo que él era de Opp, un lugar célebre por su mantequilla de cacahuetes, y que si no me gustaba, abriría un bote y me untaría el culo con ella. Ése fue el tipo de conversación que mantuvimos durante los dos primeros días.

Por la tarde, durante los entrenamientos, en el campo de fútbol debía de hacer unos cien grados y los ayudantes de Bryant corrían de un lado al otro gritando y azuzándonos para que pusiéramos mayor empeño y nosotros haciendo ejercicios. Aunque estaba hecho puré y llevaba la lengua colgando como si fuera una corbata, intenté hacerlo lo mejor que pude. Al cabo de un rato nos dividieron en dos grupos, me colocaron con los defensas y empezamos a ensayar unos pases.

Antes de venir me enviaron un paquete que contenía un libro de instrucciones, con un millón de pases distintos. Cuando pregunté a Fellers qué tenía que hacer con eso, me miró con tristeza y contestó que no hiciera nada, que cuando llegara a la universidad me explicarían lo que tenía que hacer. Ojalá no hubiera seguido el consejo de Fellers, porque cuando ensayamos el primer pase me volví hacia la izquierda en lugar de hacerlo hacia la derecha y se armó un lío tremendo. Uno de los ayudantes de Bryant vino corriendo y gritándome. Una vez que se hubo calmado me preguntó si había estudiado el libro de pases que me habían enviado. Cuando contesté negativamente se puso a brincar y a gesticular como si espantara moscas. Al fin, me ordenó que diera cinco vueltas alrededor del campo mientras consultaba con Bryant lo que debían hacer conmigo.

Bryant estaba sentado en lo alto de una torre, observándonos como si fuera Dios Todopoderoso. Yo eché a correr alrededor del campo mientras observaba al ayudante subir por la escalera de la torre para hablar con Bryant. Cuando le contó lo que yo había hecho, Bryant se volvió y sentí que me clavaba la vista en la espalda como un dardo. De pronto oí una voz a través de un megáfono que decía:

—Forrest Gump, preséntese lo antes posible en la torre del entrenador.

Al volverme vi a Bryant y a su ayudante bajar por la escalera de la torre, mientras yo seguía corriendo alrededor del campo, agotado y a punto de desmayarme.

Pero va y descubro que Bryant estaba sonriendo. Luego me indicó que me sentara en las gradas y me preguntó por qué no había estudiado el libro que me habían enviado. Yo intenté explicarle lo que me había aconsejado Fellers, pero Bryant me interrumpió y me ordenó que regresara al campo de juego y practicara cómo apresar el balón cuando me lo lanzaran. Entonces tuve que confesarle algo que supongo que no le hizo ninguna gracia, es decir, que mis compañeros de la escuela secundaria jamás me habían lanzado el balón, pues suponían que bastante tenía con recordar dónde estaba nuestra línea de meta sin intentar atrapar balones al vuelo.

Al enterarse de esa noticia, Bryant entornó los ojos y se puso a mirar a lo lejos, como si contemplara la luna o algo por el estilo. Luego dijo a su ayudante que fuera a por un balón y cuando éste regresó con el balón, Bryant me dijo que avanzara unos pasos y luego me volviera hacia él. Acto seguido me arrojó el balón. Yo lo vi dirigirse hacia mí como si se moviera en cámara lenta, pero se me escurrió entre las manos y cayó al suelo. Bryant sacudió la cabeza, como si ya se temiese que pasara eso, y tuve la sensación de que estaba muy disgustado.

Desde que era pequeño, cada vez que hacía algo malo mi madre me decía:

—Debes tener cuidado, Forrest, porque algún día te van a encerrar.

Aterrado ante la perspectiva de que me «encerraran», procuraba hacer las cosas bien, pero jamás pude sospechar que acabaría encerrado en «el dormitorio de los simios».

Mis compañeros hacían unas cosas que no les hubieran tolerado ni en un manicomio, como arrancar el retrete, de modo que cuando ibas al lavabo tenías que cagar en un agujero en el suelo; arrojaban la taza por la ventana sin importarles que en aquel momento pudiera pasar alguien y abollarle el coche. Una noche, un salvaje cogió un rifle y empezó a disparar contra todo lo que se moviera en un edificio situado al otro lado de la calle. Los policías del campus acudieron a todo correr, pero el tipo tiró un motor fueraborda por la ventana, y acertó a caer sobre el coche patrulla. Como castigo, Bryant le hizo dar varias vueltas alrededor del campo.

Curtis y yo no nos llevábamos muy bien, así que me sentía más solo que nunca. Echaba de menos a mi madre y deseaba regresar a casa. El problema con Curtis es que no comprendía lo que decía. Cada vez que abría la boca soltaba tal retahíla de tacos que yo perdía el hilo. Supongo que la mayoría de veces protestaba por algo.

Curtis tenía coche y solía acompañarme a los entrenamientos, pero un día, cuando fui a reunirme con él, me lo encontré inclinado sobre un desagüe en la calle, gritando como un poseso. Según me contó, tuvo un pinchazo y cuando fue a cambiar la rueda

dejó los tornillos del tapacubos en el suelo y se le cayeron por el desagüe. Temiendo que fuéramos a llegar tarde, lo cual hubiese cabreado a Bryant, pregunté:

—¿Por qué no sacas un tornillo de las otras ruedas y sujetas cada tapacubos con tres tornillos? Supongo que resistirá hasta que lleguemos al campo.

Curtis dejó de blasfemar, me miró y dijo:

—¿No decían que eras idiota? ¿Cómo es que sabes tanto?

A lo que contesté:

—Puede que sea idiota, pero no soy gilipollas.

Al oír eso Curtis echó a correr detrás de mí, con la llave inglesa en la mano y llamándome de todo. Ese episodio destruyó nuestra amistad.

Después de eso decidí buscar otro sitio donde alojarme. Cuando terminamos de entrenar bajé a inspeccionar los sótanos del «dormitorio de los simios» y pasé la noche allí. No estaba más sucio que el dormitorio y había una bombilla colgada del techo. Al día siguiente trasladé mi catre y me instalé en el sótano del edificio.

A todo esto había empezado el curso y los profesores no sabían qué hacer conmigo. Había un tío en el departamento de atletismo cuya única misión consistía en colocar a los idiotas como yo en una clase donde fuéramos capaces de aprobar los exámenes. Algunas asignaturas eran bastante sencillas, como la de educación física, pero además estaba obligado a estudiar un curso de inglés y uno de ciencias o matemáticas, y no había vuelta de hoja. Más tarde me enteré de que algunos profesores tenían la manga ancha con los jugadores de fútbol, teniendo en cuenta que estaban muy ocupados jugando al fútbol y no les quedaba tiempo para estudiar. Había un profesor muy comprensivo en ciencias, pero desgraciadamente sólo daba una clase llamada Luz intermedia, que parecía estar destinada a licenciados en física o algo por el estilo. De todos modos me metieron ahí, aunque yo no tenía ni idea de física.

Con el inglés no tuve tanta suerte. Al parecer no había ningún profesor de inglés amable y comprensivo, pero me dijeron que no me preocupara, que aunque suspendiera tratarían de arreglarlo.

En la clase de Luz intermedia, me dieron un libro de texto que pesaba cinco kilos y parecía estar escrito por un chino. Por las noches me lo llevaba al sótano, lo colocaba sobre mi catre, bajo la luz de la bombilla, y al cabo de un tiempo, aunque parezca increíble, empecé a entender lo que decía. No comprendía por qué teníamos que estudiar esas historias, pero no me costaba ningún esfuerzo hacer los cálculos que ponía el libro. Mi profesor se llamaba Hooks, y después del primer examen me pidió que pasara a su despacho.

—Forrest —dijo—, quiero que me digas la verdad. ¿Te ha pasado algún compañero las respuestas a esas preguntas?

Yo sacudí la cabeza. El profesor me entregó una hoja con un problema matemático y me pidió que me sentara e intentara resolverlo. Cuando terminé, le

devolví la hoja. El profesor Hooks le echó un vistazo y exclamó:

—¡Es fantástico!

Las clases de inglés eran otra cosa. El profesor, el señor Boone, era muy severo y hablaba por los codos. El primer día, después de clase, nos dijo que por la noche redactáramos una breve autobiografía sobre nosotros mismos. Fue lo más difícil que había intentado en mi vida, pero pasé toda la noche en vela, pensando y escribiendo lo que se me ocurría, pues me habían asegurado que aunque suspendiera el examen no tenía importancia.

Al cabo de unos días el señor Boone nos devolvió los trabajos, criticando y burlándose de las autobiografías que habían escrito mis compañeros. Luego se acercó a mí y pensé que iba a expulsarme de la clase. Pero, ante mi sorpresa, empezó a leer mi trabajo en voz alta mientras se partía de risa. Al cabo de unos segundos, toda la clase estalló en carcajadas. En mi trabajo hablaba de la escuela para retrasados de la época en que jugué al fútbol bajo las órdenes de Fellers, del banquete para premiar a los jugadores del equipo estatal de fútbol, de la oficina de reclutamiento, de Jenny Curran, de lo que pasó en el cine, etcétera. Cuando terminó, el señor Boone dijo:

—Es muy original. Justamente lo que yo quería.

Todos se volvieron para mirarme. Luego, el profesor Boone continuó:

—Debería pensar en matricularse en escritura creativa, señor Gump. ¿Cómo se le ocurrieron esas peripecias?

A lo que contesté:

—Tengo ganas de orinar.

El señor Boone me miró estupefacto durante unos segundos y luego soltó una carcajada, al igual que el resto de mis compañeros.

—Es usted un joven muy divertido, señor Gump —observó Boone.

Lo que también me dejó sorprendido.

El primer partido de fútbol se jugó al cabo de unas semanas, en un sábado. Los entrenamientos habían sido un desastre hasta que Bryant decidió qué hacer conmigo, que era más o menos lo que había decidido Fellers. Mis compañeros me entregaron el balón y dejaron que echara a correr por el campo. El día del partido corrí más deprisa que de costumbre y marqué cuatro tantos, así que ganamos a la universidad de Georgia por 35 a 3. Todos me felicitaron calurosamente y me dieron unas palmadas en la espalda hasta dejármela hecha polvo. Después de cambiarme llamé a mi madre, que me dijo que había oído el partido por la radio y que se sentía tan feliz que estaba a punto de estallar. Por la noche todos mis compañeros se fueron de juerga, pero ninguno me pidió que los acompañara, de modo que bajé al sótano. Al cabo de un rato oí una música que procedía de uno de los pisos superiores. Era una música muy agradable, y decidí subir para averiguar qué pasaba.

Al entrar en una habitación vi a un chico, Bubba, sentado en la cama tocando una armónica. Durante los entrenamientos se había roto el pie y lo llevaba enyesado, y como apenas podía moverse se entretenía tocando la armónica. Yo me senté en la cama y le escuché durante un rato. No hablamos de nada, él estaba sentado en una cama y yo en otra, y él tocaba la armónica. Al cabo de una hora le pedí que me dejara intentar tocarla y él dijo que bueno. ¡Qué poco podía imaginarme que eso iba a cambiar mi vida para siempre!

Después de practicar durante unos minutos, empecé tocar la armónica mejor. Bubba estaba entusiasmado y dijo que jamás había oído a nadie tocarla tan bien. Al cabo de un rato, cuando me levanté para marcharme, Bubba me dijo que me llevara la armónica, y estuve tocando bastante rato en mi habitación, hasta que me entró sueño y me acosté.

Al día siguiente, que era domingo, fui a devolverle la armónica a Bubba pero me dijo que podía quedármela, que él tenía otra. Yo me puse muy contento y fui a sentarme bajo un árbol y estuve todo el día tocando la armónica, hasta que ya no supe qué canción tocar.

Al anoecer, me levanté y eché a andar hacia el «dormitorio de los simios». Cuando iba a cruzar el campo de entrenamiento oí la voz de una chica que gritaba.

—¡Forrest!

Al volverme vi a Jenny Curran. ¡Menuda sorpresa!

Se acercó sonriendo, me cogió la mano y dijo que me había visto jugar el día anterior y que había estado fabuloso. Por lo visto ya no estaba enfadada por lo que había sucedido en el cine. Dijo que no había sido culpa mía, sino un accidente. Luego me preguntó si me apetecía una Coca-Cola.

Yo estaba más contento que unas castañuelas. No podía creer que estuviera ahí sentado, bebiéndome un refresco con Jenny Curran. Me contó que iba a clases de música y arte dramático, porque quería ser actriz o cantante. También me explicó que formaba parte de un pequeño conjunto que tocaba música folk, y que al día siguiente, por la noche, iban a actuar en el edificio de la Asociación Estudiantil, y me invitó a ir. Yo estaba tan impaciente por ir a oír cantar a Jenny Curran que esa noche apenas pegué ojo.

Bryant y sus ayudantes se han inventado una cosa secreta que nos tienen prohibido comentar, incluso entre nosotros. Me han enseñado a apresar el balón cuando me lo lancen. Todos los días, después del entrenamiento, practicaba con dos energúmenos y un defensa, corriendo y atrapando el balón al vuelo, hasta que me quedaba rendido, con la lengua colgando hasta el ombligo. Pero al fin había conseguido aprender a cazar al vuelo el balón y Bryant dijo que esa sería nuestra «arma secreta», como una bomba atómica o algo por el estilo, porque de ese modo lograríamos despistar a los equipos rivales y los derrotaríamos.

—Después de apresar el balón —me explicó Bryant— te echas a correr como una bala y cubres las cien yardas en nueve segundos y medio. Todo el mundo se va a quedar de piedra.

Bubba y yo nos habíamos hecho muy amigos y me enseñó nuevas canciones con la armónica. A veces bajaba al sótano y tocábamos juntos. Bubba decía que yo tocaba mejor que él. De no haber sido por la armónica, en serio que me habría largado de allí, pero la música me servía de consuelo. Me producía una emoción que no sé cómo describir. Era como si todo mi cuerpo fuera la armónica, y la música hacía que se me pusiera la carne de gallina. El truco está en la lengua, los labios, los dedos y en cómo mueves el cuello. Después de pegarme esas carreras por el campo de fútbol con la lengua fuera, creo que se ha me hecho más larga, lo cual me permite sacar de la armónica unas notas especiales, por decirlo de algún modo.

El viernes me puse mi traje nuevo. Bubba me dejó un poco de colonia y loción para después del afeitado y me fui al edificio de la Asociación Estudiantil. La sala estaba repleta de gente y al entrar vi a Jenny Curran y a tres o cuatro personas más sobre el escenario. Jenny llevaba un vestido largo y tocaba la guitarra, uno de los tipos tocaba el banjo y otro el contrabajo, que pellizcaba con los dedos.

Tocaban muy bien. Al verme sentado al fondo de la sala, Jenny sonrió y me indicó que me sentara delante. Era estupendo estar sentado en el suelo, mirando y escuchando a Jenny Curran. Pensé que más tarde compraría unos pastelitos de crema, por si le apetecía comerse uno.

Estuvieron tocando durante más de una hora, y todo el mundo estaba muy alegre y contento. Tocaron cosas de Joan Baez, de Bob Dylan y de Peter, Paul and Mary. Yo estaba inclinado hacia atrás, escuchando con los ojos cerrados, cuando de pronto, casi



sin darme cuenta, saqué la armónica y me puse a tocar con ellos.

Fue algo muy extraño. Cuando empecé a tocar Jenny estaba cantando *Blowin in the Wind*. Se paró unos instantes, el que tocaba el banjo también, y los dos me miraron con cara de extrañados. Luego Jenny sonrió y siguió cantando, mientras el que tocaba el banjo permanecía en silencio, dejando que me luciera un rato con mi armónica. Cuando terminé, el público me aplaudió con entusiasmo.

Luego hicieron una pausa. Jenny bajó del escenario y me preguntó:

—¿Dónde diantre has aprendido a tocar la armónica, Forrest?

Acto seguido Jenny me preguntó si quería tocar con ellos y yo dije que sí. Actuábamos los viernes, y cuando no teníamos que disputar un partido en otra población conseguía ganar veinticinco pavos en una sola noche. Me sentía como si estuviera en el paraíso, hasta que un día me enteré de que Jenny Curran se iba a la cama con el del banjo.

Desgraciadamente, no me iba tan bien con las clases de inglés. Una semana después de haber leído en voz alta mi autobiografía, el señor Boone me llamó y dijo:

—Señor Gump, le aconsejo que deje de hacerse el gracioso y se tome las cosas más en serio.

Dicho lo cual me devolvió un trabajo que yo había hecho sobre Wordsworth.

—El período romántico no siguió a «las chorradas del clasicismo» —observó secamente el señor Boone—, y los poetas Pope y Dryden no eran unos «gilipollas».

Luego me ordenó que escribiera de nuevo el trabajo. Supuse que el señor Boone no había notado que yo era idiota, pero no tardaría en darse cuenta.

Entretanto, alguien debió de soplarle algo a alguien, porque un día mi asesor del departamento de atletismo me llamó y me dijo que me dispensaban de asistir a las otras clases y que a la mañana siguiente me presentara en el centro médico de la universidad, donde me visitaría el doctor Mills. Me levanté temprano y fui a ver al doctor Mills; me lo encontré revisando un montón de papeles. Después de decirme que me sentara, me hizo varias preguntas. Cuando terminó, me ordenó que me quitara toda la ropa, excepto los calzoncillos, lo cual me tranquilizó, pues aún recordaba la que se había armado cuando los médicos militares me ordenaron desnudarme. El doctor Mills empezó a examinarme a fondo, mirándome los ojos y golpeándome en las rodillas con un pequeño martillo de goma.

Al cabo de un rato me pidió que regresara al día siguiente con mi armónica, pues había oído decir que tocaba muy bien y quería que tocara alguna canción mientras impartía la clase de medicina. Yo dije que bueno, aunque me pareció un tanto extraño, aunque sea así de bobo.

Al día siguiente, cuando entré en el aula, me encontré a unos cien alumnos de medicina, con unos delantales verdes, que tomaban notas sin parar. El doctor Mills

me pidió que me sentara en una silla en el estrado, junto a la cual había una mesita con un vaso y una jarra de agua.

El doctor Mills empezó a decir unas cosas que yo no comprendía, pero tuve la sensación de que se estaba refiriendo a mí.

—Es lo que se llama un «idiota ilustrado» —dijo en voz alta.

Todos los alumnos me observaban fijamente.

—Una persona que no sabe hacerse el nudo de la corbata ni atarse los cordones de los zapatos, que tiene la capacidad mental de un niño de diez años y, bueno, en este caso, el cuerpo de un Adonis —continuó el doctor Mills, mirándome y sonriendo de un modo que no me gustó nada—. Pero la mente de un idiota ilustrado oculta una inusitada brillantez, de tal modo que nuestro amigo Forrest es capaz de resolver unas complicadas ecuaciones matemáticas que vosotros no podríais resolver, aparte de tener un talento musical semejante al de Liszt o Beethoven. Se trata, en definitiva, de un idiota ilustrado —repitió otra vez, señalándome con el dedo.

Yo no sabía qué hacer, pero el doctor Mills me pidió que tocara algo, conque saqué la armónica del bolsillo y empecé a tocar *Puff, el dragón mágico*. Todos me miraban como si fuera un bicho raro o algo por el estilo. Cuando terminé de tocar, siguieron observándome en silencio, sin aplaudir ni nada. Supuse que no les había gustado la canción, de modo que me levanté, di las gracias y me marché. Que se vayan a la mierda.

Sólo ocurrieron otras dos cosas importantes durante el curso escolar. La primera fue cuando ganamos el campeonato nacional de fútbol universitario y nos presentamos en el Orange Bowl, y la segunda cuando me enteré de que Jenny Curran se acostaba con el tío que tocaba el banjo.

Sucedió la noche que teníamos que tocar en una fiesta que habían organizado en uno de los edificios del campus. Habíamos ensayado toda la tarde y tenía tanta sed que habría sido capaz de beberme toda el agua de un retrete, igual que un perro. Había una pequeña tienda a cinco o seis manzanas del «dormitorio de los simios», y después del ensayo fui a comprar unos limones y un poco de azúcar para preparar una limonada como la que preparaba mi madre. Detrás del mostrador había una mujer bizca que me miró como si fuera a atracarla o algo por el estilo. Mientras echaba un vistazo por la tienda, la mujer me preguntó:

—¿Puedo ayudarle en algo?

—Quiero unos limones —contesté.

La mujer respondió que no tenía limones, de modo que le pregunté si tenía naranjas, pero tampoco tenía naranjas. Yo seguí echando un vistazo y al cabo de una hora, la mujer se puso nerviosa y me dijo:

—¿Es que no piensa comprar nada?

Entonces cogí un bote de melocotones y un paquete de azúcar de una estantería, pensando que con eso me podría preparar un refresco que me calmara la sed. Cuando regresé a mi habitación en el sótano, abrí el bote con una navaja, machaqué los melocotones dentro de un calcetín y vertí el zumo en una jarra. Luego añadí un poco de agua y azúcar y agité bien la mezcla, pero debo reconocer que no se parecía en nada a una limonada. Más bien tenía gusto a calcetines resudados.

Jenny me pidió que me presentara en la sala donde celebraban la fiesta a las siete en punto. Cuando llegué me encontré a uno de los que tocaban en la orquesta instalando los altavoces y demás, pero Jenny y el del banjo habían desaparecido. Como no sabía qué hacer, salí a tomar el aire. De pronto vi el coche de Jenny en el aparcamiento, con lo cual supuse que acababa de llegar.

Las ventanillas del coche estaban empañadas, así que no pude ver nada en el interior. Pensé que quizá Jenny se había quedado atrapada en el coche y no podía salir, así que abrí la puerta y asomé la cabeza. Al hacerlo, se encendió una luz dentro del vehículo.

Jenny estaba tumbada en el asiento trasero, con la parte superior del vestido bajada y la parte inferior arremangada. El tío del banjo estaba tumbado encima de ella. Al verme, Jenny se puso a gritar y a gesticular como había hecho en el cine. Pensé que el del banjo la estaba molestando, de modo que lo agarré por la camisa, que era lo único que llevaba puesto, y lo saqué del coche.

No se necesita ser muy inteligente para darse cuenta de que había vuelto a meter la pata. ¡Dios, la que se armó! El tío empezó a insultarme mientras Jenny trataba de cubrirse. Al final me miró enfurecida y exclamó:

—¡Oh, Forrest, cómo has podido hacerme esto!

Y se largó, seguida del tío que tocaba el banjo. Después de ese episodio comprendí que no querían que siguiera tocando con el grupo, así que volví a refugiarme en el sótano. No entendí exactamente lo que había entre Jenny y el del banjo, pero por la noche Bubba vio que tenía la luz encendida y entró a verme. Cuando le conté lo sucedido, dijo:

—Pero hombre, Forrest, ¿no te diste cuenta de que estaban haciendo el amor?

Supongo que en el fondo sí me había dado cuenta, pero no quería reconocerlo. De todos modos, a veces uno no tiene más remedio que aceptar la realidad.

Menos mal que pasaba muchas horas ocupado jugando al fútbol, porque me llevé un gran disgusto al darme cuenta de que Jenny se estaba acostando con el del banjo y que seguramente yo no le atraía lo más mínimo en este sentido. Ninguno de nuestros adversarios había conseguido derrotarnos e íbamos a disputar el campeonato nacional en el Orange Bowl, contra los despinochadores de maíz del Nebraska. Siempre era un acontecimiento memorable cuando jugábamos contra un equipo del norte, porque siempre había algún jugador negro en el equipo, lo cual molestaba a algunos de mis

compañeros —como a Curtis—, aunque a mí personalmente me tenía sin cuidado, pues la mayoría de negros que he conocido son más amables conmigo que muchos blancos.

Cuando llegó el día del partido en el Orange Bowl de Miami todos estábamos un poco nerviosos. Bryant entró en el vestuario y apenas dijo nada, salvo que si queríamos ganar teníamos que esforzarnos mucho, o algo por el estilo. Luego salimos al campo y a los pocos minutos alguien me lanzó el balón, lo cogí en el aire y eché a correr hasta topar con los gigantescos negros y los no menos gigantescos blancos del Nebraska; debían de pesar doscientos kilos cada uno.

Así seguimos toda la tarde. Hacia la mitad del partido estábamos 28 a 7 a favor del Nebraska, y todos teníamos una cara más larga que un día sin pan. Bryant entró en el vestuario sacudiendo la cabeza como si supiera de antemano que íbamos a decepcionarle. Después de hacer unos dibujos en una pizarra y hablar con el Serpiente, que era el pasador, y con otros jugadores, se volvió hacia mí y me dijo que saliera al pasillo.

—Mira, Forrest, deja de hacer el ganso —dijo, acercándose y mirándome frente a frente—. Te has entrenado durante todo el año, has aprendido unas jugadas secretas y puedes hacerlas perfectamente. Quiero que salgas al campo convencido de que vamos a ganar y arremetas contra esos cretinos del Nebraska. Van a llevarse tal chasco que hasta se les va a caer el suspensorio. Todo depende de ti, conque sal y ponte a correr como si te persiguiera un animal salvaje.

Yo dije que sí. Al cabo de unos minutos salimos de nuevo al campo. El público empezó a aplaudir y a animarnos, pero a mí me parecía injusto que todo el peso del partido recayera sobre mis hombros. En fin, así es la vida.

Cuando al fin tuvimos el balón, el Serpiente dijo:

—De acuerdo, a ver cómo te portas, Forrest. Corre veinte yardas y cuando te vuelvas, la pelota estará ahí esperándote.

Así fue. El marcador indicaba 28 a 14.

Jugamos estupendamente, sólo que los gigantes negros y los grandullones blancos del Nebraska no se limitaban a presenciar el espectáculo. También tenían sus trucos, mayormente el de empujarnos y pasar sobre nosotros como si fuéramos de cartón.

Se quedaron atónitos al comprobar que yo era capaz de coger el balón, y tras cogerlo unas cinco veces, con lo cual puse el marcador 28 a 21, pusieron a dos tipos para que me persiguieran por todas partes. Eso dejó a Gwinn, el extremo, totalmente libre, de modo que agarró el balón que le tiró el Serpiente y echó a correr, luego se lo pasó a Comadreja y éste marcó un tanto. El marcador indicaba ahora 28 a 24.

Bryant se acercó al borde del campo y me dijo:

—Aunque tengas los sesos de un mosquito, debes esforzarte en ganar. Si lo consigues, me encargaré personalmente de que te nombren presidente de Estados

Unidos o lo que tú quieras.

Luego me dio una palmada en la cabeza, como si fuera un perro, y regresé junto a mis compañeros.

El Serpiente se quedó atrapado detrás de la línea en la primera jugada, y el tiempo iba pasando muy deprisa. En la segunda jugada trató de engañar a nuestros adversarios entregándome el balón en lugar de tirármelo, pero las dos toneladas de despinochadores de maíz del Nebraska, negros y blancos, cayeron sobre mí. Mientras estaba tumbado en el suelo pensé en lo que debió sentir mi padre cuando le cayó encima el cargamento de plátanos. Al cabo de unos momentos me levanté y nos agrupamos para planear la siguiente jugada.

—Forrest —dijo el Serpiente—, voy a fingir que le paso el balón a Gwinn pero te lo voy a lanzar a ti, así que échate a correr y cuando te vuelvas hacia la derecha, te encontrarás el balón en las manos.

Los ojos del Serpiente tenían una mirada salvaje como un tigre y yo obedecí sin rechistar.

En cuanto el Serpiente me lanzó el balón eché a correr por el centro del campo, sin perder la portería de vista. Pero de pronto un gigante se me arrojó encima para frenar mi carrera, y al cabo de unos segundos todos los negros y blancos del Nebraska arremetieron contra mí, derribándome por el suelo. ¡Maldita sea! Sólo faltaban unas yardas para alcanzar la línea de meta y ganar el partido. Cuando me incorporé, vi que el Serpiente había alineado a todos los jugadores para la última jugada, puesto que ya no nos quedaban más tiempos muertos. Cuando ya me había colocado en el lugar que me correspondía, el Serpiente puso el balón en juego y yo eché a correr, pero el Serpiente arrojó el balón unos seis metros por encima de mi cabeza, adrede, supongo que para detener el partido, ya que sólo quedaban dos o tres segundos para que terminara.

Desgraciadamente, el Serpiente se había confundido. Creyó que estábamos en el tercer intento cuando en realidad estábamos en el cuarto, de modo que perdimos el balón y, como es lógico, el partido. Fue una metedura de pata tan gorda como las que suelo hacer yo.

Yo me sentía muy deprimido, porque supuse que Jenny Curran habría presenciado el partido. Si yo hubiera conseguido que lo ganáramos, quizá me habría perdonado por lo que le hice. Pero no hubo suerte. El entrenador Bryant estaba también muy disgustado, pero lo encajó bien y dijo:

—En fin, chicos, siempre queda el año próximo.

Menos para mí. Tampoco tuve suerte en eso.

Después del partido del Orange Bowl, el departamento de atletismo recibió mis notas del primer curso. Al cabo de unos días Bryant me mandó llamar a su despacho. Al entrar me miró con aspecto preocupado y dijo:

—Comprendo que hayas suspendido el examen de inglés, pero no alcanzo a entender cómo conseguiste un sobresaliente en una asignatura llamada Luz intermedia y un suspenso en educación física, cuando acabas de ser nombrado el defensa universitario más valioso en la Conferencia del Sudeste.

Era una larga historia y no quise aburrir a Bryant, ¿pero por qué demonios necesito saber la distancia que hay entre los postes de meta en un campo de fútbol? Bryant me miró con tristeza y prosiguió:

—Lamento tener que comunicártelo, pero debido a tus notas no puedes seguir estudiando aquí, y yo no puedo hacer nada para ayudarte.

Me quedé inmóvil, estrujándome las manos, hasta que de golpe comprendí el significado de sus palabras: no iba a seguir jugando al fútbol. Tenía que dejar la universidad. Quizá no volvería a ver a mis compañeros. Puede que tampoco volviera a ver a Jenny Curran nunca más. Tendría que dejar mi habitación en el sótano y el próximo curso no estudiaría eso de la Luz avanzada, como me había dicho el profesor Hooks. Ni me di cuenta, pero los ojos se me llenaban de lágrimas. No dije nada, sino que agaché la cabeza.

El entrenador se levantó, se dirigió hacia mí y apoyó una mano en mi hombro.

—No te preocupes, hijo. Cuando llegaste aquí supuse que pasaría esto. Pero les pedí que te dejaran jugar una temporada. Al menos, nos hemos divertido mucho. Y no fue culpa tuya que el Serpiente arrojara el balón fuera del campo en el cuarto intento.

Cuando levanté la cabeza vi que Bryant tenía también lágrimas en los ojos.

—Escucha, Forrest —dijo, mirándome fijamente—, nunca hemos tenido un jugador como tú en esta universidad, ni volveremos a tener otro igual. Eres un jugador extraordinario.

Luego, Bryant se acercó a la ventana, dándome la espalda, y añadió:

—Buena suerte, hijo. Anda, lárgate de una vez.

Así pues, tenía que irme de la universidad.

Regresé a mi habitación en el sótano para recoger mis cosas. Al cabo de un rato

apareció Bubba con dos cervezas. Yo no había bebido nunca una cerveza, pero comprendo que a muchos les guste.

Bubba me acompañó hasta la puerta del dormitorio de los simios y, al salir, me encontré a todo el equipo de fútbol esperándome para despedirse de mí.

Todos guardaron silencio, hasta que el Serpiente se acercó a mí, me estrechó la mano y dijo:

—Siento mucho lo de aquel pase, Forrest.

—No te preocupes —respondí.

Luego se acercaron todos para darme la mano, incluso Curtis, mi ex compañero de habitación, que iba enyesado del cuello hasta la cintura tras haber tumbado una puerta por enésima vez.

Bubba se ofreció para ayudarme a transportar mi maleta hasta la parada del autocar, pero yo contesté que prefería ir solo.

—Escríbenos —dijo Bubba al despedirse de mí.

Cuando iba hacia la parada del autocar pasé frente al edificio de la Asociación Estudiantil, pero como no era viernes el conjunto musical de Jenny Curran no tocaba ahí esa noche, de modo que seguí mi camino y cogí el autocar para regresar a casa.

Cuando el autocar llegó a Mobile ya había anochecido. No le había comunicado a mi madre lo sucedido para no disgustarla, de modo que eché a andar hacia mi casa. Al llegar vi que la luz de su habitación estaba encendida y cuando entré me la encontré llorando y estrujándose las manos, tal como la había dejado. Me dijo que el Ejército estadounidense se había enterado que había tenido que dejar la universidad y ese mismo día había llegado una notificación indicándome que me presentara en el centro de instrucción militar. De haber sabido lo que me esperaba, no me habría presentado.

Unos días más tarde mi madre me acompañó al centro de instrucción. Me había preparado unos bocadillos por si me entraba hambre de camino de donde quiera que nos llevaran. Al llegar vi a un centenar de chicos esperando junto a cuatro o cinco autocares que estaban aparcados frente al centro, mientras un sargento no cesaba de chillar y dar órdenes. Mi madre se acercó a él y dijo:

—No comprendo por qué se empeñan en llevarse a mi hijo, porque es idiota.

Pero el sargento la miró sin pestañear y contestó:

—¿Y qué cree usted que son esos chicos? ¿Unas lumbreras?

Y con esto siguió gritando y dando órdenes. Al cabo de unos momentos se volvió hacia mí y me soltó también un bufido, con lo que monté corriendo en el autocar y partimos.

Desde que dejé la escuela para retrasados todo el mundo me grita: el entrenador

Fellers, Bryant, los energúmenos y los del Ejército. Pero les diré una cosa: los del Ejército gritan más fuerte y cosas peores que los demás. Nunca están satisfechos. No se quejan de que seas torpe o estúpido, como hacen los entrenadores, sino que se meten con tus partes íntimas y te llaman «capullo» o «caraculo». A veces me pregunto si Curtis habría servido en el Ejército antes de dedicarse a jugar al fútbol.

El caso es que después de pasar cien horas en el autocar llegamos a Fort Benning, en Georgia, y me acordé de los 35 tantos a 3 que metimos al equipo de los Dogs de Georgia. Las condiciones en el cuartel son algo mejores que las del dormitorio de los simios, pero el rancho es incomible, aunque muy abundante.

Aparte de eso, durante los meses sucesivos procuré hacer lo que me mandaban, aunque nuestros superiores no dejaban de gritarnos. Nos enseñaron a disparar un rifle, a arrojar granadas de mano y a arrastrarnos a cuatro patas. Cuando no lo hacíamos, corríamos alrededor del campo de instrucción, limpiábamos retretes o algo por el estilo. Lo que mejor recuerdo de Fort Benning es que ninguno de mis compañeros parecía ser más listo que yo, y eso era un alivio.

Poco después de llegar, me metieron de pinche en la cocina, debido a que un día, mientras hacíamos prácticas de tiro, hice un agujero en el depósito de agua. Al llegar a la cocina me enteré de que el cocinero se había puesto enfermo.

—Tendrás que preparar la cena, Forrest —me dijo uno.

—¿Y qué voy a hacer? —pregunté—. Nunca he hecho de cocinero.

—Da lo mismo —contestaron—. Esto no es el Sans Souci, ¿sabes?

—¿Por qué no preparas un cocido? —preguntó alguien—. Es lo más fácil.

—¿Un cocido de qué? —pregunté.

—Mira en el frigorífico —contestó el que había tenido la idea del cocido—. Echa en el puchero todo lo que encuentres.

—¿Y si no sabe bien? —pregunté.

—No importa. Aquí todo sabe a rayos.

En eso tenía toda la razón.

Empecé por coger todo lo que encontré en el frigorífico y la despensa. Había botes de tomates, judías, melocotones, tocino, arroz, harina, patatas y otras cosas. Una vez que hube reunido todos los ingredientes, pregunté a un compañero:

—¿Dónde voy a preparar el cocido?

—En el armario encontrarás unos cacharros.

Pero cuando miré en el armario sólo vi unas ollas y cacerolas pequeñas, en las que era imposible preparar un cocido para cien soldados.

—¿Por qué no se lo preguntas al teniente? —sugirió alguien.

—Está en el campo de maniobras —contestó otro.

—Cuando esos tíos regresen al cuartel estarán muertos de hambre —dijo otro compañero—, de modo que más vale que te espabiles.



—¿Qué os parece esto? —pregunté, indicando un objeto de acero que había en un rincón, que debía de medir unos dos metros de alto y un metro y medio de diámetro.

—¿Eso? Es la caldera de vapor. No puedes cocinar nada ahí dentro.

—¿Por qué? —pregunté.

—No sé. Pero yo que tú ni siquiera lo intentaría.

—Está caliente. Y lleno de agua —respondí.

—Haz lo que quieras —contestó uno de mis compañeros—. Nosotros tenemos cosas que hacer.

Conque decidí utilizar la caldera de vapor. Abrí todos los botes, pelé las patatas y tiré dentro del recipiente unos pedazos de carne, unas cebollas, unas zanahorias y diez o doce frascos de salsa de tomate y de mostaza. Al cabo de una hora, la caldera empezó a despedir un aroma muy rico.

—¿Cómo va la comida? —preguntó alguien.

—No la he probado —contesté.

Al retirar la tapa de la caldera vi que el cocido estaba hirviendo y observé unas patatas y cebollas flotando en la superficie.

—Deja que lo pruebe —dijo un compañero, cogiendo un tazón de hojalata y metiéndolo en el cocido.

—Esto está casi hecho —dijo—. Aumenta el calor. Los otros no tardarán en venir.

Aumenté el calor y al poco rato empezaron a llegar los que habían salido de maniobras. Después de darse una ducha y de cambiarse, entraron en el comedor.

Pero al probar el cocido comprobé que no estaba listo, ya que algunos de los ingredientes todavía estaban crudos. Los soldados empezaron a murmurar, de modo que aumenté el calor un poco más.

Al cabo de media hora empezaron a golpear las mesas con los cubiertos, como si fueran presos amotinados, y comprendí que tenía que hacer algo rápidamente, de modo que aumenté el calor al máximo.

Mientras estaba sentado observando el cocido, nervioso y sin saber qué hacer, entró el primer sargento en la cocina y gritó:

—¿Qué coño pasa? ¿Dónde está la comida de los soldados?

—Casi está listo, mi sargento —contesté.

En aquel momento empezaron a salir unas burbujas de vapor de la caldera y una de las patas se partió.

—¿Qué es eso? —preguntó el sargento—. ¿No se te habrá ocurrido preparar la cena en la caldera?

—Sí, señor —contesté.

El sargento me miró estupefacto y al cabo de unos segundos su asombro dio paso a una expresión de terror, como si se temiera lo que estaba a punto de ocurrir. Unos instantes más tarde la caldera estalló.

No estoy seguro de lo que pasó a continuación. Sólo recuerdo que hizo saltar el techo del comedor y reventó todas las puertas y ventanas.

El lavavajillas salió disparado a través de la pared y el tío que estaba metiendo unos cacharros dentro de la máquina se elevó por los aires como si fuera el Hombre Bala.

El sargento y yo salimos indemnes de milagro, como cuando estalla una granada de mano y el que la manipulaba no resulta herido. Pero la detonación nos arrancó toda la ropa de encima, menos el gorro de cocinero que yo llevaba puesto en aquellos momentos. La cocina estaba invadida de vapor, y al sargento y a mí se nos vino todo el cocido por encima, así que parecíamos un par de... no sé lo que parecíamos, pero teníamos una pinta muy rara.

Aunque parezca increíble, a ninguno de los soldados que estaban sentados en el comedor le pasó nada. Se quedaron inmóviles, con el pelo, la cara y los brazos cubiertos de patatas, cebollas y zanahorias, como si hubiesen sufrido una fuerte conmoción. En serio, no volvieron a protestar por no estar la cena lista.

De pronto el comandante entró corriendo y preguntó:

—¿Qué ha pasado?

Luego nos miró al sargento y a mí y gritó:

—¡Sargento Kranz! ¿Ha sido usted...?

—Ha sido Gump... la caldera... el cocido... —balbuceó el sargento.

De golpe recobró el sentido, agarró un enorme cuchillo que colgaba de la pared y gritó:

—¡Gump... la caldera... el cocido!

Y empezó a perseguirme con el cuchillo en la mano. Yo salí corriendo mientras el sargento me pisaba los talones por todo el campo de instrucción, el club de oficiales y el centro común de vehículos motorizados. No consiguió alcanzarme, porque yo corría más que él, pero comprendí que me había metido en un buen lío.

Una noche, durante el otoño, sonó el teléfono en el cuartel y era Bubba. Me dijo que le habían denegado la beca deportiva a raíz del accidente que había sufrido en el pie y que también tenía que dejar la universidad. Me preguntó si iría a Birmingham para ver el partido entre el equipo de la universidad y los cretinos del Misisipi, pero como ese sábado estaba de guardia, como todos los fines de semana desde que estalló la caldera, eso que ya hacía un año, le dije que era imposible. Así que tuve que contentarme con escuchar el partido por la radio mientras limpiaba las letrinas.

El partido estaba a punto de finalizar y el Serpiente se estaba luciendo de lo lindo. El marcador estaba 38 a 37 a favor nuestro, pero los cretinos del equipo del Misisipi lograron un tanto cuando faltaba un minuto para que acabara el encuentro. Yo recé para que al Serpiente no se le ocurriera lanzar el balón fuera de juego, como había

hecho en el Orange Bowl, pero eso fue exactamente lo que hizo.

Me quedé muy triste, pero de pronto oí unos aplausos y vítores y al cabo de unos momentos, cuando el público se hubo calmado, el locutor explicó que el Serpiente había fingido lanzar el balón fuera de juego para detener el partido, pero en realidad había pasado el balón a Curtis, que consiguió marcar el tanto definitivo. Eso les dará una idea de lo listo que es el entrenador Bryant. Supuso que los cretinos de Misisipi creerían que nosotros éramos lo bastante estúpidos para cometer de nuevo el mismo error.

Me alegré mucho de que nuestro equipo hubiera ganado, pero me pregunté si Jenny Curran habría visto el partido y si se habría acordado de mí.

En el fondo daba lo mismo que se hubiera acordado de mí o no, porque un mes más tarde nos embarcaron. Después de un año de instrucción militar soportando que nos trataran como a robots, nos dijeron que iban a enviarnos a un lugar a dieciséis mil kilómetros de distancia, sin exagerar. Resultó que iban a enviarnos a Vietnam, aunque nos aseguraron que no lo pasaríamos ni la mitad de mal de lo que lo habíamos pasado en Fort Benning. Eso sí que fue una exageración.

Llegamos a Vietnam en febrero y nos trasladaron en unos camiones de ganado desde Qui Nhon, en la costa del mar de China del Sur, hasta Pleiku, situado en las montañas. El viaje fue bastante agradable, pues el paisaje era muy interesante, lleno de plátanos, palmeras y arrozales en los que trabajaban los chinitos. Todos los que estaban de nuestra parte se mostraban muy amables con nosotros y nos saludaban al pasar.

A lo lejos distinguimos Pleiku, bajo una espesa nube de polvo rojo. En las afueras había unas míseras chozas, peores que las que había visto en Alabama, en las que vivían unas gentes a las que les faltaban los dientes. Los niños iban medio desnudos, como unos pordioseros. Cuando llegamos al cuartel general de la brigada me pareció que tampoco tenía mala pinta, menos por el polvo rojo. El lugar estaba limpio y aseado, con muchas tiendas de campaña en fila, y habían barrido el polvo y la suciedad. No parecía que hubiera una guerra. Era como si estuviéramos en Fort Benning.

Nos dijeron que todo estaba en calma porque era el año nuevo de los vietnamitas —el Tet o algo así—, y habían hecho una tregua. Todos nos sentimos muy aliviados, porque la verdad es que estábamos muertos de miedo. La calma, sin embargo, no duró mucho.

Después de instalarnos, nos ordenaron que fuéramos a las duchas para quitarnos la mugre del viaje. Las duchas consistían en un hoyo en el suelo donde habían colocado tres o cuatro depósitos de agua. Nos dijeron que nos metiéramos en el hoyo, después de dejar el uniforme doblado al lado, y que nos echarían agua con una

manguera.

Debo reconocer que no fue tan malo como me temía, ya que llevábamos casi una semana sin ducharnos y apestábamos. Mientras estábamos en el hoyo, lavándonos y haciendo el burro, comenzó a anochecer. De pronto oímos un ruido muy extraño y el tipo que nos duchaba con la manguera gritó: «¡Que vienen!». Todos los que estaban al borde del hoyo se esfumaron como por encanto, y nos dejaron a los demás ahí metidos, con el culo al aire, mirándonos atónitos. En éstas sonó una explosión, seguida de otra, y todos empezamos a gritar mientras tratábamos de vestirnos. Las bombas seguían cayendo a nuestro alrededor cuando alguien gritó de repente: «¡Al suelo!», y eso fue bastante absurdo, ya que estábamos todos tendidos de bruces en el hoyo, como si fuéramos lombrices en vez de seres humanos. Una de las explosiones hizo que cayera una lluvia de metralla en el hoyo, hiriendo a varios de nuestros compañeros, con lo que vimos que aquel agujero no era un lugar seguro. De pronto el sargento Kranz asomó la cabeza por el borde del hoyo y nos ordenó que saliéramos de allí y que le siguiéramos. Por suerte, en el momento de salir por piernas del hoyo cesaron las explosiones durante unos minutos. Al salir vi a cuatro o cinco de los tíos que nos rociaban con la manguera desparramados por el suelo. Estaban irreconocibles. Parecía que se hubieran caído dentro de una trituradora. Era la primera vez que veía un cadáver, y puedo jurar que fue la experiencia más espantosa que me ha sucedido en la vida.

El sargento Kranz nos indicó que nos tiráramos al suelo y le siguiéramos, y nosotros obedecimos. Debíamos ofrecer un espectáculo bastante cómico. Ciento cincuenta tíos arrastrándose en fila por el suelo, todos desnudos.

Al llegar a unas trincheras, el sargento Kranz nos ordenó que nos ocultáramos en ellas, en grupos de tres o cuatro soldados. Pero en cuanto nos metimos en la trinchera casi deseé haberme quedado en el hoyo, porque estaba llena de un agua de lluvia que apestaba, además de ranas, serpientes y otros bichos.

Pasamos toda la noche en las trincheras, sin cenar. Poco antes del amanecer cesaron las explosiones, así que salimos de las trincheras, recogimos nuestras ropas y armas y nos preparamos para el ataque.

Como éramos bastante inexpertos, no podíamos hacer gran cosa. Como no sabían dónde meternos, nos dijeron que fuéramos a vigilar el perímetro sur, que es donde estaban las letrinas de los oficiales. Aquello fue peor que las trincheras, pues una de las bombas cayó sobre una letrina y esparció media tonelada de mierda por toda la zona.

Tuvimos que quedarnos allí dentro todo el día, sin desayunar y sin almorzar. Al anochecer empezaron a bombardearnos de nuevo, así que tuvimos que tumbarnos sobre la mierda. Menudo asco.

Al fin alguien recordó que debíamos estar hambrientos y nos enviaron unas

raciones de comida. A mí me tocó un bote con huevos y jamón con fecha de 1951. Corrían toda clase de rumores. Alguien dijo que los del Vietcong habían ocupado Pleiku. Otro que los del Vietcong tenían una bomba atómica y nos habían atacado con morteros para ablandarnos. Otros decían que no eran los del Vietcong, sino unas tropas australianas, holandesas o noruegas. A mí me tenía sin cuidado la nacionalidad de nuestros atacantes. El caso es que por poco no lo contamos.

A partir de aquel día tratamos de hacernos un lugar decente en el perímetro sur. Cavamos unas trincheras y utilizamos unas maderas y unos pedazos de hojalata de las letrinas de los oficiales para levantar unas pequeñas chozas. Pero no atacaron ni vimos a ningún soldado del Vietcong. Pensé que no eran tan tontos como para atacar unas letrinas. Cada noche, durante tres o cuatro días, nos bombardearon con fuego de mortero, hasta que una mañana, cuando cesaron los bombardeos, el mayor Balls, el segundo comandante del batallón, vino arrastrándose y dijo al comandante de nuestra compañía que debíamos trasladarnos al norte para ayudar a otra brigada que estaba en la selva con un lío de mil demonios.

El teniente Hopper nos dijo que nos preparásemos y nos llenamos los bolsillos con granadas de mano, lo cual es un problema, porque no puedes comerte una granada de mano, pero es posible que tengas que utilizarla. Luego nos montamos en unos helicópteros y nos largamos de allí.

Antes de que aterrizaran los helicópteros vimos el lugar donde estaba la tercera brigada, en plena selva. Por todas partes se veían columnas de humo y había unas zanjales enormes en el suelo. Aún no habíamos puesto pie a tierra cuando empezaron a bombardearnos. Uno de los helicópteros explotó en el aire y fue una escena horrible. Nuestros compañeros se quemaban vivos y nosotros no podíamos hacer nada.

Yo era el encargado de transportar las municiones de la ametralladora. Pienso que creyeron que debido a mi tamaño era capaz de cargar con varios kilos de municiones y provisiones. Antes de partir, un par de tipos me preguntaron si me importaría transportar sus granadas de mano, para que ellos pudieran llevarse más raciones de comida, y yo accedí. Para colmo, el sargento Kranz me hizo cargar con un bidón de cuarenta litros de agua que debía de pesar media tonelada. Luego, poco antes de partir, Daniels, que era el encargado de transportar el trípode de la metralleta, sufrió un ataque de histeria y dijo que no se iba, de modo que tuve que cargar también con el trípode. Sólo me faltaba tener que cargar con uno de aquellos energúmenos del Nebraska, aunque no estábamos en un partido de fútbol.

Al anoecer nos ordenaron subir a un risco para ayudar a una compañía de Charlie (o sea, de los nuestros), que no se sabía muy bien si había caído en manos del Vietcong o si eran ellos los que habían atrapado al enemigo, según te enterases de la noticia a través del *Barras y estrellas* o simplemente echando un vistazo a tu

alrededor.

Al llegar al risco nos encontramos con que la metralla volaba en todas direcciones y vimos una docena de soldados malheridos, tirados por el suelo y gimiendo. El ruido era ensordecedor. Yo me agaché y empecé a trepar cargado con las municiones, el bidón de agua, el trípode y todo lo demás, cuando de pronto, al pasar por delante de una trinchera, un tipo asomó la cabeza y dijo a su compañero:

—Fíjate en ese tío, parece el monstruo de Frankenstein.

Yo me detuve para contestarle, porque ya empezaba a estar harto de todo, cuando el compañero de ese tipo saltó de la trinchera y gritó:

—¡Pero si es Forrest Gump!

Era Bubba.

En resumidas cuentas, me contó que aunque la lesión del pie no le dejaba seguir jugando al fútbol, no era lo suficientemente grave para que el Ejército de Estados Unidos no lo enviara a la otra punta del planeta. Tras muchos esfuerzos conseguí alcanzar la cima del risco, y al cabo de un rato apareció Bubba. Entre una explosión y otra (que pasaban cada vez que aparecían nuestros aviones) Bubba y yo pudimos charlar y contarnos nuestras aventuras desde que nos separamos.

Bubba me contó que había oído decir que Jenny Curran se había largado de la universidad con un grupo de pacifistas. También me contó que Curtis le había dado una paliza a un policía del campus que le había multado por aparcar en lugar prohibido, y tuvieron que acudir las autoridades de la universidad con una red para atrapar a Curtis y llevárselo detenido. Como castigo, Bryant le ordenó que diera cincuenta vueltas alrededor del campo de entrenamiento.

Ese Curtis no cambiará nunca.

Fue una noche larga e incómoda. Nuestros aviones no podían volar debido a la tormenta, de modo que los del Vietcong no pararon de bombardearnos durante toda la noche. Había una garganta entre dos cimas. Ellos estaban en uno y nosotros en el otro, y abajo, en la garganta, era donde se había organizado todo el lío. Por más vueltas que le doy, no comprendo por qué se peleaban por un pedazo de tierra cubierta de mierda y barro. Pero el sargento Kranz no se cansaba de repetirnos que no nos habían enviado allí para pensar, sino para obedecer sin rechistar.

Al cabo de un rato, el sargento Kranz trepó hasta la cima para decirnos lo que debíamos hacer. Nos ordenó que trasladáramos la ametralladora unos cincuenta metros hacia la izquierda de un gigantesco árbol que estaba en el centro de la garganta. Nos advirtió que buscáramos un lugar seguro donde instalarla, para que el enemigo no nos borrara del mapa. Por lo que había visto y oído, ningún lugar, ni el sitio donde nos encontrábamos en aquellos momentos, era seguro, pero lo de bajar hasta el fondo de la garganta me pareció una solemne estupidez. Pero intenté hacer lo que nos dijo.

Bones, el encargado de manejar la ametralladora, Doyle, que también transportaba municiones, otros dos tíos y yo salimos de nuestros agujeros y empezamos a bajar por la pendiente. Cuando habíamos avanzado unos metros, los del Vietcong nos vieron y empezaron a disparar con su ametralladora. Nosotros echamos a correr para que no nos alcanzaran y de pronto nos encontramos en la selva. No recuerdo cuánto mide un metro, pero mide casi lo mismo que una yarda, así que cuando ya estábamos cerca del árbol le dije a Doyle:

—Creo que deberíamos doblar hacia la izquierda.

Doyle me miró irritado y contestó:

—Cállate, Forrest, que se van a enterar los del Vietcong.

En efecto, había seis u ocho soldados del Vietcong sentados debajo del árbol, comiendo tranquilamente. Doyle cogió una granada de mano, le quitó el pasador y la arrojó hacia ellos. La granada estalló antes de aterrizar y oí unos gritos y gemidos que procedían del lugar donde estaban los vietnamitas. Luego, Bones abrió fuego con la ametralladora y los otros dos tíos y yo lanzamos otras dos granadas para rematar la faena. Al cabo de unos minutos, cuando todo volvió a la normalidad, seguimos nuestro camino.

Al fin encontramos un lugar donde plantar la ametralladora y nos quedamos allí hasta que oscureció. Pasamos la noche allí, pero no sucedió nada. A nuestro alrededor sonaban los disparos y explosiones, pero nadie nos atacó. Al amanecer nos sentíamos cansados y hambrientos, pero no nos movimos de allí. De pronto apareció un tío enviado por el sargento Kranz, que nos dijo que la compañía de Charlie iba a ocupar la garganta en cuanto nuestros aviones hubieran aniquilado a los soldados del Vietcong que se ocultaban allí, y que eso iba a suceder dentro de pocos minutos. Así fue, nuestros aviones no tardaron en aparecer, soltaron unas cuantas bombas y se cargaron a los soldados del Vietcong que estaban escondidos allí.

Al cabo de un rato vimos a la compañía de Charlie bajar por la pendiente hacia el fondo de la garganta, pero en cuanto asomaron la nariz todas las armas del mundo empezaron a disparar contra ellos, lanzándoles fuego graneado de mortero y demás. Se organizó un follón impresionante. Desde el lugar donde nos encontrábamos no veíamos a ningún soldado enemigo debido a la espesura, pero estaban allí, seguro, disparando contra la compañía de Charlie. Quizá fueran holandeses o noruegos. Quién sabe.

Bones, el encargado de la ametralladora, estaba muy nervioso, porque se oía que los disparos venían de un punto frente a nosotros, lo cual significaba que los del Vietcong estaban situados entre nosotros y nuestra compañía. Dicho de otro modo, estábamos más solos que la una. Antes o después, según dijo Bones, si los del Vietcong no conseguían eliminar a la compañía de Charlie, regresarían a este lugar, y no les iba a hacer ninguna gracia vernos aquí. O sea, que teníamos que largarnos cuanto antes. Conque recogimos los trastos y echamos a andar hacia el risco, pero de pronto Doyle miró hacia el fondo de la garganta y vio a un montón de soldados del Vietcong, armados hasta los dientes, subiendo la cuesta hacia donde estaban los nuestros. En vista de la situación, lo mejor que podíamos hacer era tratar de hacernos amigos de ellos y olvidarnos de la guerra, pero eso era imposible. Así pues, nos ocultamos detrás de unos arbustos y esperamos a que los del Vietcong hubieran llegado la cima. Luego, Bones empezó a dispararles con la ametralladora y calculo que se cargó a unos quince. Doyle, los otros dos tipos y yo lanzamos unas cuantas granadas. La suerte parecía estar de nuestra parte hasta que Bones se quedó sin municiones y me pidió que le diera más. Yo se las di, pero cuando Bones se disponía a apretar el gatillo, una bala del Vietcong le alcanzó en la cabeza y le voló la tapa de los sesos. Se quedó tendido en el suelo, sujetando la metralleta como si su vida dependiera de ello, aunque ya estaba muerto.

Todo aquello era horroroso y aún iba a peor. Nadie sabía lo que sería de nosotros si nos pillaban los del Vietcong. Grité a Doyle que se apartara, pero no me contestó. Entonces cogí la metralleta de las manos del pobre Bones y me arrastré hacia donde



se encontraba Doyle, pero al llegar vi que tanto él como los otros dos tíos estaban en el suelo. Estaban muertos, pero Doyle todavía respiraba, de modo que lo cargué sobre mis hombros como un saco de harina y eché a correr a través de la espesura hacia la compañía de Charlie, muerto de miedo. Corrí unos treinta metros, mientras las balas silbaban a mi alrededor, temiendo que me metieran una bala en el culo. De pronto pasé por unas cañas y llegué a un claro que estaba repleto de soldados del Vietcong tumbados en el suelo, de espaldas a mí, disparando contra la compañía de Charlie.

¿Qué podía hacer? Tenía al enemigo a mis espaldas, enfrente de mí y casi bajo mis pies. Como no sabía qué hacer, eché a correr a toda velocidad gritando como un loco. Creo que debí perder la cabeza, porque no recuerdo lo que pasó. Estaba confuso, aturdido. Seguí corriendo hasta que de repente me topé con la compañía de Charlie. Todos me dieron unas palmadas en la espalda y me felicitaron, como si hubiera marcado un gol.

Por lo visto había conseguido asustar a los vietnamitas, que habían salido huyendo. Dejé a Doyle en el suelo y unos asistentes sanitarios se apresuraron a atenderlo. Al cabo de unos minutos el comandante de la compañía de Charlie se acercó para darme la mano y felicitarme. Luego me preguntó:

—¿Cómo demonios lo ha conseguido, Gump?

El comandante me miró fijamente, esperando mi respuesta, pero ni yo mismo sabía cómo lo había hecho.

—Tengo ganas de orinar —contesté.

Y era cierto.

El comandante de la compañía me miró asombrado y luego miró al sargento Kranz, que me agarró del brazo y dijo:

—Acompáñeme, Gump.

Y me llevaron detrás de unos arbustos.

Por la noche, Bubba y yo nos metimos en una madriguera y nos comimos nuestras raciones de comida. Más tarde saqué la armónica que me había regalado Bubba y tocamos unas canciones. Me parecía raro estar allí, en medio de la selva, tocando *Oh, Suzanna*, *Home on the Range*. Bubba sacó una caja de golosinas que le había enviado su madre —unos pralinés y unos pastelitos de crema—, y nos zampamos casi toda la caja. Los pastelitos de crema me recordaron el episodio con la señorita French.

Al cabo de un rato se acercó el sargento Kranz y me preguntó dónde estaba el bidón de agua potable. Le contesté que tuve que dejarlo en la selva para transportar a Doyle y la ametralladora. El sargento Kranz me miró en silencio durante unos minutos y temí que me enviara a buscarlo, pero al final dijo que puesto que Doyle estaba malherido y Bones había muerto, a partir de ahora sería yo quien se encargaría de manejar la ametralladora. Le pregunté quién iba a transportar el trípode y las

municiones, y contestó que también tendría que hacerlo yo, porque no quedaba nadie más. Bubba dijo que lo haría él, si lo trasladaban a nuestra compañía. Tras pensárselo unos minutos, el sargento Kranz respondió que puede que fuera una buena idea, ya que no quedaban suficientes soldados en la compañía de Charlie para limpiar las letrinas. Y así fue como Bubba y yo volvimos a estar juntos.

Las semanas pasan tan lentamente que parece como si el tiempo retrocediera en lugar de avanzar. Nos pasamos la vida subiendo por una colina y bajando por otra. A veces, cuando llegamos a la cima nos encontramos con un pelotón del Vietcong, y otras veces no nos lo encontramos. El sargento Kranz nos ha asegurado que pronto volveremos a casa. Dice que después de marchar a través de Vietnam pasaremos por Laos, China y Rusia, que subiremos hasta el Polo Norte y que luego pasaremos por una zona helada hasta llegar a Alaska, donde irán a recogernos nuestras madres. Bubba me dice que no le haga caso, que es un idiota.

Las cosas son muy primitivas en la selva. No hay un sitio donde cagar, tenemos que dormir en el suelo, como los animales, comer de unas latas, no podemos bañarnos y la ropa se nos cae a pedazos. Una vez a la semana recibo carta de mi madre diciéndome que todo va bien en Alabama, aunque la escuela secundaria no ha vuelto a ganar otro campeonato desde que dejé el equipo. Yo también le escribo a menudo, cuando tengo tiempo. ¿Pero qué puedo decirle para que no se eche a llorar? Le digo que lo pasamos muy bien y que todo el mundo se porta muy bien con nosotros. Le he enviado también una carta para Jenny Curran, pidiéndole que diga a los padres de Jenny que se la den. Pero no he tenido respuesta. Entretanto, Bubba y yo hemos hecho planes para cuando abandonemos el Ejército. Hemos decidido que cuando regresemos a casa compraremos un barco para pescar gambas y nos dedicaremos al negocio de las gambas. Bubba es de Bayou La Batre, y ha trabajado en barcos de gambas toda la vida. Dice que pediremos un crédito y que nos turnaremos en las obligaciones de capitán, y que viviremos a bordo del barco y así tendremos algo que hacer. Bubba lo tiene todo previsto. Tantos kilos de gambas para pagar el préstamo, tanto para pagar el gasóleo, tanto para comida y lo que sobre para irnos de juerga. A veces me imagino de pie ante el timón del barco, o mejor aún, sentado en popa, poniéndome morado de gambas. Pero cuando se lo digo, Bubba dice que de eso nada:

—No seas burro, Forrest, ¿quieres que nos arruinemos? No podemos alimentarnos a base de gambas antes de obtener unas ganancias.

—De acuerdo —digo.

Un día cayeron unas gotas y luego no paró de llover en tres meses. Excepto granizo, ha caído de todo. A veces cae una suave llovizna, otras un chaparrón. En ocasiones la lluvia cae de lado, y a veces parece salir de la tierra. Pero continuamos con nuestras tareas, más que nada subir y bajar por las colinas en busca de soldados

del Vietcong.

Un día dimos con ellos. Supongo que debían de haber celebrado una convención de vietnamitas, porque fue como cuando pisas un nido de hormigas y salen millones de bichos. Dadas las condiciones meteorológicas nuestros aviones con el tiempo que hace no pueden volar, de modo que al cabo de unos minutos nos encontramos de nuevo en un serio aprieto.

Esta vez nos han cogido por sorpresa. De pronto, al atravesar un arrozal, empezaron a atacarnos por todas partes. Se armó un lío de mil demonios hasta que por fin alguien gritó: «¡Atrás!». Yo cogí la ametralladora y eché a correr detrás de los demás en busca de una palmera donde refugiarme de la lluvia.

Formamos una especie de perímetro y cuando ya nos disponíamos a afrontar otra larga noche, me doy cuenta de que Bubba ha desaparecido.

Uno dice que Bubba ha caído malherido en el arrozal.

—¡Mierda! ¡Iré a por él! —exclamo yo.

Al oírme, el sargento Kranz contesta:

—Mierda, no puedes volver ahí, Gump.

Pero me tiene sin cuidado lo que diga el sargento. Después de dejar la ametralladora en el suelo, para no ir demasiado cargado, vuelvo a todo correr al lugar donde he visto a Bubba por última vez. Al cabo de un rato me topo con un soldado del segundo pelotón que está en el suelo, malherido, de modo que lo cargo sobre mis hombros y regreso a toda velocidad junto a mis compañeros, mientras las balas y otros proyectiles vuelan a mi alrededor. Mierda, no entiendo por qué hacemos estas cosas. Lo de jugar al fútbol lo comprendo. Pero esto es absurdo. Mierda.

Tras dejar al chico herido, salgo otra vez en busca de Bubba y me tropiezo con otro soldado tendido en el suelo. Al agacharme para recogerlo se le desparraman los sesos por el arrozal, porque le han volado el cogote. Mierda.

Lo dejo de nuevo en el suelo y al volverme veo a Bubba, que ha recibido dos balazos en el pecho.

—No te preocupes, Bubba, todo irá bien —le digo—. Tenemos que montar el negocio de las gambas.

Después de transportarlo hasta el lugar donde está nuestra compañía y dejarlo en el suelo, veo que tengo la camisa manchada de sangre y de un líquido viscoso y amarillento, debido a las heridas de Bubba. Éste me mira y dice:

—Maldita sea, Forrest. ¿Qué coño hacemos aquí?

¿Y yo qué le contesto?

Luego, Bubba me pide que toque una canción con la armónica. Conque saco la armónica y me pongo a tocar una canción, no recuerdo cuál.

—¿Por qué no tocas *Way down upon the Swanee River*? —me pregunta Bubba al cabo de un rato.

Después de limpiar la boquilla de la armónica, sigo tocando mientras siguen los disparos y las explosiones. Sé que debería estar con la metralleta en lugar de tocar la armónica, pero es lo menos que puedo hacer por Bubba.

De pronto me doy cuenta que ha dejado de llover y que el cielo se ha puesto de un horrible color rosado que hace que todo el mundo tenga cara de muerto. Los del Vietcong dejan de disparar, y nosotros también. Yo permanezco arrodillado junto a Bubba, tocando una y otra vez la canción que me ha pedido, mientras un técnico sanitario le pone una inyección y le atiende como puede. Al cabo de un rato Bubba me agarra el brazo mientras los ojos se le nublan y se pone pálido como la cera.

Intenta decirme algo y me inclino sobre él, pero no consigo entender sus palabras.

—¿Qué dice? —pregunto al técnico sanitario.

—Ha dicho algo sobre su casa —contesta.

Al cabo de unos segundos murió Bubba. No puedo decir nada más.

El resto de la noche fue lo peor que he vivido. Como había otra tormenta, no podían enviarnos ayuda. Los del Vietcong estaban tan cerca que hasta les oía hablar entre ellos. Al cabo de un rato, los del primer pelotón luchaban cuerpo a cuerpo contra ellos. Al amanecer apareció un avión que transportaba napalm, y por poco lo arrojó sobre nosotros. Nuestros soldados salieron corriendo de la selva, con las ropas ardiendo y los ojos desorbitados, gritando como enloquecidos. Todo estaba en llamas. Había tanto fuego que casi acabó con la lluvia.

A todo esto yo también recibí un tiro, nada menos que en el culo. No recuerdo cómo sucedió. Estábamos todos tan aterrados que no sabíamos qué hacer. No sé qué pasó. Sólo sé que aquello era un caos. Al final solté la ametralladora porque todo me importaba un bledo. Me senté detrás de un árbol y me puse a llorar. Bubba había muerto y el negocio de las gambas se había ido la mierda. Bubba era el único amigo que tenía, quitando a Jenny Curran, pero después de la faena que le había hecho pensé que no volvería a dirigirme la palabra. De no ser por mi madre, no me habría importado morirme allí mismo, de viejo, de un tiro o de lo que fuera.

Al cabo de un rato aterrizaron unos helicópteros con medicinas y provisiones. Supongo que la bomba de napalm hizo que los del Vietcong salieran huyendo. Debieron pensar que si éramos tan salvajes como para hacernos esto a nosotros mismos, qué no seríamos capaces de hacerles a ellos.

Mientras observaba cómo se llevaban los helicópteros a los heridos, apareció de pronto el sargento Kranz con la ropa y el pelo chamuscados. Parecía que acabara de salir disparado de un cañón.

—Te has portado magníficamente, Gump —dijo. Luego me ofreció un cigarrillo.

Yo le contesté que no fumaba.

—Puede que no seas el tipo más inteligente que he conocido —dijo el sargento—,

pero eres un soldado cojonudo. Ojalá tuviera cien hombres como tú en mi compañía.

Luego me preguntó si me dolía la herida y yo le dije que no, pero estaba mintiendo.

—Regresas a casa, Gump —dijo el sargento.

Cuando le pregunté dónde estaba Bubba me miró perplejo y contestó:

—Lo traerán enseguida.

Le pregunté si podía viajar en el helicóptero que trasladara a Bubba, pero el sargento Kranz contestó que era imposible, pues no repatriarían a los cadáveres hasta que nosotros nos hubiéramos ido.

En aquel momento alguien me clavó una aguja enorme. Era un sedante, que me quitó los dolores. Antes de que me montaran en el helicóptero, agarré al sargento Kranz del brazo y dije:

—No me gusta pedir favores, ¿pero sería tan amable de asegurarse de que envían a Bubba de regreso a casa?

—Desde luego, Gump —contestó el sargento—. Incluso me ocuparé de sacarle un billete de primera clase.

Me quedé en el hospital de Danang casi dos meses. Como hospital no era gran cosa, pero dormíamos en unas camas con mosquiteras y el suelo era de madera que fregaban dos veces al día, y eso resultaba bastante más cómodo que dormir a la intemperie al lado de las letrinas.

Los soldados que estaban en el hospital habían sufrido peores heridas que yo. A algunos les faltaba un brazo, una pierna o un pie. A otros les habían herido en el estómago, el pecho o la cara. Por las noches, aquello sonaba como una cámara de tortura. Los pobres soldados no cesaban de gemir y sollozar y llamar a gritos a sus madres.

En la cama de al lado estaba un chico llamado Dan, que había resultado herido cuando su tanque estalló. Estaba lleno de quemaduras y le salían tubos por todas partes, pero nunca le oí quejarse. Hablaba en voz baja, sin perder la calma, y al cabo de unos días nos hicimos muy amigos. Había nacido en el estado de Connecticut y era profesor de historia cuando lo reclutaron. Como era inteligente, lo enviaron a la escuela de oficiales y lo ascendieron a teniente. La mayoría de los tenientes que conocía eran tan simples como yo, pero Dan era distinto. Tenía su propia filosofía sobre la guerra de Vietnam. Decía que los americanos hacíamos lo que había que hacer, sólo que por motivos equivocados, o al revés, no me acuerdo bien. Como había sido oficial de un batallón de artillería, decía que era ridículo luchar en un país donde no podíamos utilizar nuestros tanques porque gran parte del terreno era pantanoso o estaba lleno de montañas. Cuando le hablé de Bubba se puso triste y dijo que antes de que terminara la guerra habrían muerto muchos jóvenes como Bubba.

Al cabo de una semana me trasladaron a otra ala del hospital, donde instalaban a los heridos para que se recuperaran, pero todos los días pasaba un rato charlando con Dan en la unidad de cuidados intensivos. A veces tocaba una canción con la armónica, porque le gustaba mucho. Mi madre me había enviado un paquete de tabletas de chocolate que me habría gustado compartir con Dan, pero como sólo se alimentaba a través de un tubo no pudo siquiera probarlas.

Lo que me dijo Dan me causó una gran impresión. Sé que soy un idiota, que no entiendo de filosofía ni de nada, pero a lo mejor es porque nadie se molestó en hablarme de esas cosas. Según Dan, todo lo que nos sucede está controlado por las leyes naturales que rigen el universo. Sus opiniones sobre el tema eran muy

complicadas, pero sus palabras me hicieron cambiar de forma de pensar sobre muchas cosas.

Hasta conocer a Dan nunca había comprendido lo que pasaba a mi alrededor. Pasa tal cosa, luego tal otra, y así sucesivamente. La mayoría de las veces no tienen ningún sentido. Pero Dan dijo que todo formaba parte de un esquema, y que lo mejor que podíamos hacer era tratar de encajar lo mejor posible dentro de ese esquema. Como digo, sus palabras me ayudaron a tener las cosas más claras.

Durante las semanas que siguieron empecé a sentirme mucho mejor. La herida en el culo casi estaba cicatrizada. Los médicos dijeron que tenía la piel de un rinoceronte o algo por el estilo. En el hospital había una sala de recreo, y como no tenía nada que hacer un día entré y vi a dos tíos jugando al tenis de mesa. Al cabo de un rato les pregunté si podía jugar con ellos, y respondieron que sí. Aunque al principio perdí los primeros puntos, acabé ganándoles a los dos.

—Eres muy ágil pese a ser tan grande —comentó uno de ellos.

Yo dije que sí. Todos los días procuraba practicar un rato, y aunque no lo crean llegué a jugar bastante bien al tenis de mesa.

Por las tardes iba a visitar a Dan, pero por las mañanas me daba una vuelta. Cogía un autobús que trasladaba a los que estábamos convalecientes hasta la ciudad, para que diéramos un paseo o compráramos alguna tontería en las tiendas de Danang. Pero yo no quería comprar nada, sino que prefería caminar y ver el paisaje.

En el puerto había un pequeño mercado de pescado donde vendían cangrejos y gambas. Un día compré unas gambas y pedí al cocinero del hospital que las preparase. Estaban muy ricas. Es una lástima que Dan no pudiera probarlas. Cuando se lo dije, contestó que pediría a la enfermera que las machacara e hiciera un puré para meterlo por el tubo a través del cual se alimentaba, pero creo que me estaba tomando el pelo.

Por la noche, cuando estaba acostado, pensé en Bubba, en lo que hubiera disfrutado con las gambas y en el barco que queríamos comprar. Pobre Bubba. Al día siguiente pregunté a Dan cómo era posible que hubiera muerto un chico como Bubba y qué clase de mierda de ley natural lo había permitido. Tras reflexionar unos minutos, Dan contestó:

—A veces esas leyes son crueles, Forrest, pero no dejan de ser leyes. Es como cuando un tigre ataca a un mono en la selva; es malo para el mono, pero bueno para el tigre. Así es la vida.

Al cabo de unos días regresé al mercado de pescado y me fijé en un viejo vietnamita que vendía gambas. Le pregunté dónde las había pescado, pero como no entendía inglés se encogió de hombros. Repetí la pregunta haciendo gestos con las manos, como un pielroja, y el vietnamita me hizo una seña para que le siguiera. Al principio yo estaba un poco receloso, pero el otro insistió sonriendo y al final lo

seguí.

Debimos recorrer como mínimo unos dos kilómetros a pie. Pasamos delante de los barcos que había en la playa, pero el vietnamita no me llevó hasta un barco, sino a una especie de estanque en una marisma, que se llenaba de agua del mar de la China cuando subía la marea. Por lo visto, cuidaba gambas en aquel lugar. El vietnamita me enseñó una de las redes, en la que había unas doce gambas. Luego me dio una bolsa llena de gambas y yo le di a cambio una tableta de chocolate. El tío se puso tan contento que pensé que iba a darme un beso.

Por la noche fui a un cine al aire libre cerca del cuartel general de las fuerzas en campaña, pero unos tipos sentados en la primera fila empezaron a pelearse y uno de ellos atravesó la pantalla volando y se suspendió la sesión. Más tarde, cuando estaba acostado en mi cama, pensando, se me ocurrió una idea. Decidí que cuando abandonara el ejército y regresara a casa me dedicaría a criar gambas en un pequeño estanque cerca del Golfo. Dado que Bubba había muerto y no podía comprar un barco a medias con él, compraría unas redes metálicas e instalaría un criadero de gambas en las marismas. Estoy convencido de que a Bubba le hubiera gustado que lo hiciera.

A partir de aquel día, todas las mañanas iba al lugar donde el anciano vietnamita criaba gambas. Se llamaba Chi. Yo observaba atentamente y él me explicó el método que empleaba para criar gambas. Según parece, las pescaba en la marisma cuando todavía eran pequeñas y las metía en el estanque. Luego, cuando subía la marea, les echaba restos de comida para que comieran y se pusieran bien gordas. Era tan sencillo que hasta un imbécil sería capaz de hacerlo.

Al cabo de unos días se presentaron en el hospital unos tíos del cuartel general de la base de Danang y me dijeron:

—Soldado Gump, le ha sido concedida la medalla de honor del Congreso por su extraordinario valor, y pasado mañana regresará a Estados Unidos para ser condecorado por el presidente.

Eso fue a primera hora de la mañana, cuando me iba al lavabo. Los tipos me miraron fijamente, esperando que dijera algo. Yo me moría de ganas de ir al retrete, pero esta vez me limité a responder «gracias», y punto. Si me concedieron esa medalla fue, supongo, porque formaba parte del esquema natural de las cosas.

Cuando se fueron, pasé por la unidad de cuidados intensivos para ver a Dan, pero al llegar su cama estaba vacía. Tenía tanto miedo de que le hubiera ocurrido algo malo que corrí en busca del médico de guardia, pero no lo encontré. Entonces le pregunté a una enfermera:

—¿Le ha pasado algo a Dan?

Esta contestó que se había marchado.

—¿Adónde?



—No lo sé —respondió la enfermera—, yo no estaba de guardia.

Fui a hablar con la jefa de enfermeras, que me dijo que Dan había sido repatriado a América, porque allí podían atenderlo mejor. Cuando le pregunté si estaba bien, contestó:

—Aparte de tener los dos pulmones lesionados, el intestino perforado, la columna vertebral partida, de haberse roto una pierna, de haber sufrido la amputación de un pie y quemaduras de tercer grado en todo el cuerpo, está bien.

Aquella tarde no jugué al tenis de mesa, porque estaba muy preocupado por Dan. Pensé que quizás había muerto y no querían decírmelo porque yo no era pariente suyo y sólo podían informar a la familia. Estaba tan deprimido que salí a dar una vuelta para desahogarme dando patadas a todas las piedras, latas y objetos que encontré.

Cuando volví al hospital vi unas cartas en la mesilla junto a mi cama. Mi madre me había escrito para decirme que nuestra casa se había incendiado y que no quedaban ni los cimientos, y que como no teníamos seguro no tenía más remedio que irse al asilo. Según me explicó, el incendio empezó cuando la señorita French lavó a su gato y mientras lo secaba con el secador de pelo saltó una chispa y éste, o bien el gato, empezó a arder. Mi madre me dijo que a partir de ahora le enviara las cartas a las señas de las hermanitas de los pobres. Imagino que después de ese disgusto mi pobre madre no paraba de llorar.

Había otra carta para mí que decía lo siguiente:

«Estimado señor Gump: ha sido usted agraciado con un Pontiac GTO, último modelo, a cambio de que nos remita la tarjeta que adjuntamos comprometiéndose a adquirir esta fabulosa enciclopedia, más un anuario actualizado, por un importe anual, pagadero durante el resto de su vida, de 75 dólares».

Como es lógico, tiré la carta a la papelera. ¿Qué iba a hacer un idiota como yo con una enciclopedia? Además, no sé conducir.

La tercera carta era personal, y en el dorso del sobre decía: «J. Curran, Central de Correos, Cambridge, Massachusetts».

Las manos me temblaban tanto que casi no podía abrir el sobre. La carta decía así:

«Querido Forrest: mi madre me ha remitido tu carta, la que le entregó tu madre. Lamento mucho que te hayan enviado a luchar en esa guerra espantosa e inmoral». Comprendía lo horrible que debía de ser ver tantas muertes y desgracias.

«Supongo que te repugna que te hayan obligado a participar en ella». Jenny se hacía cargo de lo duro que debía de ser no tener comida ni ropa limpia, pero que no comprendía lo que debí de sentir al «tener que permanecer tumbado boca abajo durante dos días en la mierda de los oficiales».

«Cuesta comprender —seguía diciendo Jenny— que esos salvajes te hayan

obligado a hacer algo tan asqueroso». Creo que no debí de explicarme bien del todo.

Luego decía: «Hemos organizando una manifestación contra los cerdos fascistas para poner fin a esta guerra espantosa e inmoral y hacer oír la voz del pueblo». Seguía hablando de ese tema a lo largo de un folio, aunque no acabé de entender lo que quería decir. De todos modos, leí su carta con mucho interés. Se me puso la carne de gallina sólo con ver su letra.

«Me alegro —concluía— de que te hayas encontrado con Bubba y tengas un amigo con quien desahogarte». Por último, me pedía que saludara a Bubba de su parte y añadió una posdata, diciendo que ganaba un poco de dinero tocando con un pequeño grupo musical dos noches a la semana en un café cerca de la Universidad de Harvard, y que si algún día pasaba por allí no dejara de ir a verla. El grupo se llamaba Huevos Cascados. A partir de ese momento no dejé de pensar en cualquier excusa para ir a Harvard a ver a Jenny.

Por la noche hice la maleta para volver a Estados Unidos y recoger la medalla de honor de manos del presidente. Lo único que tenía era un pijama, un cepillo de dientes y una máquina de afeitar que me habían dado en el hospital, porque había dejado todos mis trastos en la base de Pleiku. Por suerte, unas horas antes había venido a verme el teniente coronel de la base de Danang.

—No se preocupe, Gump —me dijo—, nos encargaremos de que una docena de vietnamitas en Saigón le hagan un uniforme esta misma noche. No puede ir en pijama a entrevistarse con el presidente.

El coronel dijo que me acompañaría a Washington, para ocuparse personalmente de que estuviera en un buen hotel y explicarme cómo debía comportarme durante la ceremonia de entrega de la medalla. El coronel se llama Gooch.

Esa noche jugué un último partido de tenis de mesa con un soldado destacado en la base de Danang, el cual, según me informaron, era el mejor jugador de tenis de mesa que había en el Ejército. Era un tipo bajito, que rehuía mi mirada y que se había traído su propia pala en un estuche de cuero. En cuanto empecé a ganarle, suspendió el partido y dijo que la humedad había dejado las pelotas inservibles. Después cogió su pala y se largó, dejándose las pelotas de tenis de mesa, que yo regalé al hospital.

La mañana de mi partida vino una enfermera y me entregó un sobre con mi nombre escrito en él. Era una nota de Dan, en la cual me decía lo siguiente:

Querido Forrest:

Lamento que no pudiéramos vernos antes de que me fuera. Los médicos decidieron mi traslado sin consultarme y no tuve tiempo de despedirme de ti. No obstante, les pedí que te entregaran esta nota, porque has sido muy amable conmigo durante mi estancia en el hospital.

Presiento, Forrest, que estás a punto de experimentar un cambio

importante en tu vida. Te aconsejo que no desperdices esta ocasión. Cuando pienso en ti, recuerdo que había algo en tu mirada, un pequeño destello que solía aparecer de repente, cuando sonreías. En tales ocasiones tenía la sensación de contemplar casi una génesis de nuestra capacidad como seres humanos de pensar, crear y ser.

Esta guerra no está hecha para ti, amigo, ni para mí. Afortunadamente ya me he librado de ella, y espero que tú también te libres pronto. Lo importante es qué vas a hacer con tu vida. No creo que seas un idiota. Es posible que, de acuerdo con las pruebas a las que te han sometido o el juicio de unos imbéciles, te hayan catalogado como tal. Pero yo he visto en tus ojos ese destello de curiosidad que arde en el fondo de tu mente, Forrest. Déjate llevar por la corriente, amigo mío, lucha contra los obstáculos que encuentres en tu camino, no cedas jamás. Eres un buen tío, Forrest, y tienes un corazón de oro.

Tu amigo, Dan.

Leí la carta de Dan unas diez o veinte veces. Algunas cosas no las comprendía. Me pareció intuir lo que quería decir, pero había algunas frases y palabras que no sabía lo que significan. A la mañana siguiente el coronel Gooch vino a decirme que debíamos irnos. Me dijo que primero iríamos a Saigón para recoger el uniforme que me habían hecho unos vietnamitas, y luego a Estados Unidos. Yo le enseñé la carta de Dan y le pedí que me explicara su significado. Después de leerla, el coronel Gooch respondió:

—Está muy claro, Gump. Lo que su amigo pretende decirle es que se comporte como es debido y no meta la pata cuando el presidente le entregue la medalla de honor del Congreso.

Mientras volábamos sobre el océano Pacífico, el coronel Gooch me dijo que cuando llegara a Estados Unidos me convertiría en un héroe. Dijo que la gente saldría a la calle para verme desfilar y que todo el mundo insistiría en invitarme a una copa o a comer. También me dijo que las autoridades querrían que hiciera una gira por todo el país, para convencer a los jóvenes de que se enrolaran en el Ejército, para vender bonos de guerra y cosas por el estilo. Por último dijo que me iban a dar un recibimiento que jamás olvidaría. En eso no se equivocó.

Cuando aterrizamos en el aeropuerto de San Francisco vi una enorme multitud con infinidad de pancartas. El coronel Gooch miró por la ventanilla del avión y dijo que le sorprendía no ver a una banda de música dispuesta para darme la bienvenida. Lo cierto es que el recibimiento de la multitud fue más que suficiente.

En cuanto bajamos del avión, la gente empezó a silbar y a gritar. Alguien tiró un tomate a la cara del coronel. A partir de ese momento se armó un lío impresionante. Aunque había muchos policías, la gente consiguió atravesar el cordón policial y echó a correr hacia nosotros insultándonos a gritos. Calculo que había unas dos mil personas, muchas con pinta estafalaria. Fue lo más aterrador que había presenciado desde que encontré a Bubba en el arrozal, herido de muerte.

El coronel Gooch se limpió la mancha de tomate y trató de comportarse con dignidad, pero a mí me tenía sin cuidado lo que pensarán los demás. Eran dos mil locos contra dos personas indefensas, así que me puse a correr.

Se ve que esa gente tenía ganas de bronca, porque empezaron a perseguirme como los niños del barrio cuando yo era pequeño, gritando y agitando las pancartas. Corrí por la pista hasta la terminal. Estaba más asustado que cuando los bestias del Nebraska me perseguían por el Orange Bowl. Al fin me metí en el lavabo, me subí al retrete, cerré la puerta y esperé a que todos se fueran a casa. Creo que estuve una hora más o menos encerrado en el retrete del aeropuerto.

Al salir me fui a la sala de espera, donde me encontré al coronel Gooch rodeado por un pelotón de policías militares y agentes locales. Parecía muy nervioso.

—Vamos, Gump —dijo—. Nos espera un avión que nos llevará a Washington.

El avión estaba lleno de civiles. El coronel Gooch y yo nos sentamos en la parte delantera del aparato. Todavía no habíamos despegado cuando los pasajeros que estaban junto a nosotros se levantaron apresuradamente y se fueron a unos asientos

situados en la parte de detrás del avión. Cuando le pregunté al coronel Gooch por qué lo hacían, me contestó que debíamos de oler mal o algo por el estilo. De todos modos me dijo que no me preocupara, porque la situación sería muy distinta en Washington. Yo confié en que fuera cierto, porque hasta el momento nada había salido como me había dicho el coronel.

Cuando el avión aterrizó en Washington, me sentía tan excitado que estaba a punto de reventar. Por la ventanilla distinguí a lo lejos el monumento a Washington y el Capitolio, que hasta entonces sólo había visto en tarjetas postales. El Ejército nos puso un coche para recogernos y llevarnos a un hotel muy elegante, con ascensores y mozos que se encargaron de subir nuestro equipaje a las habitaciones. Era la primera vez que montaba en un ascensor.

Después de instalarnos en nuestras habitaciones, el coronel Gooch propuso que fuéramos a tomar unas copas a un bar que conocía y que, según dijo, estaba lleno de chicas guapas. Dijo que las cosas en Washington eran muy distintas de California, porque la gente del Este es más civilizada. En eso se equivocó.

Tras sentarnos en una mesa, el coronel Gooch pidió que nos trajeran unas cervezas. Luego empezó a explicarme lo que debía hacer durante la ceremonia que iba a celebrarse al día siguiente, cuando el presidente me prendiera la medalla en la pechera.

Al cabo de un rato se acercó a la mesa una joven muy atractiva y el coronel, tomándola por una camarera, le pidió que nos trajera otras dos cervezas. La joven lo miró despectivamente y contestó:

—No te traería ni un vaso de saliva caliente, mamón. —Luego se volvió hacia mí y me espetó—: ¿Cuántos niños te has cargado hoy, cerdo asqueroso?

Así que, después de eso, regresamos al hotel. El coronel Gooch llamó al servicio de habitaciones para pedir unas cervezas y siguió explicándome cómo debía comportarme durante la ceremonia de entrega de la medalla.

A la mañana siguiente nos levantamos temprano y fuimos a pie hasta la Casa Blanca, donde vive el presidente. Es una casa muy bonita, con césped bien cuidado. Es casi tan grande como el ayuntamiento de Mobile. Había muchos militares, que me dieron la mano y me felicitaron por mi heroísmo.

El presidente es alto y corpulento, y habla con acento tejano. Hacía un día soleado y la ceremonia se celebró en la rosaleda. Varios de los presentes parecían sirvientes y empleados de la Casa Blanca.

Un militar empezó a leer un discurso que no entendí del todo. Todo el mundo lo escuchaba atentamente, menos yo, porque aún no había desayunado y estaba muerto de hambre. Cuando el militar terminó su discurso, el presidente se acercó a mí, sacó la medalla de un estuche y me la prendió en la pechera. Luego me dio la mano

mientras el público tomaba fotografías y aplaudía.

Yo creí que la ceremonia había terminado y que podíamos marcharnos, pero el presidente no se movió. Al cabo de unos instantes me miró desconcertado y preguntó:

—¿Ese ruido son sus tripas, joven?

Yo miré al coronel Gooch, pero éste se encogió de hombros.

—Sí —contesté.

Entonces el presidente dijo:

—Pues vamos a comer algo.

Le seguí hasta una pequeña habitación redonda y el presidente ordenó a un tío vestido como un camarero que me trajera algo de desayunar. Estábamos solos, y mientras esperábamos a que me trajeran el desayuno el presidente me hizo algunas preguntas, como por ejemplo si sabía por qué luchábamos contra los vietnamitas y si nos trataban bien en el Ejército. Yo asentí, y al cabo de un rato el presidente dejó de hacerme preguntas. Tras unos minutos de silencio, preguntó:

—¿Le apetece ver la televisión mientras esperamos que le traigan el desayuno?

Yo volví a decir que sí y el presidente encendió un televisor que había detrás de su mesa; estuvimos viendo *The Beverly Hillbillies*. El presidente sonrió divertido y me dijo que todos los días veía ese programa y que le recordaba a Jethro. Después de desayunar, me preguntó si me apetecía que me enseñara la casa, y yo dije que sí. Salimos a caminar por el jardín, seguidos por los reporteros. Al cabo de un rato el presidente se sentó en un banco y me preguntó:

—¿Es cierto que le hirieron en Vietnam?

Yo asentí.

—Voy a enseñarle algo —dijo el presidente.

Y con esto se arremangó la camisa y me enseñó una enorme cicatriz que tenía en el vientre.

—¿Dónde le hirieron? —me preguntó el presidente.

Yo me bajé los pantalones y le enseñé la cicatriz. En aquel momento los fotógrafos se pusieron a hacer fotos. Después se acercaron corriendo unas personas y me acompañaron hasta el lugar donde me esperaba el coronel Gooch.

Por la tarde, una vez de vuelta al hotel, el coronel entró de pronto en mi habitación con un montón de periódicos. Estaba furioso. Empezó a gritar y a insultar y tiró los periódicos sobre la cama. En la primera página había una foto en la que aparecía yo enseñando el culo y el presidente enseñándome su cicatriz. En uno de los periódicos me habían dibujado una pequeña máscara negra sobre los ojos, para que la gente no pudiera reconocerme, como suelen hacer con las fotografías porno.

Debajo de la foto decía: «El presidente Johnson y el héroe de guerra se entrevistan en el jardín de la Casa Blanca».

—¡Es usted un idiota, Gump! —me gritó el coronel Gooch—. ¿Cómo ha sido

capaz de hacerme esto? Estoy acabado. Ha arruinado mi carrera.

—No lo sé —respondí—. Sólo intenté hacer lo que debía.

Después de eso, pensé que me expulsarían del Ejército, pero no fue así. Me enviaron de gira por todo el país, para que convenciera a los jóvenes de que se enrolaran en el Ejército y fueran a luchar a Vietnam. El coronel Gooch mandó a un ayudante suyo que redactara el discurso que debía dar. Era muy largo, lleno de frases como «en tiempos de crisis, nada hay más honroso y patriótico que servir a vuestro país en las Fuerzas Armadas», y otras gilipolces por el estilo. El problema es que no conseguía aprenderme el discurso. Podía leer las palabras, pero a la hora de pronunciarlas en voz alta me hacía un lío.

El coronel Gooch estaba fuera de sí. Me obligó a permanecer despierto casi toda la noche, para que me aprendiera el discurso, pero fue inútil. Al fin, desesperado, dijo:

—Es imposible. Más vale que nos olvidemos del discurso.

Pero de pronto se le ocurrió una idea genial.

—Lo abreviaré para que sólo tenga que pronunciar unas cuantas frases —dijo.

El coronel Gooch tachó un montón de párrafos, hasta que supuso que yo sería capaz de pronunciar el dichoso discurso sin dar la impresión de ser un idiota. Al final sólo tenía que decir: «Enrolaos en el Ejército y luchad por vuestra libertad».

Al cabo de unos días empezamos la gira. Primero fuimos a una pequeña población, donde yo debía hablar ante los alumnos de un instituto. Estábamos en un enorme auditorio, con un montón de fotógrafos, y me hicieron subir a un estrado. El coronel Gooch se levantó y empezó a soltar el discurso que en un principio debía pronunciar yo. Al terminar, dijo:

—Y ahora, el soldado Forrest Gump, que hace unos días recibió la medalla de honor del Congreso de manos del presidente, pronunciará unas breves palabras.

Algunos de los presentes se pusieron a aplaudir y, cuando cesaron los aplausos, me acerqué al micrófono y dije:

—Enrolaos en el Ejército y luchad por vuestra libertad.

Supongo que el público esperaba que dijera algo más, pero esto fue lo que me mandaron que dijera, de modo que me quedé ahí de pie, en medio del estrado, mientras todos me miraban fijamente. De pronto alguien gritó:

—¿Qué opinas de la guerra?

Yo contesté lo primero que se me ocurrió:

—Que es una mierda.

El coronel Gooch me apartó del micrófono y me obligó a sentarme, mientras los reporteros tomaban notas, los fotógrafos disparaban sus flashes y el público me aplaudía y gritaba mi nombre con entusiasmo. Al cabo de unos minutos, el coronel me sacó de allí, nos montamos en el coche y nos largamos a toda velocidad. El

coronel estuvo callado durante todo el trayecto. De vez en cuando murmuraba en voz baja, como si hablara consigo mismo, y soltaba una risita muy extraña.

A la mañana siguiente, mientras estábamos en el hotel, dispuestos a dar nuestro segundo discurso, sonó de pronto el teléfono. Era una llamada para el coronel Gooch, que mientras duró la conversación no despegó los labios. De vez en cuando decía: «Sí, señor», mientras me lanzaba una mirada asesina. Cuando colgó, se miró los zapatos durante unos momentos y luego dijo:

—Le felicito, Gump. La gira ha sido cancelada, van a trasladarme a una estación meteorológica en Islandia y me importa un pepino lo que hagan con usted.

Yo le pregunté tímidamente si podía tomarme una Coca-Cola, pero el coronel Gooch me miró en silencio y luego empezó otra vez a murmurar y a soltar esas risitas tan extrañas.

Al cabo de unos días me enviaron a Fort Dix, donde me puse a trabajar en la Steam Heat Company. Me pasaba todo el día y la mitad de la noche echando carbón en las calderas de la calefacción de los cuarteles. El comandante de la compañía era un tío que pasaba de todo. Cuando llegué, me dijo que sólo me quedaban dos años en el Ejército, y me aconsejó que no me metiera en ningún lío. Yo le prometí portarme bien. Pensaba mucho en mi madre, en Bubba, en el negocio de las gambas y en Jenny, que estaba estudiando en Harvard. En mis ratos libres jugaba al tenis de mesa.

Un día de primavera vi el anuncio de un campeonato de tenis de mesa que decía que el ganador iría a Washington para participar en el campeonato organizado por el Ejército. Me apunté y gané el torneo sin problemas, pues el único tío que jugaba bien había perdido varios dedos a causa de una explosión en Vietnam y se le caía la pala de las manos.

A la semana siguiente me enviaron a Washington para participar en el campeonato, que se iba a celebrar en el hospital Walter Reed, donde nos verían jugar los soldados heridos. Gané el primer partido y el segundo con bastante facilidad, pero en el tercero tuve como contrincante a un bajito que daba a la pelota un efecto especial que me despistaba. Cuando me iba ganando por cuatro juegos a dos, y parecía que yo iba a perder el partido, de pronto me volví y vi sentado entre el público, en una silla de ruedas, al teniente Dan, al que había conocido en el hospital de Danang.

Cuando hicimos una pausa en el partido y me acerqué a él, vi que le faltaban las dos piernas.

—No tuvieron más remedio que amputármelas, Forrest. Pero aparte de eso, me encuentro estupendamente.

También vi que tenía el rostro lleno de cicatrices a causa de las quemaduras que había sufrido al arder su tanque. Todavía llevaba un tubo clavado en el brazo, conectado a una botella que colgaba de un palo sujeto a la silla de ruedas.



—Los médicos dicen que me lo van a dejar tal cual, que me sienta bastante bien —dijo Dan sonriendo. Luego se acercó más a mí y me dijo—: Estoy convencido de que puedes conseguir lo que te propongas, Forrest. Te he estado observando mientras jugabas y sé que eres capaz de vencer a ese tío, porque juegas mucho mejor que él y porque tu destino es ganar.

Yo dije que sí y al cabo de unos minutos volvimos al partido. Después de las palabras de aliento de Dan, no perdí un solo punto y conseguí ganar el campeonato.

Me quedé allí tres días. Dan y yo charlábamos con frecuencia. Yo lo llevaba al jardín y nos sentábamos a tomar el sol. A veces, por las noches, tocaba la armónica para distraerle, como hacía con Bubba. Dan me hablaba de historia y filosofía, de cosas así. Un día me habló de la teoría de la relatividad de Einstein, y lo que ésta significaba con respecto al universo. Yo cogí un papel y escribí la fórmula, porque la había aprendido en la clase de física en la universidad. Dan miró el papel y dijo:

—Nunca dejas de asombrarme, Forrest.

Un día, cuando estaba de regreso en Fort Dix, echando carbón en las calderas de la Steam Heat Company, se presentó un tío del Pentágono con el pecho cubierto de medallas.

—Soldado Gump —dijo sonriendo—, tengo el placer de informarle de que ha sido designado para formar parte del equipo de tenis de mesa de Estados Unidos, el cual viajará a la China roja para jugar contra los chinos. Es un honor muy especial, un acontecimiento extraordinario, porque hace veinticinco años que nuestro país suspendió sus relaciones con China. Se trata de una importante iniciativa diplomática, de la que quizá dependa el futuro de la humanidad. ¿Comprende?

Yo me encogí de hombros y dije que sí, pero en el fondo estaba aterrado.

No soy más que un pobre idiota, y de pronto me pedían que salvara a toda la humanidad.

Aquí estoy, de nuevo en la otra punta del mundo, en Pekín, China.

Los otros jugadores del equipo de tenis de mesa eran muy simpáticos, eran gente de todo tipo, muy variada, aunque fueron todos muy amables conmigo. Los chinos también eran muy amables, muy distintos de los vietnamitas. En primer lugar eran limpios y educados, y, segundo, nadie quería asesinarme.

El Departamento de Estado norteamericano hizo que nos acompañara un tipo para explicarnos cómo debíamos tratar a los chinos. Se llamaba Wilkins y, a diferencia de los demás, no era nada simpático. Lucía un ridículo bigotito, llevaba una cartera y estaba obsesionado con ir siempre perfectamente arreglado y planchado. Supongo que lo primero que hacía al levantarse era limpiarse los zapatos.

El señor Wilkins siempre se estaba metiendo conmigo.

—Gump —me dijo—, cuando un chino le haga una reverencia usted debe inclinarse también ante él.

Y no se toque las pelotas en público. ¿Qué son esas manchas que tiene en el pantalón? Come usted como un cerdo, Gump.

En eso tenía razón. Los chinos utilizan para comer dos palitos con los que es imposible llevarse la comida a la boca, de modo que me lo tiro casi todo por encima. No me extraña que no existan chinos gordos; lo que me extraña es que aún no hayan aprendido a utilizar el tenedor.

Disputamos unos partidos muy reñidos contra los chinos, entre los cuales había muy buenos jugadores. Pero nosotros tampoco éramos mancos. Por las noches siempre nos llevaban a cenar a un restaurante elegante o a un concierto. Un día nos propusieron ir a un restaurante llamado *El pato de Pekín*. Cuando bajé al vestíbulo del hotel, el señor Wilkins me dijo:

—Gump, suba a su habitación y cámbiese la camisa. Está hecha un asco.

Luego me acompañó al mostrador de recepción y pidió a un chino que hablaba inglés que escribiera una nota diciendo que iba a *El pato de Pekín*, para que se la entregara al taxista.

—Nosotros nos adelantaremos —dijo el señor Wilkins—. Entregue la nota al taxista y él le llevará al restaurante.

Tal como me ordenó el señor Wilkins, subí a mi habitación y me cambié la camisa.

Luego bajé, me monté en un taxi que encontré delante del hotel y el taxista arrancó. Yo busqué por todas partes la nota que debía entregarle, pero cuando comprendí que me la había dejado en el bolsillo de la camisa sucia estábamos muy lejos del hotel. El taxista no dejaba de parlotear y pensé que me preguntaba adónde nos dirigíamos. Yo le pedí repetidas veces que me llevara a *El pato de Pekín*, pero el hombre se encogía de hombros.

Estuvimos circulando sin rumbo fijo aproximadamente una hora y, en serio, vi muchas cosas. Al fin di al taxista unos golpecitos en el hombro y cuando se volvió le dije otra vez que me llevara a *El pato de Pekín*, mientras agitaba los brazos como si fuera a echarme a volar. El taxista dijo que sí sonriendo y dobló por una esquina. De vez en cuando se volvía para mirarme y yo volvía a mover los brazos como si volara. Al cabo de una hora nos paramos y cuando miré por la ventanilla del taxi vi que estábamos en el aeropuerto.

Como era muy tarde y tenía el estómago vacío porque no había cenado, cuando pasamos frente a un restaurante dije al taxista que frenara, le entregué unos billetes de dinero chino, él me dio el cambio y se largó.

Entré en el restaurante y me senté a una mesa. Fue como si acabara de llegar a la luna. Al cabo de unos minutos se acercó una señora, me miró perpleja y me entregó la carta. Como estaba en chino, señalé cuatro o cinco platos, pensando que habría alguno comestible. La verdad es que estaban todos muy ricos.

Cuando terminé de cenar, pagué la cuenta y me marché. Pero no pude encontrar el camino de regreso al hotel. Después de caminar varias horas, dando vueltas inútilmente, la policía me detuvo.

Antes de que pudiera darme cuenta, me metieron en una celda. Uno de los policías, que hablaba inglés, me hizo muchas preguntas y me ofreció un cigarrillo, como suelen hacer en las películas antiguas. Al día siguiente, por la tarde, llegó el señor Wilkins y después de hablar con los policías me soltaron.

El señor Wilkins estaba furioso.

—Le han tomado por un espía, Gump. ¿No se da cuenta de que esto puede dar al traste con todo el asunto? ¿Se ha vuelto loco?

Sentí ganas de contestarle: «No, sólo soy idiota», pero lo dejé correr. Después de eso, el señor Wilkins compró un globo a un vendedor ambulante y me lo sujetó a un botón de la camisa, para poder «localizarme en todo momento», según dijo. También me puso una nota en la solapa de la chaqueta, en la que figuraba mi nombre y el del hotel donde estábamos alojados, lo que me hizo sentir como un imbécil.

Un día nos hicieron montar en un autocar y nos llevaron fuera de la ciudad, a un lugar a orillas de un inmenso río. Había un montón de chinos con aspecto solemne y, al cabo de un rato, me dijeron que uno de ellos era el líder de los chinos, el presidente

Mao.

El presidente Mao era gordo, parecido a Buda. Se había quitado el pijama y llevaba un traje de baño, porque aunque había cumplido los ochenta años, iba a nadar en el río y querían que lo viéramos.

El presidente Mao se metió en el río y empezó a nadar, mientras los reporteros tomaban fotografías y los otros chinos sonreían satisfechos. Después de haber dado unas cuantas brazadas, el presidente sacó una mano del agua y la agitó como para saludarnos. Nosotros le devolvimos el saludo.

Al poco rato volvió a agitar la mano, y nosotros hicimos lo propio.

Al cabo de unos minutos el presidente Mao agitó la mano por tercera vez, y de golpe empezamos a pensar que quizá no nos estuviera saludando, sino ahogando.

¡La que se armó! Fue como si de pronto se hubiera declarado un incendio. Todos se lanzaron al agua como locos, a la vez que salían unas embarcaciones para salvar al presidente. La gente lloraba, gritaba y se golpeaba la cabeza en señal de desesperación. De pronto, el presidente Mao desapareció bajo el agua y yo, sin pensármelo dos veces, me quité los zapatos y me tiré al agua. Pasé junto a los chinos que nadaban hacia el lugar donde había desaparecido el presidente. Cerca de allí había un barco con muchas personas asomadas por la borda, buscándolo, lo cual era absurdo, pues el agua tenía el mismo color que el agua de las cloacas. Buceé tres o cuatro veces y al fin encontré al viejo y gordo presidente, debajo el agua. Lo saqué a la superficie y unos chinos lo agarraron, lo montaron en la barca y se largaron. Como no se molestaron en recogerme también a mí, tuve que regresar a nado.

Cuando llegué a la orilla todas las personas que estaban congregadas allí empezaron a dar saltos de alegría y a felicitarme. Después me transportaron a hombros hasta el autocar. Cuando partimos, el señor Wilkins se acercó con aire disgustado y dijo:

—Es usted un imbécil, Gump. ¿No comprende que hubiera sido mejor para nuestro país dejar que se ahogara ese cabrón? Ha desaprovechado una ocasión de oro.

No sé qué sucede. Por más que intento hacer bien las cosas, siempre meto la pata.

Cuando terminó el campeonato de tenis de mesa ya no sabía quién ganaba y quién perdía. Entretanto, por haber sacado al presidente Mao del río, me había convertido para los chinos en un héroe nacional.

—Aunque parezca increíble —dijo el señor Wilkins—, su estupidez ha acabado beneficiándonos, Gump. He recibido un informe indicando que los chinos desean reabrir relaciones exteriores con nosotros. Por otra parte, desean organizar un desfile a través de la ciudad de Pekín en su honor, de modo que procure comportarse como es debido.

El desfile se celebró dos días más tarde. Fue algo increíble. Había mil millones de chinos en las calles, saludándome con la mano y haciéndome reverencias. El desfile

tenía que finalizar en el Kuomintang, algo así como el Capitolio chino, donde el presidente Mao iba a darme personalmente las gracias por haberle salvado la vida.

Cuando llegamos, el presidente se había secado y se había cambiado de ropa y me dijo que se alegraba de verme. Habían montado un enorme banquete y yo me senté junto al presidente Mao. Al cabo de un rato, éste se inclinó hacia mí y dijo:

—Tengo entendido que luchó usted en Vietnam. ¿Qué opina de la guerra?

Un intérprete me tradujo las palabras del presidente y, tras reflexionar unos instantes, pensé que si no hubiera querido saber la verdad no me habría hecho esa pregunta.

—Que es una mierda —respondí.

El intérprete le tradujo mi respuesta y el presidente Mao me miró extrañado, pero al cabo de unos instantes se le iluminaron los ojos y sonrió, me dio la mano y asintió enérgicamente con la cabeza, como uno de esos muñequitos que tienen un muelle en el cuello. Los reporteros se apresuraron a tomar fotografías de ese importante momento, y aparecieron publicadas en la prensa norteamericana.

Pero nunca le he dicho a nadie lo que dije al presidente para hacerle sonreír de esa forma.

El día en que nos fuimos, al salir del hotel había una enorme multitud aplaudiendo y gritando para despedirnos. De pronto me fijé en una madre china que llevaba a su hijo en los hombros. Era un niño mongólico, bizco, con la lengua colgando y babeando como suelen hacer los retrasados mentales. No pude contenerme. Aunque el señor Wilkins nos había dicho que no nos acercáramos a saludar a un chino sin que éste nos hubiera dado su consentimiento, me fui hacia la mujer que llevaba a su hijo sobre los hombros, saqué una pelota de tenis de mesa del bolsillo, estampé mi autógrafo en ella y se la di al niño. Lo primero que hizo fue metérsela en la boca, pero cuando su madre consiguió solucionar el problema, el niño me agarró la mano y sonrió. Su madre me miró con los ojos llenos de lágrimas y dijo unas palabras que nuestro intérprete tradujo: era la primera vez que veía sonreír a su hijito.

Yo habría podido contarle muchas cosas a esa mujer, pero no tenía tiempo.

Al darme media vuelta, el niño tiró la pelota contra mi pescuezo. Un periodista se apresuró a hacer una fotografía, que, lógicamente, apareció publicada en todos los periódicos con los siguientes titulares: «Un joven chino manifiesta su odio hacia los capitalistas americanos».

El señor Wilkins se acercó corriendo, me agarró del brazo y me llevó hacia el coche que debía transportarnos al aeropuerto. Antes de que me diera cuenta estaba en el avión. Lo último que me dijo Wilkins antes de aterrizar en Washington fue lo siguiente:

—Supongo, Gump, que conoce la costumbre china en virtud de la cual si una

persona salva la vida de un chino es responsable de éste durante el resto de su vida.

Tras pronunciar estas palabras, Wilkins, que estaba sentado a mi lado, sonrió irónicamente. Acababan de avisarnos de que nos abrocháramos los cinturones. Yo miré a Wilkins y solté el pedo más sonoro que se pueda imaginar. Sonó como una sierra mecánica. El señor Wilkins me miró escandalizado, murmuró algo así como: «¡Arggg!», y empezó a abanicar el aire y a tratar de desabrocharse el cinturón.

Una atractiva azafata se acercó corriendo para saber qué había sucedido, mientras el señor Wilkins tosía como un descosido. Yo me puse también a abanicar el aire mientras me tapaba la nariz y exclamaba señalando al señor Wilkins:

—¡Abran las ventanas!

El señor Wilkins se puso colorado como un tomate y empezó a protestar y a señalarme con el dedo, pero la azafata sonrió y regresó a su asiento.

Al cabo de un rato, el señor Wilkins se ajustó el cuello de la camisa y masculló:

—Eso ha sido una ordinariez, Gump.

Yo sonreí sin hacerle el menor caso.

Después de esto me enviaron de nuevo a Fort Dix, pero en lugar de ponerme de nuevo a trabajar en la Steam and Heat Company me dijeron que iban a licenciarme. Al cabo de unos días me dieron un pasaje de regreso a casa y algo de dinero, aunque ya había conseguido ahorrar un poco. Tenía que decidir qué iba a hacer.

Sabía que debería regresar para ver a mi madre, que estaba en el asilo. Me apetecía montar el negocio de gambas y hacer algo de provecho, pero durante todo ese tiempo no había dejado de pensar en Jenny Curran, que estaba aún en Harvard. Mientras iba en autobús a la estación del ferrocarril, estuve pensando y tratando de decidir lo que debía hacer. Cuando llegó el momento de comprar el billete, pedí uno para Boston. Hay momentos en la vida en que uno no puede permitir que nada se interponga en su camino.

No tenía las señas de Jenny, sólo un apartado de correos, pero recordé que en su carta me decía que actuaba con un grupo que se llamaba Huevos Cascados en el Club Hodaddy. Conque al salir de la estación me fui caminando, pero me perdí y al final tuve que coger un taxi. Como todavía era temprano, al entrar en el club sólo vi a un par de borrachos y unos charcos de cerveza en el suelo. El camarero me dijo que Jenny y sus compañeros llegaban a eso de las nueve. Le pregunté si podía sentarme a una mesa para esperarles, y el tipo contestó que sí. Así que me senté y les esperé durante cinco o seis horas.

Al poco rato el club empezó a llenarse. La mayoría de los clientes eran estudiantes universitarios, e iban vestidos como pordioseros, con unos viejos tejanos y unas camisas sucias y rotas. La mayoría de los chicos llevaban barba y gafas de sol, y las chicas llevaban el pelo largo y despeinado. Al cabo de un rato salieron tres o cuatro músicos al escenario y empezaron a instalar su equipo electrónico. No tenía nada que ver con lo que hacíamos nosotros en la Asociación Estudiantil de la universidad. No vi a Jenny Curran por ninguna parte.

Después de haber enchufado los instrumentos y aparatos de sonido, empezaron a tocar, iluminados por unos potentes focos. Tocaban a tal volumen que sonaba como si despegara un reactor. Pero el público estaba entusiasmado y cuando terminaron de tocar les aplaudieron como locos. De pronto, un foco iluminó un rincón del escenario y apareció Jenny.

Había cambiado mucho. Llevaba el pelo largo, hasta la cintura, y unas gafas de sol, aunque era de noche. Iba vestida con unos tejanos y una camisa llena de lentejuelas. Cogió el micro y se puso a cantar mientras bailaba por el escenario, brincando, agitando los brazos y sacudiendo la cabeza. Tocaban tan fuerte que no entendí ni una palabra de lo que decía. Entre la batería, el piano y las guitarras eléctricas parecía como si el techo fuera a hundirse. ¿Pero dónde me he metido?, pensé.

Al cabo de un rato, cuando hicieron una pausa, traté de pasar entre bastidores, pero no me dejaron. Al regresar a la mesa noté que todos me miraban y hacían comentarios despectivos: «Fijaos en ese tío de uniforme», «es alucinante», «qué se habrá creído».

Me sentí como un idiota, de modo que salí a estirar las piernas. Estuve andando

como una hora y media. Cuando regresé vi que ante la puerta del club se había formado una larga cola de gente. Traté de explicarle al portero que me había dejado todas mis cosas dentro, pero contestó que me pusiera en la cola y esperara mi turno. Creo que me quedé allí de pie una hora, escuchando la música que llegaba desde el interior del local y que sonaba mucho mejor a cierta distancia.

Al cabo de un rato empecé a aburrirme y me metí en un callejón de detrás del club. Me senté en unos escalones y me entretuve observando a las ratas que correteaban por entre los cubos de basura. Al cabo de un rato saqué la armónica del bolsillo y empecé a tocar. Como oía perfectamente la música que tocaban Jenny y sus compañeros, intenté acompañarlos con mi armónica, procurando desafinar como hacían ellos. Al cabo de un rato empecé a hacer unas escalas en do mayor que no sonaban nada mal.

De golpe se abrió una puerta a mis espaldas y apareció Jenny. Creo que habían hecho otra pausa, pero no me di cuenta y seguí tocando.

—¿Quién hay ahí? —preguntó Jenny.

—Yo —respondí.

—¿Quién está tocando la armónica? —insistió Jenny, que no podía verme, porque el callejón estaba bastante oscuro.

Yo me levanté, un tanto avergonzado por ir vestido de uniforme, y respondí:

—Soy yo, Forrest.

—¿Quién? —preguntó Jenny.

—Forrest.

—¿Forrest Gump? —preguntó asombrada.

Acto seguido bajó los escalones y se echó en mis brazos.

Jenny y yo nos sentamos en el callejón, detrás del escenario, y charlamos hasta que tuvo que salir de nuevo a actuar. Me contó que no había dejado la universidad, sino que la expulsaron al encontrarla una noche en la habitación de un tío. En aquellos días eso era motivo más que suficiente para que te expulsaran. El tío del banjo se había largado al Canadá para no ir a la guerra, y ya no había grupo musical. Me contó que estuvo viviendo un tiempo en California, como los hippies, vistiendo túnicas y poniéndose flores en el pelo, pero que los amigos con los que vivía estaban siempre pirados. Un día conoció a un tío y se fue con él a Boston, donde organizaron manifestaciones de protesta contra la guerra y cosas por el estilo, pero resultó que el tío aquel era mariquita, de modo que lo dejó y se fue a vivir con un pacifista más serio, que se fabricaba bombas para volar edificios. Esa relación tampoco duró mucho, y al cabo de un tiempo Jenny se fue a vivir con un profesor que daba clases en la Universidad de Harvard, pero resultó que estaba casado. Luego conoció a otro tío que parecía legal, pero un día los arrestaron a los dos por robar en unos grandes



almacenes, y Jenny comprendió que había llegado el momento de sentar la cabeza.

Al cabo de un tiempo entró a formar parte de los Huevos Cascados, un grupo que hacía música bastante distinta. Jenny me contó que en Boston tenía mucha popularidad y que la semana próxima iban a grabar un disco en Nueva York. También me dijo que salía con un tío que estudiaba filosofía en la Universidad de Harvard, y que si quería podía irme a vivir con ellos. Me llevé un chasco al saber que tenía novio, pero como no tenía dónde alojarme acepté su oferta.

Su novio se llamaba Rudolph. Era bajito y delgado, debía de pesar unos cuarenta y cinco kilos, y llevaba una pelambarrera que parecía una fregona, por no decir que iba cargado de collares. Cuando llegamos al apartamento lo encontramos sentado en el suelo, meditando como un gurú.

—Rudolph —dijo Jenny—, te presento a Forrest, un viejo amigo mío. Va a quedarse unos días con nosotros.

Rudolph no dijo nada. Levantó la mano e hizo un gesto como el Papa cuando bendice a la gente.

Como sólo había una cama, Jenny me preparó un petate en el suelo. Pero era bastante más cómodo que muchos de los sitios donde me había tocado dormir cuando estaba en el Ejército. A la mañana siguiente, al despertarme, vi a Rudolph sentado todavía en el suelo, meditando. Jenny me preparó el desayuno y luego salimos a dar un paseo. Lo primero que me dijo es que debía comprarme ropa, porque a la gente no le gustaba ver a un tío vestido de uniforme. Me llevó a una tienda de ropa de segunda mano y compré un mono y una cazadora. Me cambié en la tienda y guardé el uniforme en una bolsa.

Mientras dábamos una vuelta por los alrededores de Harvard, nos topamos con el profesor amigo de Jenny, el tío casado con el que había estado saliendo. Seguían siendo amigos, aunque Jenny solía referirse a él como «ese degenerado». Se llamaba doctor Quackenbush.

El amigo de Jenny nos explicó que estaba muy satisfecho porque la próxima semana iba a proponer en clase un nuevo tema, que él mismo había ideado, llamado «El papel del idiota en la literatura universal».

Cuando comenté que sonaba muy interesante, el tipo me preguntó:

—¿Le gustaría asistir a mis clases, Forrest?

Jenny se quedó un poco extrañada, pero no dijo nada. Cuando regresamos al apartamento nos encontramos a Rudolph sentado todavía en el suelo. Seguí a Jenny hasta la cocina y le pregunté en voz baja si Rudolph era mudo; respondió que no, que sólo estaba callado cuando meditaba.

Por la tarde Jenny me llevó a conocer a los demás chicos del grupo musical. Les dijo que yo tocaba la armónica muy bien y les pidió que me dejaran tocar con ellos esa

noche. Uno de ellos me preguntó qué tipo de música tocaba, y contesté que era muy aficionado a la música Dixie. El tipo me miró como si fuera un bicho raro, pero Jenny se apresuró a decir:

—No te preocupes, enseguida se adaptará a nuestro estilo.

Esa noche toqué por primera vez con los Huevos Cascados. Todos me dijeron que les gustaba mucho cómo tocaba la armónica, y yo lo pasé en grande mirando a Jenny mientras cantaba y se movía por el escenario.

El lunes decidí asistir a la clase del doctor Quackenbush. Su mismo nombre, «El papel del idiota en la literatura universal», hacía que me sintiera importante.

—Hoy —dijo el doctor Quackenbush a sus alumnos—, tenemos a un visitante que asistirá de vez en cuando a nuestras clases. Saludad al señor Forrest Gump.

Todos se volvieron para saludarme y, al cabo de unos instantes, la clase comenzó.

—El idiota —explicó el doctor Quackenbush— ha desempeñado a lo largo de muchos años un destacado papel en la historia de la literatura. Supongo que habréis oído hablar del tonto del pueblo, un retrasado mental que vivía en una aldea y era objeto de burlas por parte de los vecinos. Posteriormente apareció la figura del bufón de la corte, un individuo que hacía tonterías para divertir a los nobles. En muchos casos se trataba de un retrasado mental o un idiota, pero en otros era simplemente un payaso...

El doctor Quackenbush siguió hablando sobre el tema durante un buen rato, hasta que empecé a comprender que los idiotas no eran unos inútiles, sino que Dios los había puesto en la tierra con un fin, el cual, tal como me había explicado Dan, consistía en divertir a la gente. Y eso no es poco.

—Muchos autores emplean la figura del idiota como un recurso, con un doble sentido —dijo el doctor Quackenbush—, dejando que sea el idiota quien se ponga en ridículo y, al mismo tiempo, revele al lector el verdadero sentido de las sandeces que dice. De vez en cuando, los grandes autores como Shakespeare permiten que el idiota ponga en ridículo a uno de los personajes principales, lo cual proporciona un giro distinto a la obra y estimula el interés del lector.

Yo empezaba a liarme, pero eso es normal. El señor Quackenbush dijo que para demostrar lo que acababa de decir representaríamos una escena de *El rey Lear*, en la cual aparecen un bufón y un loco que hacen que el rey acabe también chiflado. El profesor dio el papel de Tom O'Bedlam, el Loco, a un tipo llamado Elmer Harrington III, y el del idiota a su novia, una chica llamada Lucille. El papel del rey Lear se lo dio a uno llamado Horace. Después, Quackenbush dijo:

—El papel del conde de Gloucester lo hará usted, Forrest.

El señor Quackenbush dijo que pediría algunos objetos al departamento de *atrezzo*, pero que prefería que nos vistiéramos con las ropas que eligiéramos nosotros mismos, para que la cosa quedara más «real». Por qué me habré metido en ese

fregado, pensaba yo.

Entretanto hubo algunas novedades en el grupo de los Huevos Cascados. Un tío de Nueva York había venido a vernos y dijo que quería que grabáramos una cinta de la música que tocábamos. Todos estábamos muy contentos, también Jenny Curran y yo, por supuesto. El tío de Nueva York, que se llamaba Feeblestein, nos aseguró que íbamos a ser el mayor bombazo desde que se inventó el béisbol. El señor Feeblestein dijo que con firmar un papel, nos haríamos ricos.

George, el pianista, me enseñó a tocar el piano, y Mose, el batería, también me dejaba tocar de vez en cuando la batería. Era muy divertido aprender a tocar otros instrumentos además de la armónica. Por las mañanas procuraba practicar un rato, y por las noches tocábamos en el Club Hodaddy.

Una tarde, al volver de la clase del profesor Quackenbush, me encontré a Jenny sentada en el sofá, sola. Le pregunté dónde estaba Rudolph y contestó que se habían peleado. Cuando le pregunté por qué, respondió:

—Porque es un cabrón como todos los demás.

—¿Quieres que salgamos a cenar y hablemos de ello? —le pregunté.

La que más habló fue Jenny. En realidad, soltó una larga retahíla de insultos contra los hombres. Dijo que éramos unos vagos, irresponsables, egoístas y, en definitiva, unos mierdas. Luego se puso a llorar.

—No llores, Jenny —dije para tranquilizarla—. No vale la pena. Ese Rudolph no te convenía. Se pasaba todo el día sentado en el suelo.

—Tienes razón, Forrest —contestó Jenny—. Vámonos a casa.

Cuando llegamos, Jenny empezó a quitarse la ropa hasta quedarse en braguitas. Yo me quedé sentado en el sofá, haciendo ver que no me daba cuenta de que se estaba desnudando, pero Jenny se plantó delante de mí y dijo:

—Quiero que me folles.

Me quedé de piedra. La miré estupefacto, incapaz de reaccionar. Después Jenny se sentó junto a mí y empezó a desabrocharme la bragueta y a quitarme la camisa. Luego se tiró encima de mí y me besó. Al principio me sentí un tanto extraño. Había soñado muchas veces con ese momento, pero no pensaba que fuera así. De pronto, no sé cómo, me encontré tumbado en el sofá, medio desnudo, abrazado a Jenny. Al cabo de unos instantes, Jenny me quitó los calzoncillos y exclamó admirada:

—¡Qué bárbaro!

Después empezó a acariciarme como había hecho la señorita French. Pero no me dijo que cerrara los ojos, así que no los cerré.

Esa tarde hicimos cosas que ni siquiera pensaba que se pudieran hacer. Jenny me enseñó todo tipo de posturas, sentados, ladeados, boca abajo, como los perros, de pie, inclinados hacia delante, inclinados hacia atrás... Menos por correspondencia, lo

hicimos de todas las formas habidas y por haber. Nos revolcamos por la alfombra, volcamos los muebles y arrancamos las cortinas, hasta encendimos sin querer la televisión. Acabamos en el fregadero, aunque no me pregunten cómo. Cuando terminamos, Jenny se quedó un rato en el suelo. Luego me miró y dijo:

—Caray, Forrest, no sabía que tuvieras esas facultades.

—Ni yo —contesté.

Lógicamente, a partir de ese día las cosas cambiaron entre Jenny y yo. Para empezar, dormíamos en la misma cama, a lo cual tardé un poco en acostumbrarme. Cuando actuábamos en el Club Hodaddy, Jenny se acercaba de vez en cuando y me alborotaba el pelo o me hacía una caricia en el cogote. De golpe mi vida cambió del todo, como si hubiera renacido. Era el tío más feliz del mundo.

Al fin llegó el día en que debíamos representar la obra en la clase del profesor Quackenbush en Harvard. Se trataba de una escena en la que el rey Lear y el bufón están en un páramo y hay una tormenta y todos corren a refugiarse en un cobertizo.

Dentro del cobertizo había un tipo llamado Tom O'Bedlam, quien en realidad era un personaje llamado Edgar que se hacía pasar por loco porque su hermano, que era un cabrón, le hacía la vida imposible. Aparte de Edgar, que hacía el papel de chalado, y del bufón, que naturalmente hacía de idiota, el rey también estaba chiflado. Yo hacía el papel del conde de Gloucester, el padre de Edgar, que no estaba loco.

El profesor Quackenbush había construido una especie de cobertizo con una vieja manta y había puesto una máquina de viento, un enorme ventilador eléctrico con unos pedazos de papel sujetos con unas pinzas de ropa delante para que hiciera un ruido como de tormenta. Elmer Harrington III, que hacía el papel del rey Lear, llevaba un saco de arpillera y un colador en la cabeza. La chica que hacía el papel de bufón llevaba un gorrito con unos cascabeles y unas zapatillas con la punta curvada hacia arriba, como las que llevan los árabes. El tipo que hacía de Tom O'Bedlam se había puesto una peluca como los Beatles, un traje que parecía sacado del cubo de la basura y llevaba la cara manchada de tierra. Todos se habían tomado muy en serio el papel que debían representar.

El que ofrecía un aspecto más presentable era yo. Jenny me había hecho un traje con una sábana y una funda de almohada, que llevaba como un pañal, y una capa hecha con un mantel como la que lleva Superman.

El profesor Quackenbush puso en marcha el ventilador y nos ordenó que empezáramos en la página doce, en la que Tom el Loco nos cuenta su triste historia.

—Compadeceos del pobre Tom, a quien el diablo no cesa de atormentar —dijo Tom.

A lo que el rey Lear respondió:

—¿Acaso han sido tus hijas quienes te han causado esta desgracia? ¿No has podido conservar nada? ¿Se lo has entregado todo a ellas?

—Ha conservado una manta —dijo el bufón—, con la cual nos cubriremos nuestras vergüenzas.

Al cabo de un rato, durante el cual cada uno tenía que soltar una serie de chorradas, el bufón dijo:

—Esta fría noche nos convertirá a todos en locos e idiotas.

En eso no se equivocaba.

En ese momento yo entraba en escena con una antorcha que el profesor Quackenbush había pedido prestada al departamento de atrezzo.

—¡Mirad! ¡Una hoguera andante! —exclamó el bufón.

El profesor Quackenbush encendió la antorcha y entré en el cobertizo.

—Es el demonio de Flibbertigibbet —dijo Tom O'Bedlam.

—¿Quién es éste? —preguntó el rey.

—¿Quiénes sois? Vuestros nombres —contesté yo.

—Soy el pobre Tom —dijo Tom—, el que come ranas, sapos, renacuajos y salamandras...

En aquel momento yo debía reconocer al rey Lear y decir:

—¡Cómo! ¿Acaso vuestra majestad no puede elegir mejor compañía?

A lo que Tom el Loco contestaba:

—El príncipe de las tinieblas es un caballero. Se llama Modo, y Mahu.

El ventilador seguía funcionando y pensé que el profesor Quackenbush, al construir el cobertizo, no había tenido en cuenta que mido casi dos metros, porque la antorcha rozaba el techo del cobertizo.

En esos momentos Tom el Loco debía decir: «El pobre Tom tiene frío», pero en cambio exclamó:

—¡Cuidado con la antorcha!

Yo miré el libro que tenía en la mano, porque no recordaba la frase, cuando de pronto Elmer Harrington III gritó:

—¡Cuidado con la antorcha, idiota!

A lo que contesté:

—¡El idiota lo serás tú!

De pronto el techo del cobertizo empezó a arder y se desplomó sobre Tom el Loco, encendiendo su peluca.

—¡Apagad el ventilador! —gritó alguien, pero era demasiado tarde. Salía fuego por todas partes. Tom el Loco se puso a gritar y el rey Lear se quitó el colador de la cabeza y se lo encasquetó a Tom para apagar el fuego. Todos tosíamos como descosidos y la chica que hacía el papel de bufón se puso histérica y empezó a gritar:

—¡Moriremos quemados!

Durante unos minutos temí que tuviera razón.

Al volverme vi que mi capa también había empezado a arder, así que abrí la ventana, agarré a la chica por la cintura y saltamos por la ventana. Sólo estaba a una altura de dos pisos, y aterrizamos sobre unos arbustos, pero era la hora del almuerzo y había un centenar de personas paseándose por el jardín de la universidad. Todos se quedaron asombrados al vernos con la ropa ardiendo y el pelo chamuscado.

De pronto el profesor Quackenbush se asomó por la ventana de la clase, por la que salía una densa humareda, con la cara manchada de hollín y blandiendo el puño.

—¡Eres un imbécil, Gump! ¡Me las pagarás!

La chica estaba en el suelo, gritando y gimiendo, aunque no se había hecho daño. Sólo estaba un poco chamuscada. Yo eché a correr por el jardín de la universidad, con la capa ardiendo y dejando tras de mí una estela de humo. No paré hasta llegar a casa. Cuando entré en el apartamento Jenny me preguntó:

—¿Cómo te ha ido, Forrest?

Luego olfateó el aire y dijo:

—Parece que huele a quemado. ¿No lo notas?

—Sí, pero es una larga historia —contesté.

Después de esa experiencia dejé de ir a las clases sobre «El papel del idiota en la literatura universal». Por las noches, Jenny y yo tocábamos con el conjunto y durante el día hacíamos el amor o dábamos un paseo o íbamos de picnic a orillas del río Charles. Jenny había escrito una canción muy bonita titulada *Házmelo deprisa y con fuerza*, en la que yo tenía un breve solo de armónica. Fueron una primavera y un verano inolvidables. Fuimos a Nueva York para grabar las cintas que nos había pedido el señor Feeblestein y a las pocas semanas nos telefoneó para comunicarnos que íbamos a grabar un álbum. El álbum nos hizo muy famosos y actuamos en muchos sitios. Con el dinero que nos pagó el señor Feeblestein compramos un autocar, con camas y todo, con el que nos fuimos de gira.

Estos días pasó una cosa que cambió del todo mi vida.

Una noche, en el intermedio, Mose, el batería de los Huevos Cascados, me dijo:

—Tocas muy bien la armónica, Forrest, pero quiero que pruebes una cosa que mejorará tu técnica.

Yo le pregunté de qué se trataba.

—Toma —contestó Mose, dándome un pequeño cigarrillo—. No es un cigarrillo común y corriente. Contiene una sustancia que te ayudará a ampliar tus horizontes.

Yo respondí que no estaba seguro de querer ampliar mis horizontes, pero Mose insistió.

—Al menos Pruébalo —dijo.

Tras reflexionar unos instantes comprendí que un cigarrillo no iba a matarme, de modo que accedí.

No cabe duda de que ese cigarrillo me ayudó a ampliar mis horizontes.

El tiempo pareció detenerse y todo adquirió un tono rosado. Al cabo de un rato salimos de nuevo al escenario y yo toqué como no lo había hecho en mi vida. A medida que tocaba las notas, tenía la impresión de oírlas un centenar de veces. Más tarde Mose se acercó y dijo:

—Si te ha gustado el efecto, te aconsejo que te fumes también un porro cuando folles.

Yo seguí su consejo y comprobé que tenía razón. Utilicé una parte del dinero que ganaba para comprarme porros y todos los días me fumaba uno. El único problema era que al cabo de un tiempo noté que me había vuelto más idiota. Nada más levantarme por las mañanas encendía un porro y permanecía todo el día tumbado en la cama, hasta la hora de actuar en el Club Hodaddy. Durante un tiempo Jenny no dijo nada, porque ella también se fumaba un porro de vez en cuando, pero un día me dijo:

—¿No crees que estás abusando mucho de esa mierda, Forrest?

—No lo sé —respondí—. ¿Tú crees?

—Sí —contestó Jenny con firmeza.

Pero no dejé los porros. Hacían que me olvidara de las preocupaciones, aunque en aquellos tiempos no puede decirse que tuviera muchas preocupaciones. Por las noches, durante el intermedio, salía al callejón de detrás del Club Hodaddy y miraba las estrellas. Si no había estrellas miraba simplemente el cielo. Una noche apareció Jenny y me vio mirando la lluvia.

—Tienes que dejar eso —dijo—. Estoy preocupada por ti. Te pasas todo el día tumbado en la cama. No es sano. Creo que deberías marcharte unos días. Mañana por la noche daremos un concierto en Provincetown, el último de esta temporada, y he pensado que podíamos irnos de vacaciones a la montaña.

Yo dije que sí, aunque no estaba muy seguro de haberla entendido.

Al día siguiente, cuando llegamos al club donde debíamos actuar en Provincetown, salí un rato a fumarme un porro. De pronto, mientras estaba sentado tranquilamente, aparecieron dos chicas. Una de ellas me preguntó:

—¿No eres el tío que toca la armónica con los Huevos Cascados?

Yo dije que sí, y la chica, ni corta ni perezosa, se sentó en mis rodillas. Su compañera se echó a reír y se quitó la blusa, mientras la otra chica empezaba a desabrocharme la bragueta. Yo estaba tan flipado que la dejé hacer. De golpe se abrió la puerta trasera del club y apareció Jenny.

—Tenemos que salir al... —dijo. Luego se quedó quieta, soltó una palabrota y dio un portazo.

Me levanté de un salto y la chica que estaba sentada en mis rodillas se cayó al suelo. Al entrar vi a Jenny apoyada en la pared, llorando. Traté de acercarme a ella, pero me apartó bruscamente.

—¡Déjame en paz, cretino! —exclamó—. Todos los hombres sois iguales. Sois como los perros, como los monos... No sentís ningún respeto hacia nadie.

Jamás me había sentido tan avergonzado. Ni siquiera recuerdo cómo toqué aquella noche. Más tarde, Jenny se instaló en la parte delantera del autocar y se negó a hablar conmigo durante todo el trayecto. Esa noche durmió en el sofá y a la mañana



siguiente me dijo que me buscara otro apartamento. Conque recogí mis trastos y me largué con la cabeza gacha. No sabía cómo pedirle perdón. Estaba muy deprimido.

Jenny también dejó el apartamento. Pregunté a sus amigos si sabían dónde estaba, pero nadie sabía nada. Mose me dijo que podría quedarme a vivir con él hasta que encontrara un sitio donde alojarme, pero me sentía muy solo. Como ya no actuábamos en público apenas tenía nada que hacer, así que pensé en regresar a casa para ver a mi madre y montar el negocio de las gambas en la ciudad donde vivía el pobre Bubba. Pensé que en realidad yo no era más que un idiota.

Pero un día se presentó Mose y me dijo que había estado en un bar, mirando las noticias en la televisión, cuando de pronto apareció Jenny Curran.

Mose me dijo que Jenny estaba en Washington, donde había organizado una manifestación de protesta contra la guerra de Vietnam. Mose dijo que no entendía por qué se ocupaba de esas chorradas en lugar de trabajar con nosotros y ganar dinero.

Cuando dije a Mose que quería verla, me respondió:

—Intenta convencerla de que vuelva con nosotros.

Mose me dio las señas de un apartamento en Washington donde creía que estaba Jenny junto con un pequeño grupo de pacifistas de Boston.

Metí todos mis trastos en una maleta, di las gracias a Mose por la información y me marché. No sé si regresaré algún día.

Cuando llegué a Washington había policías por todas partes y gente gritando por las calles y tirando huevos, tomates, etcétera. Los policías golpeaba a la gente en la cabeza con las porras y aquello era un caos.

Encontré el apartamento donde me dijo Mose que vivía Jenny, pero no había nadie. Me senté en el portal y esperé durante varias horas, hasta que a eso de las nueve se paró un coche del que salió Jenny junto con otras personas.

Me levanté rápidamente y fui hacia Jenny, pero dio media vuelta y echó a correr hacia el coche. Las otras personas que la acompañaban, dos tíos y una chica, no sabían qué hacer, ni tampoco quién era yo. Uno de los chicos me dijo:

—Te aconsejo que no trates de hablar con ella. Está muy enfadada.

Cuando le pregunté por qué, me contó que hacía poco que Jenny había salido de la cárcel. La habían arrestado el día anterior y había pasado la noche en una celda de la cárcel de mujeres. Esa mañana, antes de que alguien fuera a sacarla, las autoridades de la cárcel, temiendo que tuviera piojos, la habían rapado al cero. Tenía la cabeza pelada.

Era comprensible que Jenny no quisiera verme. Estaba sentada en el asiento trasero del coche, llorando desconsoladamente. Me acerqué a cuatro patas, para no verla a través de la ventanilla, y dije:

—Soy yo, Forrest.

Jenny no contestó, así que le dije que sentía mucho lo que le había sucedido y le prometí que no volvería a fumar porros ni a tocar con el grupo musical, para no volver a caer en el vicio. Luego me fui a cuatro patas al portal, donde había dejado mi maleta, saqué una gorra del Ejército, la coloqué sobre un palo, regresé junto al coche y metí el palo por la ventanilla. Jenny se encasquetó la gorra, se bajó del coche y dijo:

—No seas ganso. Levántate del suelo y entra en casa.

Nos sentamos en el cuarto de estar y charlamos un rato. Los amigos de Jenny bebieron unas cervezas y se fumaron unos porros, pero yo no. Estuvieron hablando sobre una importante manifestación que iba a organizarse frente al Capitolio, durante la cual un grupo de veteranos del Vietnam iban a quitarse las medallas y arrojarlas al pie del Capitolio.

—A Forrest le concedieron la medalla de honor del Congreso —dijo Jenny de golpe.

Todos se volvieron para mirarme en silencio. Al cabo de unos minutos, uno de ellos dijo:

—Es como un regalo caído del cielo.

A la mañana siguiente Jenny entró en el cuarto de estar, donde estaba acostado en el sofá, y dijo:

—Forrest, quiero que nos acompañes al Capitolio y quiero que te pongas tu uniforme de soldado.

Cuando le pregunté por qué, me contestó:

—Porque vas a hacer una cosa que conseguirá detener la guerra en Vietnam.

Conque me puse el uniforme y al cabo de un rato regresó Jenny con unas cadenas que había comprado en una tienda que había en la esquina.

—Quiero que te pongas estas cadenas, Forrest —me dijo.

Al preguntarle por qué, Jenny respondió:

—Haz lo que te pido. Ya lo sabrás más tarde. ¿O es que no quieres hacerme feliz?

Yo obedecí. Me puse las cadenas y salí con los amigos de Jenny. Hacía un día soleado y al llegar vi una muchedumbre impresionante frente al Capitolio, rodeada de cámaras de televisión y millones de policías. Todo el mundo gritaba y coreaba consignas y hacía cortes de manga a la policía. Al cabo de un rato, unos soldados vestidos de uniforme se acercaron a los escalones del Capitolio, se quitaron las medallas y las arrojaron al suelo. Algunos iban en sillas de ruedas, otros andaban con muletas y a otros les faltaba una pierna o un brazo. Algunos sólo dejaban caer las medallas sobre los escalones, pero otros las arrojaban al suelo con rabia. De pronto alguien me dio un golpecito en el hombro porque me había tocado el turno. Al volverme, Jenny me hizo un gesto con la cabeza, así que me fui a los escalones del Capitolio.

En medio de un profundo silencio, alguien anunció mi nombre a través de un

megáfono y añadió que me disponía a arrojar la medalla de honor del Congreso para apoyar el fin de la guerra en Vietnam. El público empezó a aplaudir y a gritar mi nombre. Yo miré las medallas que yacían al pie del Capitolio. En el porche situado sobre el Capitolio había un pequeño grupo de policías y paisanos. Me quité la medalla, la miré durante unos segundos mientras pensaba en Bubba y en Dan, levanté el brazo y la tiré al suelo con fuerza. En cuestión de segundos, uno de los tíos que estaban en el porche, vestido de paisano, se cayó ahí. Se ve que había tirado la medalla con tanta fuerza que le había dado un golpe en la sien.

Después se organizó un follón increíble. La policía cargó contra la muchedumbre, con las porras y lanzando gases lacrimógenos, mientras la gente gritaba de miedo. De pronto se lanzaron sobre mí seis policías que empezaron a darme con las porras. Al cabo de unos minutos aparecieron otros seis policías y entre todos me esposaron, me metieron en un coche patrulla y me llevaron detenido.

Pasé la noche en una celda y por la mañana me llevaron ante el juez.

Un policía dijo al juez que yo era culpable de «agresión con un arma peligrosa (la medalla) y de haberme resistido a ser apresado».

—Señor Gump —dijo el juez—, ¿se da cuenta de que ha golpeado al secretario del Senado en la cabeza con su medalla?

Yo no respondí, pero comprendí que esta vez me había metido un lío muy gordo.

—Señor Gump —prosiguió el juez—, ignoro por qué un hombre de su valía, que ha demostrado ser un patriota, se halla mezclado con esa pandilla de sinvergüenzas, de modo que ordeno que sea trasladado a una institución psiquiátrica, donde será sometido a observación durante treinta días, a fin de averiguar qué le ha impulsado a cometer esta estupidez.

Los guardias me condujeron de nuevo a la celda y al cabo de un rato me trasladaron en un coche celular al hospital psiquiátrico de St. Elizabeth.

Al fin, tal como había dicho mi madre, habían conseguido encerrarme.

Este lugar es un verdadero manicomio. Me han metido en una habitación con un tal Fred, que lleva casi un año aquí. Me ha dicho que esto está lleno de locos peligrosos. Hay uno que envenenó a seis personas, otro que se cargó a su madre con un cuchillo de cocina. Hay asesinos, violadores y hasta un chalado que dice que es el rey de España, o Napoleón. Cuando pregunté a Fred por qué lo habían encerrado aquí, contestó que por haber matado a un tío a hachazos, pero que lo soltarán dentro de una semana más o menos.

Al día siguiente de llegar, me dijeron que fuera al consultorio de mi psiquiatra, el doctor Walton. Resulta que el doctor Walton era una mujer. Me dijo que primero me haría una pequeña prueba psicológica y luego me examinaría físicamente. Me sentó delante de una mesa, me enseñó unos cartones con unas manchas de tinta y me preguntó qué creía que eran. Yo repetí «una mancha de tinta» hasta que la doctora se enfadó y me ordenó que dijera otra cosa, así que empecé a inventarme las respuestas.

Luego me entregó un papel con varias preguntas y problemas matemáticos escritos y me dijo que los resolviera. Cuando terminé, me dijo:

—Quítese la ropa.

Salvo una o dos veces, cada vez que me quito la ropa sucede algo malo, así que le dije que prefería no hacerlo. La doctora tomó nota de mi contestación y dijo que o me desnudaba yo, o lo harían sus ayudantes. Ni más ni menos.

Obedecí. Cuando estaba en pelotas, la doctora entró en la habitación, me miró de arriba a abajo y dijo:

—¡Hay que ver...! Tiene usted un físico admirable.

Acto seguido empezó a golpearme en la rodilla con un martillito de goma, como había hecho el médico en la universidad, y me miró por todas partes. Por suerte, no me dijo que me inclinara hacia delante. Luego dijo que me vistiera y volviera a mi habitación. De camino a mi habitación pasé frente a una puerta de cristal y vi a unos tíos que estaban sentados o tumbados en el suelo, babeando, temblando y golpeando el suelo con los puños. Me quedé mirándolos unos instantes. Me dieron mucha pena. Más o menos me recordaba la temporada que pasé en la escuela para retrasados.

Al cabo de unos días, me dijeron que fuera de nuevo al consultorio de la doctora

Walton. Al entrar vi que estaba con dos tipos vestidos con batas blancas. Me dijo que eran los doctores Duke y Earl, y que trabajaban en el Instituto Nacional de Salud Mental, que estaban por lo visto muy interesados en mi caso.

El doctor Duke y el doctor Earl me pidieron que me sentara y empezaron a hacerme preguntas —todo tipo de preguntas— mientras me daban unos golpecitos en la rodilla con el martillo. Al cabo de un rato el doctor Duke dijo:

—Mire, Forrest, hemos examinado el resultado de sus pruebas. Es asombroso lo bien que ha resuelto los problemas matemáticos. Nos gustaría hacerle más pruebas.

Después me dieron unas hojas con problemas mucho más complicados que la primera prueba, pero intenté resolverlos.

Si hubiera sabido lo que iba a pasar, no me habría esforzado tanto.

—Esto es fenomenal, Forrest —dijo el doctor Earl—. Tiene usted un cerebro de computadora. No sé hasta qué punto es usted capaz de razonar, y ése es probablemente el motivo que le ha traído aquí, pero jamás había visto nada semejante.

—Sabes, George —dijo el doctor Duke—, este hombre es extraordinario. He hecho algunos trabajos para la NASA y creo que deberíamos enviarlo a Houston, al Centro Espacial y de Aeronáutica. Es el tipo de persona que andan buscando.

Los tres doctores me miraron fijamente, convencidos, y luego me propinaron otro golpe en la rodilla con el martillo de marras.

Me llevaron a Houston, Tejas, a bordo de un avión en el que sólo viajábamos el doctor Duke y yo. Quitando que me habían encadenado al asiento, fue un viaje muy agradable.

—La situación es la siguiente, Forrest —dijo el doctor Duke—. En estos momentos está usted metido en un buen lío por haber arrojado la medalla contra el secretario del Senado. Podría pasarse diez años en la cárcel. Pero si accede a colaborar con los de la NASA, me encargaré personalmente de que le perdonen. ¿De acuerdo?

Yo dije que sí. Tenía que salir de la cárcel e ir a buscar a Jenny.

La echaba de menos una barbaridad.

Estuve en la NASA durante un mes más o menos. Me examinaron y me hicieron tantas preguntas y tantas pruebas que me sentí como si estuviera en el programa de Johnny Carson.

Pero no lo estaba.

Un día me metieron en una habitación enorme y me contaron lo que querían hacer conmigo.

—Queremos enviarlo a un viaje espacial —dijeron—. Tal como ha señalado el doctor Duke, tiene un cerebro como una computadora, o quizá más perfecto. Si

conseguimos programarlo debidamente, se convertirá usted en un elemento muy útil para el programa espacial de Estados Unidos. ¿Qué le parece?

Después de reflexionar durante unos minutos, contesté que debía consultarlo con mi madre. Pero ellos insistieron, recordándome que corría el riesgo de pasar diez años encerrado. Así que dije que sí, aunque sabía que iba a meterme en otro lío.

Me contaron que querían meterme en una nave espacial y hacer que diera un millón de vueltas alrededor de la Tierra. Ya han enviado a unos tipos a la Luna, pero como no encontraron nada que valiera la pena han decidido que van a mandar a alguien a explorar Marte. Por suerte, de momento no tienen previsto enviar a nadie a Marte; se trata más bien de una misión de entrenamiento para averiguar qué tipo de personas son las más adecuadas para enviarlas a Marte cuando esté todo listo. Aparte de mí, han elegido a una mujer y a un mono para enviarlos en esa misión.

La mujer es una gruñona, la mayor del Ejército Janet Fritch, que será la primera mujer astronauta norteamericana, aunque nadie ha oído hablar de ella porque es una misión secreta. Es una mujer bajita, con el pelo cortado casi al cero, que no nos hace el menor caso ni al mono ni a mí.

El mono me cae más simpático. Es una orangutana llamada Sue que atraparon en la selva de Sumatra o no sé dónde. Aquí hay muchos monos, pues llevan mucho tiempo lanzando monos al espacio, pero han decidido enviar a Sue en esta misión porque es una hembra y por lo tanto será menos agresiva que un macho, y porque ése será su tercer viaje al espacio. Cuando me enteré de esto, me pregunté cómo se les ocurría organizar un viaje al espacio cuando el único miembro de la tripulación con cierta experiencia era un mono. Es un poco raro, ¿no les parece?

Antes del vuelo tuvimos que hacer toda clase de ejercicios de entrenamiento. Nos metieron en unos ciclotrones y nos ponían a girar a toda velocidad, y luego en unas pequeñas habitaciones en las que no existe la gravedad, etcétera. Se pasaban el día tratando de que aprendiera unos datos que debía recordar durante el viaje, como unas ecuaciones para calcular la distancia entre un punto y otro, y cómo regresar a la Tierra; cosas como coordenadas coaxiales, cálculos de cosenos, trigonometría esferoide, álgebra de Boole, antilogaritmos, análisis de Fourier, cuadrantes y matemática matricial.

He escrito un puñado de cartas a Jenny Curran, pero me las han devuelto todas por «desconocido en la dirección reseñada». También he escrito a mi madre, que sí me ha enviado una larga carta en la que viene a decirme: «Cómo has sido capaz de hacerle esto a tu pobre madre, que está en un asilo y no tiene a nadie en el mundo salvo a ti».

No me atreví a decirle que me arriesgaba a terminar en la cárcel si me negaba a participar en esta misión, de modo que le escribí diciéndole que no se preocupara,

pues llevábamos una tripulación con gran experiencia en viajes espaciales.

Al fin llegó el gran día. Debo reconocer que más que nervioso, estaba cagado de miedo. Aunque se trataba de una misión secreta, alguien filtró la historia a la prensa e incluso íbamos a salir por la tele.

Por la mañana nos trajeron los periódicos para que viéramos qué famosos éramos. Estos son algunos de los titulares:

«Una mujer, un mono y un idiota participan en un proyecto espacial estadounidense».

«América envía a unos extraños mensajeros hacia planetas ignotos».

«La NASA lanza hoy a una mujer, a un gorila y a un retrasado rumbo a Marte».

Había un titular, publicado por el *New York Post*, que decía así:

«Allá van, pero ¿quién es el responsable?».

El único periódico medianamente amable fue el *New York Times*, que dijo:

«La tripulación de esta nueva empresa espacial está formada por diversos miembros».

Como era de esperar, ese día nadie parecía aclararse. Cuando bajamos a desayunar, alguien dijo:

—El día del lanzamiento los astronautas no pueden desayunar.

Otro replicó:

—Por supuesto que pueden desayunar.

Pero otro contestó con firmeza:

—Ni hablar.

Y así hasta que todos nos hartamos y dejamos correr el asunto del desayuno.

Después de ponernos los trajes espaciales nos llevaron hasta la base de lanzamiento en una furgoneta. Sue viajaba en una jaula. La nave espacial tenía la altura de unos cien pisos y no dejaba de soltar humo y vapor, como si fuera a devorarnos. Un ascensor nos llevó hasta la cápsula. Después de ayudarnos a instalarnos en los asientos —Sue iba situada en la parte posterior de la cápsula—, nos dijeron que debíamos esperar un rato.

Un rato que no se acababa nunca.

La nave espacial seguía gruñendo y soltando humo. Alguien dijo que había cien millones de personas presenciando el lanzamiento por televisión. Supongo que estarán tan cansados de esperar como yo.

Hacia el mediodía, alguien llamó a la puerta de la nave espacial y nos dijo que habían cancelado la misión temporalmente hasta que pudieran reparar la nave espacial.

Sue, la mayor Fritch y yo bajamos de nuevo en el ascensor. La única que empezó a quejarse y a protestar fue la mayor Fritch, porque lo cierto es que Sue y yo nos sentimos más que aliviados.

Pero las cosas no tardaron en complicarse. Al cabo de una hora, cuando íbamos a almorzar, alguien entró corriendo y exclamó:

—¡Pónganse de nuevo los trajes espaciales! ¡Han conseguido reparar la nave y no tardarán en lanzarlos al espacio!

Todo el mundo echó a correr y a gritar. Pensé que los telespectadores habían llamado para quejarse del retraso en el lanzamiento, así que habían decidido prendernos fuego debajo de nuestro culo sin importarles que pasara. Sea como fuere, ya no tenía importancia.

Nos montamos en la furgoneta y nos llevaron otra vez a la nave espacial. Cuando subíamos en el ascensor, alguien exclamó de pronto:

—¡Mierda, nos hemos olvidado del maldito mono!

Así que tuvieron que volver a por Sue.

Nos metimos otra vez en la cápsula y alguien inició la cuenta atrás, a partir de cien. Al cabo de unos minutos aparecieron los empleados de la base de lanzamiento que habían ido a buscar a Sue. Cuando faltaban pocos segundos para el lanzamiento nos reclinamos en nuestros asientos preparados para despegar, cuando de pronto oí unos gruñidos a mis espaldas. Al volverme vi que habían sustituido a Sue por un mono macho, el cual me miró con cara de pocos amigos, como si estuviera a punto de arrojarse sobre mí.

Cuando se lo dije a la mayor Fritch ésta se volvió y exclamó:

—¡Dios mío!

Luego llamó por radio al control y dijo:

—Oiga... Oiga, han cometido un error. Nos han metido a un mono macho en la cápsula, de modo que más vale que suspendan el lanzamiento hasta que hayan resuelto el problema.

En aquel momento la nave espacial empezó a temblar y el tío de la torre de control contestó a través de la radio:

—Es su problema, hermana. No podemos retrasar el lanzamiento.

Y con esto despegamos.



Mi primera impresión fue que se me había caído encima un montón de plátanos, igual que mi padre. No podía moverme, no podía gritar, no podía hacer nada. Fuera, al mirar por la ventanilla, sólo vi el cielo azul. La nave espacial seguía subiendo.

Al cabo de un rato empezamos a ir más despacio, y las cosas mejoraron. La mayor Fritch dijo que podíamos desabrocharnos los cinturones y hacer lo que tuviéramos que hacer, aunque no sé qué quiso decir. Me dijo que viajábamos a una velocidad de dos mil cuatrocientos kilómetros por hora. Cuando miré otra vez por la ventanilla vi que la tierra parecía una pelotita, como la que aparece en las fotos que toman desde el espacio. Cuando me volví, el viejo mono parecía muy cabreado y nos miraba a la mayor Fritch y a mí con cara de pocos amigos. La mayor Fritch dijo que a lo mejor tenía hambre y que le diera un plátano antes de que se enfadara e hiciera una burrada.

Los de la NASA habían preparado una bolsita de comida para el mono, con plátanos, cereales, bayas, hojas y cosas así, conque la abrí y busqué algo para que el mono se entretuviera. Mientras, la mayor Fritch hablaba por radio con el centro de control de Houston.

—Oigan —dijo—, tenemos que hacer algo con ese mono. No es Sue, sino un macho con muy mal genio. Quizá se ponga agresivo.

Los de Houston tardaron un poco en recibir el mensaje y en contestarnos.

—No diga tonterías —dijo alguien al cabo de un rato—, todos los monos son iguales.

—Ni mucho menos —contestó la mayor Fritch—. Si estuviera usted encerrado en una cápsula espacial con esta bestia no diría lo mismo.

Al cabo de un par de minutos sonó una voz muy enfadada por la radio, que dijo:

—Les ordeno que no cuenten a nadie que nos hemos confundido de mono. Seríamos el hazmerreír del mundo entero. Por lo que a ustedes respecta, ese mono es Sue, y me da igual qué tenga entre las piernas.

La mayor Fritch me miró y sacudió la cabeza.

—Muy bien, señor —respondió—, pero ese animal permanecerá atado a su asiento hasta que regresemos. ¿Está claro?

Los del centro de control contestaron sólo con dos palabras:

—Cambio y corto.

En el fondo, cuando te acostumbras, viajar por el espacio es muy divertido. Como en la cápsula no hay gravedad, flotamos por toda la nave, y el paisaje es extraordinario, con la Luna, el Sol, la Tierra y las estrellas. Me pregunto dónde estará Jenny Curran en estos momentos, y qué estará haciendo.

Hemos dado varias vueltas a la Tierra. El día y la noche pasan cada hora o así, así que ves las cosas desde otra perspectiva. Quiero decir que en estos momentos estoy aquí, haciendo esto, ¿pero qué haré cuando vuelva a la Tierra, suponiendo que vuelva? ¿Montar el negocio de las gambas? ¿Ir a buscar a Jenny? ¿Tocar con los Huevos Cascados? ¿Arreglar el asunto de mi pobre madre, que está en el asilo? Todo es muy extraño.

La mayor Fritch echa un sueñecito siempre que puede, pero cuando está despierta no deja de quejarse. Se queja del mono, de los cretinos del centro de control, de no tener un sitio donde maquillarse, de que yo coma cuando no es hora de cenar ni de comer. De todos modos, lo único que comemos son unas barritas de cereales. No quiero parecer un quejica, pero podían haber elegido a una mujer más atractiva o que al menos no estuviera protestando todo el rato.

El mono tampoco es una maravilla.

Primero le di un plátano. El mono lo cogió y empezó a pelarlo, pero luego lo dejó. El plátano empezó a flotar por la nave y yo tuve que atraparlo. Cuando se lo volví a dar, el mono empezó a comérselo y dejó la nave hecha un asco, y yo tuve que limpiarla. Además, quiere que esté siempre pendiente de él. Cada vez que lo dejo solo empieza a chillar y a abrir y cerrar las mandíbulas como esas dentaduras de juguete. Acabo enfermo de los nervios.

Al cabo de un rato saqué la armónica y toqué una canción que se llama *Home in the Range*, y el mono se calmó un poco, en vista de lo cual toqué otras canciones, como *The Yellow Rose of Texas* y *I Dream of Jeannie with the Light Brown Hair*. El mono me miraba tumbado pacíficamente, como un bebé. Había olvidado que en la nave había una cámara de televisión que mostraba todo lo que hacíamos a los del centro de control. A la mañana siguiente, cuando me desperté, alguien sostuvo un periódico frente a la cámara instalada en Houston, para que lo viera. El titular decía: «El idiota toca música espacial para sosegar al mono». Ésas son las cosas que tengo que soportar continuamente.

De todos modos, esto va bastante bien, aunque he notado que el sustituto de Sue mira a la mayor Fritch de un modo un poco extraño. Cada vez que la mayor se acerca a él, extiende los brazos como si quisiera agarrarla. «¡Apártate de mí, mono asqueroso! Quítame las manos de encima!», le grita la mayor Fritch. Pero el mono tiene algo en mente. Seguro.

No tardé mucho en averiguarlo. Cuando me oculté detrás de una pequeña

mampara para orinar en un frasco sin que nadie me viera, oí unos gritos y al asomarme vi que el mono había agarrado a la mayor Fritch y le estaba metiendo mano por el traje espacial. La mayor Fritch chillaba como una loca y atizaba al mono en la cabeza con el micrófono de la radio.

De pronto me di cuenta de cuál era el problema. Durante los dos días que llevábamos flotando en el espacio, el mono había permanecido sujeto al asiento, sin poder moverse ni orinar. Imagino cómo debía sentirse. El pobre estaba a punto de reventar. Conque me acerqué y al final conseguí separarlo de la mayor Fritch, que seguía gritando y llamándole «mono asqueroso» y cosas así. En cuanto se quitó al mono de encima, la mayor Fritch se dirigió hacia la parte delantera de la nave, agachó la cabeza y se echó a llorar. Entretanto, desaté al mono y lo llevé detrás de la mampara para que pudiera orinar.

Le di un frasco vacío, para que orinara dentro, y cuando terminó cogió el frasco y lo arrojó contra un panel de luces de colores, partiéndolo en mil pedazos, mientras la orina flotaba a través de la nave. Sólo nos faltaba eso, pensé, mientras lo acompañaba a su asiento. De pronto vi un enorme globo de orina que se dirigía hacia la mayor Fritch. Parecía como si fuera a golpearla en la cabeza, de modo que solté al mono y traté de atrapar el globo de orina con una red que nos habían dado para atrapar los objetos que flotaran por la nave. Cuando estaba a punto de atraparlo, la mayor Fritch se volvió bruscamente y el globo de orina le dio en la cara.

La mayor Fritch empezó otra vez a gritar, mientras el mono arrancaba los cables del panel de control.

—¡Deténgalo! —me ordenó la mayor Fritch.

Pero antes de que pudiera darme cuenta, empezaron a saltar chispas y el mono se puso a chillar y a dar unos botes hasta el techo. En esto sonó una voz por la radio que preguntó:

—¿Qué demonios sucede?

Pero era demasiado tarde.

La nave empezó a girar a toda velocidad, lanzando al mono y a la mayor Fritch de un lado al otro como si fueran corchos. Yo no podía sujetarme a nada, ni desconectar nada, ni levantarme ni sentarme. Al cabo de unos momentos dijo la voz de la radio:

—Observamos cierta desestabilización en la nave. Forrest, introduzca manualmente el programa D-seis en el ordenador de estribor.

Ese tío debía de estar bromeando. ¿Cómo iba a hacer lo que me pedía si no paraba de girar como una peonza y encima tenía que vigilar al mono para que no me pegara un mordisco? La mayor Fritch gritaba tan fuerte que no me dejaba oír nada, ni siquiera podía pensar, pero creo que dijo que nos íbamos a estrellar y que moriríamos achicharrados. Cuando eché un vistazo por la ventanilla vi que la Tierra se aproximaba y que las cosas se habían puesto muy feas.

Al fin conseguí llegar hasta el ordenador de estribor y mientras me sujetaba al panel con una mano, con la otra introduje el programa D-seis. Es un programa ideado para hacer que la nave americe en el océano Índico en caso de que surja un problema como el que teníamos en esos momentos.

—¿Qué demonios está haciendo? —gritó la mayor Fritch.

Cuando se lo dije, replicó:

—Olvídese de eso, imbécil, hemos sobrepasado el océano Índico. Espere a que la nave dé otra vuelta e intente hacer que americe en el océano Pacífico.

Por extraño que parezca, se tarda poco tiempo en dar la vuelta al mundo en una nave espacial. La mayor Fritch agarró el micrófono de la radio y empezó a gritarles a los de Houston para que nos ayudaran a amerizar en el océano Pacífico de un modo u otro y para que fueran a recogerlos lo antes posible. A todo esto, yo seguía pulsando los botones del panel de control mientras la Tierra se nos echaba encima. La mayor Fritch dijo que le parecía que volábamos sobre Suramérica y que luego volaríamos otra vez sobre el agua, con el Polo Sur a nuestra izquierda y Australia ante nosotros.

De pronto noté un calor asfixiante y oí unos ruidos muy extraños que procedían del exterior, mientras la nave empezaba a temblar y la Tierra parecía una enorme bola frente a nosotros.

—¡Tire de la palanca del paracaídas! —gritó la mayor Fritch.

Pero yo estaba pegado a mi asiento, sin poder moverme, y la mayor Fritch estaba pegada al techo de la nave. Creí que era el fin, porque nos dirigíamos a quince mil kilómetros por hora hacia un punto verde que había en medio del océano. Si chocábamos contra él a esa velocidad, ni siquiera quedaría una mancha de aceite.

De pronto oí *pop* y la nave empezó a perder velocidad. Al volverme vi que el bueno del mono había tirado de la palanca del paracaídas y nos había salvado la vida. Decidí que en cuanto saliéramos de este lío le iba a dar un plátano.

La nave se balanceaba bajo el paracaídas y daba la impresión de que íbamos a aterrizar sobre la mancha que había en el océano, lo cual tampoco era una solución, ya que se suponía que debíamos caer al agua para que fueran rápidamente a rescatarnos. Desde el momento en que nos metimos en este aparato todo ha salido mal.

—Nos disponemos a aterrizar en un lugar al norte de Australia —dijo la mayor Fritch a través de la radio—, en el océano. No estoy segura de dónde nos encontramos.

Al cabo de unos segundos contestó una voz:

—Si no está segura de dónde se encuentran, ¿por qué no mira por la ventanilla, so estúpida?

La mayor Fritch dejó la radio y miró por la ventanilla.

—¡Dios mío! —exclamó—. Creo que estamos en Borneo o algún sitio parecido.

Pero cuando trató de decírselo a los del centro de control, la radio no daba ninguna señal.

La nave seguía balanceándose bajo el paracaídas mientras nos aproximábamos a la Tierra. Al mirar por la ventanilla vi una selva, unas montañas y un pequeño lago marrón. Junto al lago parecía que había un grupo de personas. Los tres —Sue, la mayor Fritch y yo— aplastamos la nariz contra el cristal para ver lo que sucedía allí abajo. De pronto, la mayor exclamó:

—¡Dios mío! ¡No es Borneo, es Nueva Guinea, y deben de estar celebrando el rito del culto de carga o algo parecido!

El mono y yo miramos por la ventanilla y vimos a un montón de nativos junto al lago, mirando hacia arriba y con los brazos levantados hacia nosotros, luciendo unas falditas de paja y con el pelo tieso. Algunos llevaban unas lanzas y unos escudos.

—¿Cómo dice que se llama eso que están haciendo? —pregunté.

—El culto de carga —contestó la mayor Fritch—. Durante la Segunda Guerra Mundial arrojábamos paquetes de golosinas a los nativos en la selva para tenerlos de nuestra parte, y jamás lo han olvidado. Debían creer que era obra de Dios. Desde entonces esperan nuestro regreso. Incluso han construido una tosca pista de aterrizaje junto al lago, ¿la ve? Está rodeada por unas grandes señales negras.

—Parecen calderas.

—Pues tiene razón —contestó la mayor Fritch, acercándose más a la ventanilla.

—¿Aquí no viven caníbales? —le pregunté.

—No tardaremos en averiguarlo —contestó ella.

La nave espacial se deslizó suavemente hacia el lago, y poco antes de aterrizar, los nativos empezaron a batir los tambores y a mover la boca como si cantaran. Aunque no oíamos nada porque estábamos dentro de la nave, no era difícil imaginar sus intenciones.

Nuestro aterrizaje sobre el pequeño lago fue bastante suave. Notamos una pequeña sacudida al caer y ya estábamos de vuelta en la Tierra. Todo estaba en silencio, y el mono, la mayor Fritch y yo miramos por la ventanilla.

A unos tres metros de la orilla había una tribu de nativos mirándonos con aire feroz. La mayor Fritch dijo que quizás estuvieran enfadados porque no les habíamos arrojado nada desde la nave. De todos modos, dijo que intentaría dar con una solución, porque ya que habíamos llegado hasta aquí sin novedad, no quería dar un paso en falso e irritar a esa gente. En aquel momento, siete u ocho nativos se tiraron al agua y empezaron a empujar la nave hacia la orilla.

Mientras la mayor Fritch seguía pensando en una solución, oímos unos golpes en la puerta de la nave. Los tres nos miramos asustados. Luego, la mayor Fritch dijo:

—Que nadie se mueva.

—Puede que se enfaden si no les abrimos —contesté yo.

—Silencio —me ordenó la mayor Fritch—. Con un poco de suerte, pensarán que no hay nadie y se irán.

Al cabo de un rato volvieron a llamar a la puerta.

—Es de mala educación no contestar —dije.

—Cállese, estúpido —dijo la mayor Fritch—. ¿No ve que esa gente es peligrosa?

De pronto el mono se dirigió a la puerta y la abrió. El nativo era el tipo más gigantesco que había visto desde que jugamos contra los despinochadores del Nebraska en el Orange Bowl.

Llevaba un hueso atravesado en la nariz, una faldita de paja, unos collares de dientes y una pelambreira como la peluca estilo Beatles que llevaba aquel Tom O'Bedlam en la obra de Shakespeare. Ah, y una lanza en la mano.

Cuando el mono abrió la puerta, el tipo se llevó tal susto que se desmayó. La mayor Fritch y yo miramos tímidamente por la ventanilla. Cuando los otros nativos vieron que su compañero se había desmayado, se escondieron detrás de unos matorrales para esperar a ver qué sucedía.

—Silencio, que nadie se mueva —dijo otra vez la mayor Fritch.

Pero el mono agarró un frasco y lo vació sobre la cara del tío que se había desmayado, para reanimarlo. El nativo se levantó de un salto y empezó a toser y a escupir mientras sacudía la cabeza. El mono le había vaciado encima el frasco en que

había orinado yo. Cuando el nativo reconoció el mono, levantó los brazos, se tiró al suelo y empezó a hacerle reverencias.

De repente salieron los otros de detrás de los matorrales, moviéndose muy despacio y con los ojos como platos. El tipo que se había tirado al suelo les gritó algo y sus compañeros soltaron las lanzas y se acercaron a la nave.

—Parece que vienen en son de paz —dijo la mayor Fritch—. Será mejor que salgamos y nos identifiquemos. Los de la NASA no tardarán en venir a rescatarnos.

Ésa fue la chorrada más grande que he oído en mi vida.

Cuando la mayor Fritch y yo salimos de la nave espacial, los nativos nos miraron y exclamaron «¡Ooooh!» y «¡Ahhhh!»». El tipo que estaba tirado en el suelo se levantó y dijo:

—Hola, yo buen chico. ¿Quiénes ser vosotros?

Y extendió la mano.

Yo se la estreché mientras la mayor Fritch trataba de explicarle quiénes éramos, diciendo:

—Participamos en una misión espacial de ensayo multiorbital preplanetaria subgravitacional interesferoide de la NASA.

Nos miró como si fuéramos unos marcianos.

—Somos americanos —dije.

—¡No me diga! —contestó el nativo sonriendo—. ¡Americanos! ¡Fantástico!

—¿Habla usted inglés? —preguntó la mayor Fritch.

—Sí —respondió el nativo—. Estuve en América durante la guerra. Fui reclutado por la oficina de servicios estratégicos para que aprendiera inglés y luego me enviaron de regreso para que organizara a nuestro pueblo en una lucha de guerrilla contra los japoneses.

Al oír eso, el mono lo miró extrañado.

Parecía un poco raro que un tipo como él, que vivía en la selva, hablara inglés correctamente.

—¿En qué escuela estudió? —le pregunté.

—En Yale —contestó el nativo—. Ya sabe, bula-bula y todo eso.

Al decir «bula-bula», los otros negros empezaron a cantar y a golpear los tambores, hasta que su compañero les hizo una señal para que guardaran silencio.

—Me llamo Sam —dijo—. Al menos, así me llamaban en Yale. Mi verdadero nombre resulta un poco complicado de pronunciar. Estoy encantado de que hayan venido a visitarnos. ¿Les apetece una taza de té?

La mayor Fritch y yo nos miramos. Como la mayor se había quedado muda, contesté:

—Sí, estupendo.

Cuando la mayor Fritch recuperó el habla, preguntó:

—¿Tienen ustedes teléfono?

Sam la miró irritado, hizo un gesto con la mano y sus compañeros empezaron a golpear otra vez los tambores mientras nos conducían hacia la selva cantando el «bula-bula».

Los nativos habían construido una aldea en medio de la selva, con unas chozas como las que salen en las películas. La de Big Sam era la más grande. En la entrada había una silla que parecía un trono, y cuatro o cinco mujeres que iban desnudas de cintura para arriba le atendían y obedecían sus órdenes. Big Sam les dijo que nos trajeran una taza de té y luego nos indicó a la mayor Fritch y a mí que nos sentáramos en unas grandes piedras que había junto al trono. El mono había venido con nosotros hasta la aldea agarrado de mi mano, y se sentó en el suelo.

—Que mono tan simpático —dijo Big Sam—. ¿De dónde lo han sacado?

—Trabaja para la NASA —contestó la mayor Fritch, que parecía muy preocupada.

—¿De veras? ¿Y le pagan un sueldo? —preguntó Sam.

—Creo que en estos momentos le gustaría comerse un plátano —dije.

Big Sam ordenó a una de las mujeres que fuera a buscar un plátano para el mono.

—Disculpen —dijo Sam—, no les he preguntado su nombre.

—Soy la mayor Janet Fritch, de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos. Y mi número de identificación es 04534573. No pienso decirle ni una palabra más.

—Tranquilícese —dijo Big Sam—, no es usted una prisionera. Sólo somos unos pobres negros analfabetos. Según algunos, todavía vivimos en la Edad de Piedra. No queremos hacerle ningún daño.

—No diré otra palabra hasta haber hablado por teléfono con mis superiores —replicó la mayor Fritch.

—Muy bien —contestó Big Sam—. ¿Y usted cómo se llama, joven?

—Forrest.

—Qué curioso —dijo Sam—. ¿Acaso le pusieron ese nombre en honor del famoso héroe de la Guerra Civil, el general Nathan Bedford Forrest?

—Sí —contesté.

—Muy interesante. Bien, ¿en qué escuela estudió usted, Forrest?

Empecé a decirle que había estudiado un tiempo en la Universidad de Alabama, pero luego decidí decirle que había estudiado en Harvard, aunque fuese una mentira como la copa de un pino.

—Ah, Harvard, la vieja «roja» —dijo Big Sam—. La conozco bien. Unos tipos encantadores, aunque no consiguieran entrar en Yale. —De pronto soltó una carcajada y añadió—: Sí, tiene usted aspecto de haber estudiado en Harvard.

No sé por qué, pero me olí que nos habíamos metido en un buen lío.



Cuando oscureció, Big Sam ordenó a un par de nativas que nos acompañaran a la choza que íbamos a ocupar. Tenía el suelo de tierra y una puertecita por la que casi no se podía pasar. Me recordaba el cobertizo en el que se refugió el rey Lear. Junto a la entrada montaban guardia dos fornidos negros con unas lanzas.

Los nativos se pasaron toda la noche golpeando los tambores y cantando el «bula-bula». A través de la puerta vimos una caldera enorme, debajo de la cual habían encendido fuego. La mayor Fritch y yo no entendíamos de qué iba la cosa, pero el mono creo que sí, porque puso una cara muy triste.

A las diez de la noche todavía no nos habían dado nada de comer, de modo que la mayor Fritch me dijo que fuera a preguntar a Big Sam si podíamos cenar. Cuando iba a salir de la choza, los dos nativos que montaban guardia ante la puerta cruzaron sus lanzas y no me dejaron pasar. De golpe comprendí por qué no nos habían invitado a cenar. ¡La cena éramos nosotros! El panorama no podía haberse puesto más negro.

De golpe dejaron de sonar los tambores y los cánticos y oímos unas voces frente a la choza. Una de ellas pertenecía a Big Sam, que parecía estar discutiendo con otro nativo. La discusión fue subiendo de tono y al cabo de un rato oímos un golpe seco, como si uno de ellos hubiera golpeado al otro en la cabeza. Tras unos minutos de silencio, los tambores volvieron a sonar y todos se pusieron a cantar otra vez el «bula-bula».

A la mañana siguiente apareció Big Sam y dijo:

—Buenos días, ¿han dormido bien?

—No —contestó la mayor Fritch—. ¿Cómo íbamos a dormir con el escándalo que organizaron anoche?

—Lo lamento —dijo Big Sam con cara de tristeza—. Al verles aterrizar ayer sobre el lago, mis gentes creyeron que les habían traído regalos. Llevamos esperando desde 1945 que los americanos aparezcan de nuevo por aquí. Al ver que no les habían traído ningún regalo, mis gentes decidieron comérselos. Por suerte, conseguí disuadirles.

—¿Me toma usted el pelo? —preguntó la mayor Fritch.

—En absoluto —respondió Big Sam—. Verá, no somos un pueblo civilizado, al menos según sus normas, y mis gentes son muy aficionadas a la carne humana. Sobre todo blanca.

—¿Pretende decirme que son caníbales? —preguntó la mayor Fritch.

Sam se encogió de hombros y respondió:

—Así es.

—¡Qué asco! —exclamó la mayor Fritch—. Le exijo que nos proteja hasta que consigamos salir de aquí. Supongo que a estas horas los de la NASA ya habrán organizado un grupo de rescate, que no tardará mucho en llegar. En cualquier caso,

deben tratarnos con la dignidad que merece una nación aliada.

—Eso es justamente lo que se proponían hacer mis gentes anoche —contestó Big Sam.

—Le exijo que nos libere inmediatamente —insistió la mayor Fritch—, para poder dirigirnos a la ciudad o población más cercana y llamar por teléfono a Houston.

—Me temo que es imposible —respondió Sam—. Aunque deje que se marchen, los pigmeos les atacarían antes de que lograran atravesar la selva.

—¿Pigmeos? —preguntó la mayor Fritch.

—Hace muchos años que estamos en guerra con los pigmeos. Según la leyenda, uno de ellos nos robó en cierta ocasión un cochino, aunque nadie recuerda quién fue ni cómo ocurrió.

—Prefiero correr el riesgo de toparme con los pigmeos antes que ser devorada por unos jodidos caníbales —dijo la mayor Fritch—. Los pigmeos no son caníbales, ¿verdad?

—No, señora —respondió Big Sam—. Son cazadores de cabezas.

—Genial —dijo la mayor Fritch con rabia.

—Anoche conseguí impedir que mis gentes se los comieran —dijo Sam—, pero no sé si podré seguir conteniéndolos. Están decididos a sacar algún provecho de su presencia en nuestra aldea.

—¿De veras? —preguntó la mayor Fritch—. ¿A qué se refiere exactamente?

—Puede que se conformen con comerse al mono.

—Ese mono es propiedad de Estados Unidos de América —contestó secamente la mayor Fritch.

—No obstante, creo que sería un gesto diplomático por su parte —insistió Big Sam.

El mono arrugó el ceño y nos miró preocupado.

—Por otra parte —continuó Big Sam—, ya que están aquí podrían hacer unos trabajos para nosotros.

—¿Qué clase de trabajos? —preguntó la mayor Fritch mirando al nativo con recelo.

—Agrícolas —contestó Sam—. Llevo muchos años esforzándome en mejorar la ignominiosa situación de mi pueblo. Hace poco se me ocurrió una idea. Si conseguimos sacar algún provecho a nuestras fértiles tierras aplicando las modernas técnicas agropecuarias para obtener unas cosechas rentables, quizá podamos salir de esta triste situación y ocupar un honroso papel en el mercado mundial. En definitiva, mejorar nuestra pobre economía y convertirnos en una raza culta y adelantada.

—¿Qué tipo de cosechas? —preguntó la mayor Fritch.

—Algodón, querida señora, algodón. El rey de las cosechas. La planta sobre la que ustedes construyeron hace unos años su imperio.

—¿Pretende que cultivemos algodón? —preguntó la mayor Fritch.  
—Exactamente, hermana —contestó Big Sam.

Aquí estamos, plantando hectáreas y más hectáreas de algodón. Si de algo estoy seguro, es de que si alguna vez conseguimos escapar de aquí jamás me dedicaré al cultivo del algodón.

Sucedieron varias cosas después de aquel primer encuentro en la selva con Big Sam y los caníbales. En primer lugar, la mayor Fritch y yo convencimos a Big Sam de que no entregara al pobre mono a sus gentes para que se lo comieran, ya que resultaría más útil si nos ayudaba a plantar algodón. De modo que el mono nos acompañaba todos los días a plantar algodón, con un sombrero de paja y arrastrando un saco.

Al cabo de unas tres o cuatro semanas, Big Sam entró un día en nuestra choza y me preguntó:

—¿Sabes jugar al ajedrez, Forrest?

—No —contesté.

—Puesto que eres un alumno de Harvard, supuse que te gustaría aprender a jugar.

Yo dije que sí, y así es como aprendí a jugar al ajedrez.

Cada noche, cuando terminábamos de trabajar en los campos de algodón, Big Sam sacaba su juego de ajedrez, nos sentábamos alrededor del fuego y jugábamos durante un buen rato. Sam me enseñó todos los movimientos y, durante los primeros días, me enseñó la estrategia del juego. Luego dejó de hacerlo, porque le gané un par de partidas.

Al cabo de un tiempo, las partidas empezaron a alargarse. A veces duraban varios días, porque Big Sam no acababa de decidirse y no sabía qué pieza mover. Después de estudiar el tablero por fin movía una pieza, pero yo siempre conseguía ganarle. A veces se ponía furioso consigo mismo y se atizaba en el pie con un palo o se golpeaba la cabeza contra una roca o algo por el estilo.

—Para ser un alumno de Harvard, juegas bastante bien al ajedrez —decía Big Sam, o bien me preguntaba—: ¿Por qué has movido esa pieza, Forrest?

Yo me limitaba a encogerme de hombros, cosa que le ponía furioso.

Un día me dijo:

—Estoy muy contento de que estés aquí, Forrest, y de tener a alguien con quien jugar al ajedrez. Y me alegro de haberte salvado del puchero. Pero me gustaría ganar al menos una partida.

Big Sam me miró fijamente mientras se relamía los labios. No hacía falta ser muy inteligente para imaginar que si le dejaba ganar una partida se sentiría satisfecho y se me zamparía para cenar. Lo cual me hizo comprender que debía mantener los ojos bien abiertos.

A todo esto, a la mayor Fritch le sucedió algo muy extraño.

Un día, cuando volvía de los campos de algodón con el mono y conmigo, apareció de pronto un fornido brazo negro por entre los arbustos y le hizo una señal para que se acercara. El mono y yo nos detuvimos mientras la mayor Fritch se dirigía hacia los arbustos y preguntaba:

—¿Quién anda ahí?

De repente, el brazo agarró a la mayor Fritch y la arrastró hacia los arbustos. El mono y yo nos miramos extrañados y luego echamos a correr hacia el lugar por donde había desaparecido. El mono llegó antes que yo y cuando me disponía a meterme entre los arbustos, el mono sacudió la cabeza y me señaló por gestos que me detuviera. Los arbustos empezaron a temblar violentamente mientras se oían unos ruidos muy extraños. Al fin me hice una idea de lo que sucedía, aunque por los gemidos y suspiros de la mayor Fritch no parecía que estuviera en peligro, de modo que el mono y yo regresamos a la aldea.

Al cabo de una hora entró en la choza la mayor Fritch acompañada por un tipo inmenso que no dejaba de sonreír, al cual llevaba de la mano.

—Forrest, te presento a Grurck.

—Hola —dije yo. Ya había visto a ese tipo por la aldea.

Grurck me saludó moviendo la cabeza y yo le devolví el saludo mientras el mono nos miraba rascándose las pelotas.

—Grurck me ha pedido que vaya a vivir con él —dijo la mayor Fritch—. Creo que aceptaré su oferta, porque esto es un poco pequeño para los tres, ¿no te parece?

Yo asentí.

—No se te ocurra contárselo a nadie —dijo la mayor Fritch.

¿A quién demonios iba a contárselo? De todos modos, sacudí la cabeza y la mayor Fritch recogió sus cosas y se marchó tan contenta con Grurck.

Pasaban los días, los meses y los años, mientras el mono, la mayor Fritch y yo seguíamos trabajando todos los días en los campos de algodón. Yo empezaba a sentirme como Matusalén, o qué sé yo. Por las noches, después de darle una paliza a Sam al ajedrez, me metía en la choza y charlaba un rato con el mono a base de ruidos guturales, muecas y gestos con las manos. Al cabo de un tiempo conseguí enterarme de la historia de su vida, que era tan triste como la mía.

Un día, cuando el mono era pequeño, sus padres iban andando por la selva y de pronto apareció un tío que los atrapó con una red. El mono se fue a vivir con unos

tíos suyos, hasta que lo echaron de la familia porque comía demasiado. A partir de entonces se quedó solo.

El mono vivía estupendamente, trepando a los árboles, colgándose de las ramas y comiendo plátanos, hasta que un día sintió curiosidad por saber lo que pasaba en el resto del mundo y fue de árbol en árbol hasta que llegó a una aldea situada junto al bosque. Como tenía sed, se sentó a beber en la orilla de un río. De pronto apareció un tío en una canoa. El mono no había visto nunca una canoa. Cuando el tío se le acercó, el mono creyó que iba a preguntarle si quería dar un paseo, pero en cambio le golpeó en la cabeza con un remo, lo ató de pies y manos y antes de que el pobre pudiera darse cuenta lo vendió a otro tío que lo exhibió en una feria en París.

En la feria había también una orangutana llamada Doris. Era la mona más guapa que había visto jamás, y al cabo de un tiempo se enamoraron. El tío de la feria los llevó alrededor del mundo. Doris y el mono eran la atracción principal. El tío los metió juntos en una jaula para que todo el mundo pudiera mirarlos mientras follaban. El pobre mono se sentía un poco violento, pero era la única ocasión que tenía de hacer el amor con Doris.

Un día, cuando estaban en Japón, un individuo propuso al tío de la feria que le vendiera a Doris. El otro accedió y el pobre mono estaba desesperado, porque no sabía qué había sido de Doris.

A partir de ese día, cambió totalmente. Estaba siempre de mal humor, y cuando se acercaba alguien se ponía a gruñir y a tirar mierda por los barrotes de la jaula al público que había comprado una entrada para ver las gracias de un orangután.

Al cabo de un tiempo, el tío de la feria se hartó del mono y lo vendió a la NASA, y así fue como aterrizó aquí. Comprendo cómo se siente, porque todavía echa de menos a Doris, lo mismo que yo echo de menos a Jenny Curran. No pasa un día sin que piense en ella y me pregunte dónde estará y qué estará haciendo. Pero aquí nos tienen, perdidos en esta selva.

La aventura algodонера de Big Sam marchaba viento en popa. Habíamos plantado y cosechado no sé cuántos millones de balas de algodón, que almacenaban en unos grandes cobertizos contruidos con ramas y hierba. Al fin, un día Big Sam dijo que iban a construir un barco grande —una barcaza— para que transportáramos el algodón a través del territorio de los pigmeos hasta un lugar donde pudiéramos venderlo y ganar una fortuna.

—Lo tengo todo calculado —dijo Big Sam—. Primero subastaremos el algodón y conseguiremos el dinero. Luego utilizaremos el dinero para comprar las cosas que mi pueblo necesita.

Yo le pregunté a qué cosas se refería, y él contestó:

—Ya sabes, collares de cuentas, cachivaches, espejos, radios portátiles, una caja

de habanos y un par de cajas de licor.

Conque eso es lo que piensa hacer con el dinero que saque del algodón.

Los meses pasaban y por fin recogimos la última cosecha de algodón de la temporada. Big Sam había terminado de construir la barcaza que nos llevaría a través del territorio de los pigmeos hasta la población donde íbamos a vender el algodón. La noche antes de partir, los nativos organizaron una fiesta para celebrarlo todo y para ahuyentar a los espíritus malignos.

Toda la tribu estaba sentada delante de una hoguera cantando «bula-bula» y golpeando los tambores. También habían sacado la caldera, la cual hervía sobre el fuego, pero Big Sam dijo que sólo era «un gesto simbólico».

Sam y yo echamos una partida de ajedrez. Yo estaba tan excitado que estaba a punto de reventar. En cuanto nos acercáramos a una ciudad o población, nos largaríamos. El mono también estaba al tanto del asunto, porque no hacía más que sonreír y hacerse cosquillas en los sobacos.

Habíamos jugados un par de partidas de ajedrez y estábamos a punto de terminar la tercera, cuando de pronto me di cuenta de que Big Sam me tenía en jaque. Sonreía satisfecho, enseñándome sus dientes en la oscuridad. Comprendí que tenía que hacer algo para salir de esa situación cuanto antes.

El problema es que no podía hacer nada. Mientras perdía el tiempo pensando en vender la piel del oso antes de haberlo matado, me había colocado en una situación imposible en el tablero de ajedrez. No había solución.

Estudí el tablero durante un buen rato, francamente preocupado mientras Big Sam seguía sonriendo, hasta que de pronto se me ocurrió decir:

—Tengo ganas de orinar.

Big Sam asintió, sin dejar de sonreír. Era la primera vez que yo recuerde que esa frase me sacó de un apuro en lugar de meterme en un lío.

Me metí detrás de la choza y oriné, pero en vez de volver a la partida de ajedrez, fui en busca del mono y le expliqué mi plan. Luego me acerqué a la choza de Grurck y llamé en voz baja a la mayor Fritch. Cuando salió le dije que era mejor que nos largáramos antes de que nos echaran al puchero.

Nos pusimos en marcha inmediatamente. Grurck dijo que iría con nosotros porque estaba enamorado de la mayor Fritch... aunque no sé si lo expresó exactamente así.

Salimos sin hacer ruido de la aldea, nos acercamos a la orilla del río y cuando íbamos a montarnos en una canoa me volví y vi a Big Sam acompañado de un montón de nativos que nos miraban furiosos.

—Vamos, muchacho —dijo Big Sam—, ¿acaso creías que ibas a poder engañarme?

—Sólo queríamos dar un paseo en canoa, ¿comprendes? —contesté yo.

—Por supuesto que lo comprendo —me contestó Big Sam.

Acto seguido sus hombres nos agarraron y nos condujeron de vuelta a la aldea, sin quitarnos ojo de encima. Al llegar nos ataron a unos postes frente a la caldera, que seguía hirviendo y echando humo. Las cosas se habían puesto otra vez muy negras.

—Es una lástima que esto termine así, muchacho —dijo Big Sam—, pero consuélate pensando que habrás dado de comer a un par de bocas hambrientas. Además, te aseguro que eres el mejor jugador de ajedrez que he conocido jamás, y fui campeón de ajedrez durante los tres o cuatro años que estuve en Yale. En cuanto a usted, señora —dijo Big Sam a la mayor Fritch—, lamento poner fin a su pequeña historia de amor con el viejo Grurck, pero ya sabe cómo son estas cosas.

—No, no lo sé, salvaje asqueroso —replicó la mayor Fritch—. ¿Y tú cómo te lo montas? Debería darte vergüenza.

—Quizá podamos servirla a usted y a Grurck en la misma bandeja —dijo Big Sam, riéndose—, un trozo de carne blanca y otra más oscura. Yo tomaré un muslito, o quizás una pechuga... El toque perfecto.

—¡Eres un sinvergüenza, un cerdo, un imbécil! —exclamó la mayor Fritch.

—Lo que usted diga —respondió Big Sam—. Y ahora, que empiece la fiesta.

Un grupo de nativos se acercó a nosotros, nos desató y nos llevó al puchero. Primero cogieron al pobre mono, porque Big Sam dijo que prepararían un caldo muy rico con él, pero cuando lo sostenían sobre la caldera para echarlo dentro salió una flecha de no sé de dónde y se clavó en uno de los tíos que sujetaban al mono. El tipo se cayó al suelo y el mono se cayó encima de él. Acto seguido empezaron a llover flechas sobre nosotros y todo el mundo empezó a gritar y a correr.

—¡Son los pigmeos! —gritó Big Sam—. ¡A las armas!

Y todos corrieron a coger las lanzas y los cuchillos.

Como nosotros no teníamos lanzas ni cuchillos, la mayor Fritch, el mono y yo echamos a correr hacia el río, pero no habíamos dado ni diez pasos cuando de pronto caímos en una trampa que habían instalado en los árboles y nos encontramos colgando por los pies.

En esto salió una especie de enano de entre los matorrales y al vernos colgando boca abajo de las ramas, como los murciélagos, mareados como una sopa, se echó a reír a mandíbula batiente. En la aldea se oían unos ruidos salvajes, pero al cabo de un rato las cosas se calmaron. Luego aparecieron unos pigmeos, nos descolgaron del árbol, nos ataron de pies y manos y nos condujeron de nuevo a la aldea.

¡Qué espectáculo! Habían capturado a Big Sam y a todos sus nativos, los habían atado también de pies y manos e iban a echarlos al puchero.

—Bien, muchacho —dijo Big Sam—, parece que te has librado por los pelos.

Yo asentí, aunque sospechaba que las cosas iban de mal en peor.



—Creo que ha llegado nuestra última hora para mis gentes y para mí —dijo Big Sam—, pero puede que vosotros logréis escapar. Si coges tu armónica y tocas un par de canciones, quizá consigas salvar la vida. Al rey de los pigmeos le encanta la música americana.

—Gracias —dije.

—De nada, muchacho —contestó Big Sam.

Luego lo levantaron en volandas y lo colocaron sobre la caldera hirviendo. De pronto se volvió y me dijo:

—Caballo a alfil tres, y luego torre a rey siete. Así es como te gané la partida.

Acto seguido lo echaron al puchero y los nativos de Big Sam empezaron a cantar «bula-bula». Las cosas habían vuelto a ponerse feas para todos.

Cuando los pigmeos terminaron de cocinar a la tribu de Big Sam y de encogerles la cabeza, nos colgaron entre unas estacas como a los cerdos y nos llevaron a la selva.

—¿Qué crees que van a hacer con nosotros? —me preguntó la mayor Fritch.

—Ni lo sé, ni me importa —contesté.

Era la pura verdad. Estaba harto de tantas chorradas. Se me había agotado la paciencia.

Al cabo de un par de días llegamos a la aldea de los pigmeos, que vivían en unas diminutas chozas en un claro en la selva. Nos condujeron a una choza en medio del claro, donde había un grupo de pigmeos de pie y un tipo con una larga barba blanca, desdentado, sentado en una silla alta, como un niño. Supuse que era el rey de los pigmeos.

Tras dejarnos en el suelo y desatarnos, nos levantamos, nos sacudimos un poco el polvo y el rey nos soltó un discurso en una jerga que no entendimos. De pronto se levantó, se acercó al mono y le arreó una patada en las pelotas.

—¿Por qué ha hecho eso? —pregunté a Grurck, que había aprendido inglés mientras vivía con la mayor Fritch.

—El rey querer saber si el mono es chico o chica —contestó Grurck.

Supuse que habría otra forma menos bestia de averiguarlo, pero no dije nada.

Luego el rey se acercó a mí y me habló en su lengua, que debe de ser el pigmalión. Temí que fuera a propinarme también una patada en las pelotas, pero Grurck dijo:

—Él querer saber por qué vivís con esos repugnantes caníbales.

—Dile que no fue exactamente idea nuestra —contestó la mayor Fritch.

—Se me ha ocurrido una idea —dije—. Diles que somos unos músicos americanos.

Grurck se lo dijo y el rey nos miró fijamente. Luego murmuró algo a Grurck.

—¿Qué ha dicho? —preguntó la mayor Fritch.

—Él querer saber qué es lo que toca el mono —respondió Grurck.

—Dile que toca las lanzas —dije yo.

Grurck se lo dijo y el rey de los pigmeos nos pidió que tocáramos algo.

Yo saqué mi armónica y toqué una canción titulada *De Camptown Races*. Después de escucharme en silencio durante unos minutos, el rey de los pigmeos se

puso a batir palmas y a bailar una especie de zapateado.

Cuando terminé de tocar, el rey preguntó qué era lo que tocaban la mayor Fritch y Grurck. Yo dije a Grurck que le dijera que la mayor Fritch tocaba los cuchillos y que Grurck no tocaba nada porque era nuestro agente artístico.

El rey de los pigmeos me miró extrañado y dijo que jamás había conocido a nadie que tocara los cuchillos ni las lanzas, pero ordenó a sus hombres que dieran al mono unas lanzas y a la mayor Fritch unos cuchillos para ver qué tipo de música tocábamos.

En cuanto nos dieron las lanzas y los cuchillos, dije:

—¡A la carga!

El mono golpeó al rey de los pigmeos en la cabeza con la lanza y la mayor Fritch amenazó a un par de pigmeos con los cuchillos y luego echamos a correr hacia la selva con los pigmeos pisándonos los talones.

Los pigmeos nos perseguían tirándonos piedras, disparando flechas con sus arcos y dardos con unas cerbatanas. Al cabo de un rato llegamos a la orilla de un río. Teníamos a los pigmeos pisándonos los talones y no sabíamos por dónde tirar. Cuando íbamos a lanzarnos al río y atravesarlo a nado, sonó un disparo en la otra orilla.

Los pigmeos casi nos habían alcanzado cuando de repente sonó otro disparo. Los pigmeos dieron media vuelta y echaron a correr hacia la selva. Cuando miramos hacia la otra orilla vimos a dos tíos que llevaban unas cazadoras y unos salacots, como los que salían en la película *Ramar, el rey de la selva*. Luego se montaron en una canoa y empezaron a remar hacia nosotros. Al acercarse vi que uno de ellos llevaba la palabra NASA grabada en el salacot. Estábamos salvados.

Cuando la canoa alcanzó la orilla, el tipo que llevaba la palabra NASA grabada en el salacot se apeó, se acercó al mono, extendió la mano y dijo:

—El señor Gump, supongo.

—¿Dónde demonios os habíais metido? —gritó la mayor Fritch—. Llevamos casi cuatro años en esta jodida selva.

—Lo lamento, señora —respondió el tipo del salacot—, pero también tenemos nuestras prioridades.

De todos modos, nos salvó de una suerte mucho peor que la muerte. Nos montamos en la canoa y navegamos río abajo. Unos de los tipos dijo:

—La civilización está a la vuelta de la esquina. Supongo que venderán su historia a una revista y ganarán una fortuna.

—¡Detengan la canoa! —gritó de pronto la mayor Fritch.

Los dos tipos se miraron intrigados, pero condujeron la canoa hacia la otra orilla.

—He tomado una decisión —dijo la mayor Fritch—. Por primera vez en mi vida, he conocido a un hombre que me comprende, y no dejaré que se me escape. Durante

casi cuatro años, Grurck y yo hemos vivido felices en esta tierra, y he decidido quedarme a vivir con él. Nos instalaremos en la selva e iniciaremos una nueva vida, tendremos hijos y viviremos felices.

—Pero si es un caníbal —dijo uno de los tipos.

—Y a mí qué me importa —respondió la mayor Fritch.

Ella y Grurck se bajaron de la canoa y se encaminaron hacia la selva de la mano. Poco antes de desaparecer, la mayor Fritch se volvió y nos saludó al mono y a mí con la mano.

El mono se quedó sentado en la canoa, con cara de tristeza y estrujándose las manos.

—Un momento —dije a los tipos que nos habían salvado. Luego me senté junto al mono y le pregunté—: ¿En qué estás pensando?

El mono no contestó, pero vi que tenía los ojos húmedos y comprendí lo que iba a suceder. El mono me dio un abrazo, saltó de la canoa y se encaramó a un árbol que había en la orilla. Cuando lo vimos por última vez, iba brincando de una rama a otra a través de la selva.

El tipo de la NASA sacudió la cabeza y preguntó:

—¿Qué piensa hacer, Gump? ¿Va a seguir a sus amigos hasta Bonzolandia?

Yo le miré un minuto y contesté:

—No.

Luego me senté en la canoa. No crean que no pensé más de una vez en seguir a la mayor Fritch y al mono. Pero no podía. Tengo otras cosas que hacer.

Me metieron en un avión de regreso a América y me dijeron que iban a dispensarme un recibimiento por todo lo alto, pero ya conozco esa película.

En cuanto aterrizamos en Washington vi a un millón de personas esperándome, aplaudiendo y comportándose como si se alegraran de verme. Me llevaron a la ciudad sentado en la parte trasera de un cochazo negro y dijeron que me llevaban a la Casa Blanca para entrevistarme con el presidente. Esa película también la conozco.

Cuando llegamos a la Casa Blanca supuse que iba a ver al mismo presidente que me había invitado a desayunar mientras veíamos *The Beverly Hillbillies* en televisión, pero me dijeron que ahora había otro presidente, un tipo repeinado, con unos mofletes y una nariz como Pinocho.

—¿Ha tenido un viaje interesante? —me preguntó el presidente.

Un tipo de paisano que estaba junto al presidente le murmuró algo al oído y el presidente se apresuró a decir:

—Me refiero a que es estupendo que haya conseguido escapar con vida de la selva.

El tipo de paisano le murmuró otra vez al oído, y el presidente me preguntó:

—¿Y su acompañante?

—¿El mono? —pregunté yo.

—¿Se llama así? —El presidente miró una tarjeta que tenía en la mano y dijo—: Aquí dice mayor Janet Fritch, la cual según parece fue secuestrada por un caníbal.

—¿Dónde dice eso? —pregunté.

—Aquí —respondió el presidente.

—No es verdad —dije.

—¿Me está llamando embustero? —preguntó el presidente.

—Sólo digo que no es verdad —contesté.

—Le recuerdo que soy su comandante, joven —dijo el presidente—. ¡No soy un delincuente ni un embustero!

—Lo siento mucho —contesté—, pero eso que dice sobre la mayor Fritch no es verdad. Puede que lo ponga la tarjeta, pero...

—¿Qué cinta?

—No, no —contestó el tipo de paisano—. Ha dicho tarjeta, no cinta, señor presidente.

—¡CINTA! —exclamó el presidente—. ¡Os he advertido que no volváis a mencionar esta palabra en mi presencia! ¡Sois una pandilla de asquerosos comunistas traidores! —gritó el presidente, golpeándose la rodilla con el puño—. No lo comprendéis. ¡No sé nada de nada! ¡No he oído nada! ¡Y si lo hubiera oído, ya lo he olvidado o es alto secreto!

—Pero señor presidente —dijo el tipo de paisano—, no ha mencionado esa palabra. Sólo dijo...

—¿Ahora eres tú quien me llama embustero? —tronó el presidente—. ¡Estás despedido!

—No puede despedirme —contestó el otro—. Soy el vicepresidente.

—Pues perdona que te lo diga —dijo el presidente—, pero como sigas llamando embustero a tu comandante, jamás llegarás a presidente.

—Tiene razón —contestó el vicepresidente—. Le pido disculpas.

—No, soy yo quien te pide disculpas a ti —dijo el presidente.

—Como quiera —dijo el vicepresidente, que empezaba a ponerse nervioso—. Perdone, pero tengo que orinar.

—Es la primera idea sensata que he oído hoy —dijo el presidente. Luego se volvió hacia mí y preguntó—: ¿No es usted el joven que jugó al tenis de mesa con el equipo nacional y salvó la vida del presidente Mao?

—Sí —respondí.

—¿Y cómo se le ocurrió hacer semejante cosa? —me preguntó el presidente.

—Porque se estaba ahogando —contesté yo.

Y el presidente dijo:

—Pues debió sujetarle la cabeza debajo del agua en vez de salvarle la vida. De

todos modos no importa, porque ese hijoputa murió mientras estaba usted en la selva.

—¿Tiene usted un televisor aquí? —pregunté.

El presidente me miró extrañado y contestó:

—Sí, pero últimamente apenas veo la televisión. Las noticias son deprimentes.

—¿No le gusta *The Beverly Hillbillies*?

—Lo ponen más tarde.

—¿Qué ponen ahora?

—*La verdad y nada más que la verdad*, pero es una birria de programa. Disculpe, pero debo asistir a una reunión. Le acompañaré hasta la puerta.

Cuando salimos al porche, el presidente me preguntó en voz baja:

—¿Quiere comprar un reloj?

—¿Qué? —pregunté yo.

El presidente se acercó, se arremangó una manga de la chaqueta y resulta que el tío llevaba veinte o treinta relojes sujetos al brazo.

—No llevo dinero —contesté.

El presidente se bajó la manga, me dio una palmadita en la espalda y dijo:

—No importa. Vuelva otro día y seguro que llegamos a un trato.

Luego me estrechó la mano mientras unos fotógrafos nos tomaban unas fotos y me fui. Debo decir que el presidente me cayó bien.

Después de todo lo que había pasado no tenía ni idea de lo que iban a hacer conmigo, pero no tardé en averiguarlo.

Al cabo de un par de días las cosas se calmaron. Me habían instalado en un hotel, pero una tarde se presentaron dos tíos que dijeron:

—Mire, Gump, se acabó lo que se daba. El Gobierno se niega a seguir manteniéndolo. A partir de ahora tendrá que buscarse la vida usted solito.

—De acuerdo —contesté—, pero necesito algo de dinero para volver a casa. Estoy tieso.

—Olvídelo, Gump —respondieron los tíos—. Tiene suerte de no haber acabado en la cárcel por darle en la cabeza al secretario del Senado con la medalla. Le hicimos el favor de sacarlo del apuro, pero a partir de ahora nos lavamos las manos.

Conque recogí mis cuatro trastos y me largué. Al salir de hotel eché a caminar por la calle y pasé frente a la Casa Blanca, donde vive el presidente. Vi a un grupo de personas delante de la fachada que llevaban unas máscaras de goma con la cara del presidente y sostenían unas pancartas. Imaginé que el presidente debía de estar muy satisfecho de ser tan popular.

Aunque se negaron a darme dinero, uno de los dos me prestó un dólar antes de que me marchara del hotel. En cuanto pude, llamé al asilo para decirle a mi madre que estaba bien.

—La señora Gump ya no está aquí —me contestó una monja.

Cuando pregunté dónde estaba, la monja respondió:

—No lo sé, se ha escapado con un protestante.

Le di las gracias y colgué.

En cierto modo, es como si me hubiera quitado un peso de encima. Me alegré de que mi madre se hubiera marchado con alguien y ya no estuviera en el asilo. Tenía que intentar dar con ella, pero no había prisa, porque sabía, con la misma seguridad que iba a llover, que la encontraría llorando y estrujándose las manos y que me montaría una bronca por haberme marchado de casa.

Llovió. Llovió a cántaros y me puse debajo del toldo de una tienda, hasta que apareció un tío y me echó de ahí. Estaba empapado y muerto de frío. De pronto, al pasar delante de uno de los muchos edificios del gobierno que hay en Washington, vi una gran bolsa de basura en medio de la acera. Al acercarme, la bolsa empezó a moverse, como si hubiera alguien en su interior.

Me detuve y toqué la bolsa con el pie. De pronto, la bolsa pegó un bote y se oyó una voz que dijo:

—¡Vete al carajo!

—¿Hay alguien ahí? —pregunté.

La voz respondió:

—Este es mi garito. Búscate uno que esté libre.

—¿Tu qué?

—¡Mi garito, joder! ¡Lárgate de aquí!

De pronto, la bolsa se levantó un poco y el tío que estaba debajo de ella asomó la cabeza y me miró como si yo fuera idiota.

—¿Hace poco que has llegado a la ciudad? —me preguntó.

—Sí —contesté—. Estoy buscando un sitio para guarecerme de la lluvia.

El tío que estaba debajo de la bolsa tenía un aspecto atroz. Era calvo, no se había afeitado desde hacía varios meses, tenía los ojos inyectados en sangre y le faltaban la mitad de los dientes.

—Bueno, en ese caso puedes quedarte un rato —dijo, y me dio una bolsa de basura doblada.

—¿Qué quieres que haga con esta bolsa? —pregunté.

—Tápate con ella, imbécil. ¿No querías guarecerte de la lluvia?

Tras esas palabras volvió a meterse debajo de la bolsa.

Hice lo que me aconsejó y, a decir verdad, la solución era bastante buena. A través de una rejilla que había en la acera salía un aire calentito y la bolsa impedía que me mojara. Los dos estábamos sentados sobre la rejilla, cubiertos con nuestras respectivas bolsas de basura. Al cabo de un rato, el tío me preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Forrest —contesté.

—¿De veras? Hace mucho tiempo conocí a un tipo llamado Forrest.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Dan —respondió.

—¿Dan? ¿Dan...? ¡Espera un momento! —exclamé, levantando la bolsa que le cubría. ¡Era él! Le faltaban las piernas y estaba sentado en un carrito de madera provisto de unas ruedas de patines. Había envejecido veinte años y apenas pude reconocerlo. Pero era él. El viejo teniente Dan.

Cuando abandonó el hospital militar, Dan regresó a Connecticut para ocupar de nuevo su puesto de profesor de historia. Pero el puesto de profesor de historia ya estaba cubierto, de modo que le hicieron dar clases de matemáticas. Aparte de que Dan odiaba las matemáticas, la clase estaba en el segundo piso del instituto; como no tenía piernas, le costaba mucho llegar a ella. Por si fuera poco, su mujer se había fugado con un productor de televisión que vivía en Nueva York y se divorció de él por «incompatibilidad de caracteres».

Dan empezó a beber, se quedó sin trabajo y durante un tiempo no hizo nada. Unos ladrones le saquearon la casa. Además, las piernas ortopédicas que le habían dado en el hospital de veteranos de guerra no eran de su talla. Al cabo de unos años, según me dijo, se resignó a vivir como un pordiosero. Todos los meses cobraba una pequeña pensión de invalidez, pero muchas veces se la daba a otros pordioseros.

—No sé, no sé, Forrest —dijo—, pero creo que me voy a morir.

Dan me dio unos dólares y me dijo que fuera a comprar un par de botellas de vino peleón a la tienda de la esquina. Pero en vez de comprar dos botellas compré una y empleé el dinero de la mía en comprar un bocadillo, porque no había probado bocado en todo el día.

—Bueno, amigo —dijo Dan después de haberse pulido la mitad de la botella—, cuéntame lo que has hecho desde que nos separamos.

Yo le conté que había ido a China con el equipo nacional de tenis de mesa, que



había encontrado a Jenny Curran, que había tocado con los Huevos Cascados y le conté también lo de la manifestación pacifista, cuando tiré mi medalla y me metieron en la cárcel.

—Lo recuerdo perfectamente. Menudo follón se armó. Creo que todavía estaba en el hospital. Me hubiera gustado participar en ella, pero no habría arrojado mis medallas. Mira —dijo Dan. Al desabrocharse la chaqueta, vi que llevaba todas las medallas prendidas en la camisa: el Corazón Púrpura, la Estrella de Plata, etcétera. Debía de llevar unas diez o doce medallas.

—Me recuerdan algo —dijo Dan—. No sé exactamente qué. La guerra, claro, pero eso sólo es una parte. No sólo he perdido mis piernas, Forrest, sino mi espíritu, por decirlo así. Aquí en el pecho, donde llevo las medallas, sólo me queda un vacío.

—¿Pero y las «leyes naturales» que lo gobiernan todo? —pregunté—. ¿Y el «gran esquema de las cosas» en el que debemos procurar encajar?

—A la mierda con todo eso —contestó Dan—. No es más que un montón de sandeces filosóficas.

—Pues desde que me lo explicaste, he intentado dejarme arrastrar por la «corriente» y hacer las cosas lo mejor posible. He intentado hacer lo que debo hacer.

—Espero que te dé resultado, Forrest. Yo también creía en eso, pero ya ves. Soy un inútil, un jodido inválido. Un pordiosero. Un borracho. A mis treinta y cinco añitos, soy un vagabundo.

—Podría ser peor —contesté.

—¿Ah, sí? ¿Cómo? —preguntó.

Como no supe qué responder, terminé de hablarle de mi estancia en el manicomio, del viaje espacial con Sue y la mayor Fritch y de nuestro encuentro con los pigmeos.

—Caray, Forrest, menuda aventura —dijo Dan—. ¿Cómo es que has terminado aquí, sentado sobre una rejilla de ventilación y cubierto por una bolsa de basura?

—No lo sé —respondí—. De todos modos, no pienso quedarme mucho tiempo.

—¿Qué vas a hacer?

—En cuanto deje de llover, iré en busca de Jenny Curran.

—¿Dónde está?

—Tampoco lo sé, pero ya me enteraré.

—Creo que necesitas ayuda —dijo Dan.

Cuando miré a Dan vi que tenía los ojos brillantes. Creo que soy más bien yo el que tiene que ayudarle a él, pero no me importa.

Esa noche, como no paraba de llover, Dan y yo fuimos a un albergue de misioneros. Dan les pagó un dólar por nuestra cena y veinticinco centavos por las camas. Podíamos haber cenado gratis si hubiéramos estado dispuestos a escuchar un sermón,

pero Dan dijo que prefería dormir a la intemperie que perder el tiempo escuchando pasajes de la Biblia.

A la mañana siguiente Dan me prestó un dólar y llamé desde una cabina telefónica a Mose, el batería de los Huevos Cascados, que estaba en Boston. Seguía viviendo en el mismo sitio, y se quedó muy sorprendido al oír mi voz.

—¡Forrest! ¡Es increíble! —dijo Mose—. Creíamos que habías desaparecido del mapa.

Según me contó, los Huevos se habían cascado del todo. Todo el dinero que les había prometido el señor Feeblestein lo habían invertido en pagar las deudas y después de grabar el segundo disco no les habían salido más contratos. Mose me explicó que la gente escuchaba otro tipo de música, como los Rolling Stones y los Iggyes no sé qué, y que la mayoría de sus compañeros se habían buscado unos trabajos más rentables.

Mose me dijo que hacía tiempo que no sabía nada de Jenny. Después de haber ido a Washington para participar en la manifestación pacifista en la que me habían arrestado, había vuelto a actuar con los Huevos Cascados durante unos meses, pero había cambiado mucho. Un día, según me contó Mose, se echó a llorar en el escenario y tuvieron que tocar una pieza instrumental para disimular. Luego empezó a beber vodka y a llegar siempre tarde, y cuando decidieron hablar con ella se largó y los dejó plantados.

Mose dijo que estaba convencido de que su conducta tenía algo que ver conmigo, pero que Jenny no quería ni hablar del tema. Al cabo de unas semanas se marchó de Boston diciendo que se iba a Chicago, y hacía cinco años que no había vuelto a verla.

Le pregunté si sabía cómo podía ponerme en contacto con ella y Mose contestó que tenía un número telefónico que Jenny le había dado hacía tiempo. Después de dejarme unos minutos colgado al teléfono, volvió y me dio el número. Aparte de eso, según me dijo, no tenía ni puta idea de dónde podía estar Jenny.

Dije a Mose que se cuidara y que si alguna vez pasaba por Boston iría a verlo.

—¿Aún sigues tocando la armónica? —me preguntó Mose.

—A veces —contesté.

Pedí a Dan que me prestara otro dólar y llamé al número de Chicago que me había dado Mose.

—¿Jenny Curran? ¿Jenny? —preguntó una voz masculina—. Ah, sí, ya la recuerdo. Estaba muy buena. Hace tiempo que le perdí la pista.

—¿Sabe dónde está?

—Cuando se marchó me dijo que se iba a Indianápolis. Puede que consiguiera trabajo en la Temperer.

—¿La qué?

—La Temperer, la fábrica de neumáticos, para los coches..., ya sabes.

Le di las gracias y fui a contárselo a Dan.

—Nunca he estado en Indianápolis —dijo—. Me han dicho que en otoño es muy agradable.

Intentamos ir a Indianápolis haciendo autostop, pero no tuvimos suerte. Un camión que transportaba ladrillos nos llevó hasta las afueras, pero no nos paró ningún otro conductor. Creo que teníamos una pinta un poco rara. Reconozco que éramos una pareja un tanto extraña, Dan sentado en su carrito de ruedas y yo a su lado. Al cabo de un rato, Dan dijo que era mejor que cogiéramos el autocar, que él pagaría los billetes. Yo me sentí como un gorrón, pero supuse que no le importaba hacerlo y que le sentaría bien pasar una temporada fuera de Washington.

Conque cogimos el autocar de Indianápolis. Senté a Dan en el asiento, a mi lado, y luego metí el carrito de ruedas en el portaequipajes. Dan se pasó todo el rato bebiendo vino peleón y quejándose de este asqueroso mundo. Puede que tenga razón. No sé. Al fin y al cabo, sólo soy un idiota.

El autocar nos dejó en el centro de Indianápolis y Dan y yo nos quedamos ahí parados, sin saber hacia dónde ir, cuando de pronto se nos acercó un guardia y dijo:

—Está prohibido pedir limosna por la calle.

Así que nos largamos a toda prisa. Dan preguntó a un tipo dónde estaba la fábrica de neumáticos Temperer y éste nos dijo que estaba en las afueras de la ciudad, así que nos pusimos en camino. Al cabo de un rato llegamos a una zona donde no habían aceras y Dan no podía circular en su carrito, por lo que le cogí con un brazo y sujeté el carrito con el otro y seguimos adelante.

Hacia el mediodía vimos un enorme cartel que decía «Neumáticos Temperer». Dan dijo que me esperaría fuera, así que entré y pregunté a una mujer que estaba detrás del mostrador de recepción si podía hablar con Jenny Curran. La mujer miró un listado y dijo que Jenny trabajaba en la sección de recauchutado, pero que no podía entrar nadie, menos los empleados de la planta. Como vio que me quedaba parado sin saber qué hacer, la mujer me dijo amablemente:

—Dentro de unos minutos irán a comer. ¿Por qué no la espera junto a la puerta lateral del edificio?

Le di las gracias por el consejo y lo seguí. Al cabo de un rato empezaron a salir los obreros y, de pronto, vi a Jenny. Se sentó debajo de un árbol, en el suelo, y sacó un bocadillo de una bolsa de papel. Yo me acerqué por detrás y dije:

—Ese bocadillo tiene una pinta estupenda.

Jenny ni siquiera levantó la cabeza para mirarme.

—Tenías que ser tú, Forrest —contestó.

Me sentí muy feliz de volver a ver a Jenny. Ella me abrazó llorando y yo también me puse a llorar y los otros empleados de la sección de recauchutado nos miraban boquiabiertos. Jenny me dijo que terminaba de trabajar al cabo de tres horas y que Dan y yo podíamos tomarnos una cerveza mientras la esperábamos en un bar que había al otro lado de la calle.

Fuimos al bar y Dan se tomó unos vasos de vino algo peleón, aunque dijo que éste tenía más «bouquet» que el otro.

Había unos tíos jugando a los dardos y tomándose unas copas y otros echando unos pulsos en otra mesa. Había uno alto y fuerte que les ganaba a todos. De vez en cuando se acercaba un tipo y le echaba un pulso, pero no conseguía ganarle. Apostaban cinco o diez dólares cada vez.

Al cabo de un rato, Dan me preguntó en voz baja:

—¿Crees que podrías ganarle a ese tío?

Yo contesté que no lo sabía, y Dan dijo:

—Pues aquí tienes cinco pavos. Estoy seguro de que puedes ganarle.

Conque me levanté y pregunté al tipo:

—¿Puedo echarte un pulso?

El otro me miró sonriendo y contestó:

—Si tienes dinero para apostar, puedes intentarlo.

Me senté frente a él, nos agarramos las manos y alguien dijo: «¡Ya!». El otro empezó a sudar y a jadear como un perro intentando cagar un hueso de melocotón, pero a los diez segundos le obligué a doblar el brazo y le gané. Los otros tíos que se habían acercado para mirarnos se quedaron pasmados, y Dan se puso a aplaudirme.

El otro no estaba nada satisfecho del resultado, pero me dio cinco dólares y se levantó de la mesa.

—El codo me resbaló sobre la mesa —dijo—, pero la próxima vez que vengas por aquí me tomaré la revancha, ¿de acuerdo?

Yo dije que sí y volví a la mesa en la que estaba sentado Dan y le entregué el dinero.

—Forrest —dijo—, quizás hayamos dado con el sistema de ganar dinero.

Pedí a Dan que me diera veinticinco centavos para comerme uno de los huevos en vinagre que había en un tarro sobre el mostrador, y él me dio un dólar y contestó:

—Come lo que quieras, Forrest. De ahora en adelante seremos ricos.

Cuando salió del trabajo, Jenny pasó por el bar para recogernos y nos llevó a su casa. Vivía en un pequeño apartamento cerca de la fábrica de neumáticos Temperer. Lo había decorado con animales de peluche y collares de colores que colgaban de la puerta del dormitorio. Luego bajamos a la tienda de ultramarinos y compramos un poco de pollo y Jenny nos dio de cenar a Dan y a mí mientras yo le contaba todo lo que me había ocurrido desde la última vez que nos vimos.

Jenny me hizo muchas preguntas acerca de la mayor Fritch, pero cuando le dije que se había quedado a vivir en la selva con un caníbal pareció quedarse más tranquila. Me dijo que durante estos últimos años la vida tampoco había sido un camino de rosas para ella.

Cuando se separó de los Huevos Cascados se fue a Chicago con una chica que había conocido en el movimiento pacifista. Habían participado en varias manifestaciones callejeras y habían acabado en la cárcel en un par de ocasiones. Jenny me dijo que estaba cansada de presentarse en el juzgado y que se le habían quitado las ganas de tener un expediente policial más largo que un día sin pan.

Me contó que había compartido una casa con quince personas, pero no eran el tipo de gente que a ella le gustaba. Por lo visto no llevaban ropa interior ni se molestaban en tirar de la cadena después de ir al váter. Luego, ella y un amigo habían decidido alquilar un apartamento a medias, porque a él tampoco le gustaba donde vivía, pero la relación no había funcionado.

—Intenté enamorarme de él —dijo Jenny—, pero no pude porque no dejaba de pensar en ti, Forrest.

Jenny escribió a su madre pidiéndole que se pusiera en contacto con la mía para averiguar dónde estaba yo, y su madre le escribió diciéndole que nuestra casa se había quemado y que mi madre vivía ahora en el asilo, pero cuando Jenny recibió la carta mi madre ya se había fugado con el protestante.

Jenny me contó que se había quedado sin dinero y que cuando se enteró de que estaban contratando a más personal en la fábrica de neumáticos, vino a Indianápolis para buscar trabajo. Un día vio por televisión que me iban a lanzar al espacio, pero no tuvo tiempo de ir a Houston. Así que miró «horrorizada» cómo se estrellaba mi nave espacial, pensó que me había muerto. Después se había dedicado simplemente a trabajar en la sección de recauchutado.

La estreché entre mis brazos y permanecimos abrazados un rato. Dan dijo que tenía que orinar y se fue al baño. Cuando Dan salió de la habitación, Jenny me preguntó si no sería mejor que le ayudara a orinar.

—No —contesté—, puede arreglárselas él solo.

Jenny sacudió la cabeza y dijo:

—Eso es lo que nos ha hecho la guerra de Vietnam.

Tenía razón. Es un espectáculo muy triste cuando un hombre sin piernas tiene que orinar en el sombrero y vaciarlo luego en el retrete.

Dan y yo nos instalamos en el pequeño apartamento de Jenny. Jenny colocó un pequeño colchón en un rincón del cuarto de estar para que Dan durmiera sobre él, y puso una jarra junto al retrete para que no tuviera que utilizar su sombrero. Por las mañanas Jenny se iba a trabajar y Dan y yo nos quedábamos charlando en casa o la esperábamos en el bar cerca de la fábrica de neumáticos.

El tío al que le había echado un pulso quiso echar otro para tratar de recuperar sus cinco pavos. Lo intentó tres o cuatro veces, pero no pudo ganarme. Acabó perdiendo unos veinticinco dólares y no volvimos a verle el pelo. Siempre había alguien que quería intentar ganarme, y al cabo de uno o dos meses empezaron a venir tíos de todas partes de la ciudad, e incluso de los alrededores. Dan y yo ganábamos entre ciento cincuenta y doscientos dólares a la semana, lo cual no estaba nada mal. El dueño del bar dijo que organizaría un campeonato nacional, con la televisión y la prensa. Pero antes de que eso sucediera, ocurrió otra cosa que cambió mi vida.

Un día apareció en el bar un tío vestido con un traje blanco y una camisa hawaiana y cargado de collares y cadenas de oro. Se sentó delante de la barra mientras yo terminaba de echarle un pulso a un tipo y luego se acercó a nuestra mesa.

—Me llamo Mike —dijo—, y he oído hablar de ti.

Cuando Dan le preguntó qué le habían contado, Mike respondió:

—Que ese tío es el hombre más fuerte del mundo.

—¿Y qué? —preguntó Dan.

A lo que el tipo contestó:

—Se me ha ocurrido una idea que os dará mucho más dinero que esta mierda de negocio que os habéis montado.

—¿Cómo? —preguntó Dan.

—Con la lucha libre —respondió Mike—. Luchando en un ring, rodeado de cientos de espectadores.

—¿Contra quién? —preguntó Dan.

—Contra quien sea —le contestó Mike—. Existe un circuito de luchadores profesionales, El Prodigio del Antifaz, El Increíble Hulk, El Bello George, El Repugnante McSwine... Los mejores ganan cien o incluso doscientos mil dólares al año. Primero tendremos que entrenar a tu amigo, enseñarle las distintas llaves y todo lo demás. Al poco tiempo se habrá convertido en una gran estrella y ganaremos un montón de dinero.

—¿Qué te parece, Forrest? —preguntó Dan.

—No sé —contesté—. Había pensado en regresar a casa y montar un pequeño

negocio de gambas.

—¿Gambas? —repitió Mike—. Pero si puedes ganar cincuenta veces más dinero con la lucha libre. No tienes que dedicarte a ello durante el resto de tu vida, sólo serán unos años. Luego podrás retirarte a vivir de tus ahorros.

—Pienso que debo preguntarle a Jenny su opinión —dije.

—He venido a ofrecerte la gran oportunidad de tu vida —dijo Mike—. Si no te conviene, me lo dices y en paz.

—No, no —respondió Dan. Luego se volvió hacia mí y dijo—: Este tío tiene razón. ¿Cómo piensas conseguir el dinero para montar el negocio de las gambas?

—Si quieres, puedes llevarte a tu amigo —dijo Mike—. Será tu representante. Y serás libre para dejarlo cuando quieras. ¿Qué dices?

Lo pensé durante unos minutos. Sonaba muy bien, pero yo no me fío de esos chollos. Sin embargo, abrí la boca y dije la palabra fatal: «Sí».

Así fue como me convertí en un luchador profesional. Mike tenía el despacho en un gimnasio en el centro de Indianápolis y Dan y yo cogíamos todos los días el autobús para ir a que me enseñaran a ser un luchador.

En resumidas cuentas, se trataba de que nadie resultara lesionado, pero debía dar la impresión de que nos atizábamos unas palizas impresionantes.

Me enseñaron todo tipo de llaves, las nelson, el avión, el martinete, a doblar el brazo del contrario hacia atrás, etcétera. También enseñaron a Dan a gritarle al árbitro y a organizar un escándalo.

Jenny no estaba muy conforme con lo de la lucha libre porque tenía miedo de que me hiciera daño. Cuando le dije que nadie saldría herido, que todo era un cuento chino, contestó:

—¿Entonces por qué salís a luchar?

Era una buena pregunta a la que no supe qué contestar, pero lo importante es que íbamos a forrarnos.

Un día intentaron enseñarme un movimiento llamado «aterrizaje sobre el vientre», que consistía en que yo saliera disparado y cuando estuviera a punto de aterrizar sobre mi contrincante éste se escabullera rápidamente. Lo intenté dos o tres veces, pero siempre aterrizaba sobre mi contrincante antes de que el pobre desgraciado pudiera zafarse. Al fin, Mike subió al ring y dijo:

—Pareces idiota, Forrest. Procura poner más atención, porque dadas tus dimensiones si caes encima de alguien podrías hacerle papilla.

—Sí, es que soy idiota —contesté.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mike.

Entonces Dan se llevó a Mike aparte y le explicó algo, y Mike exclamó:

—¡Joder! ¿Estás de broma?

Dan meneó la cabeza.

Mike me miró, se encogió de hombros y dijo:

—En fin, nadie es perfecto.

Al cabo de una hora Mike salió de su despacho y se acercó al ring, donde estábamos Dan y yo.

—¡Ya lo tengo! —gritó.

—¿Qué? —preguntó Dan.

—El nombre. Tenemos que ponerle a Forrest un nombre que sea profesional. Se me acaba de ocurrir uno estupendo.

—¿Cuál? —preguntó Dan.

—El Zopenco —contestó Mike—. Le pondremos unos pañales y le encasquetaremos un gorrito. El público se volverá loco.

Dan reflexionó unos instantes y luego dijo:

—No sé, no acaba de gustarme. Parece como si quisieras ponerlo en ridículo.

—Es sólo para divertir al público —contestó Mike—. Todas las grandes estrellas tienen un apodo divertido. ¿Qué mejor apodo para Forrest que el Zopenco?

—¿Por qué no le ponemos el Astronauta? —preguntó Dan—. Encaja perfectamente con él. Podríamos ponerle un casco de plástico con unas antenas.

—Ya existe un luchador que se llama el Astronauta —respondió Mike.

—Ese apodo de el Zopenco no me gusta —insistió Dan—. ¿A ti qué te parece, Forrest?

—Me da lo mismo —contesté.

Después de haberme entrenado durante muchos meses, al fin iba a hacer mi debut como luchador profesional. Mike llegó al gimnasio el día anterior al combate y me trajo una caja con mis pañales y un ridículo gorro en forma de cucurucho. Nos dijo que volviéramos al gimnasio al día siguiente al mediodía para llevarnos a Muncie, donde habían organizado mi primer combate de lucha libre.

Por la noche, cuando Jenny llegó a casa, me metí en el baño, me puse los pañales y el gorrito de zopenco y entré en el cuarto de estar. Dan estaba sentado en su carrito mirando la televisión y Jenny estaba leyendo un libro.

—¿Qué demonios llevas puesto, Forrest? —preguntó Jenny.

—Es su traje de luchador —contestó Dan.

—Es ridículo —dijo Jenny.

—Es como si actuara en una comedia de verdad —respondió Dan.

—Pero no deja de ser ridículo —insistió Jenny—. ¿Vas a dejar que salga vestido así para que todos se rían de él?

—Aquí de lo que se trata es de ganar dinero —contestó Dan—. Hay un tipo al que llaman «el Vegetal» que lleva un suspensorio con unas coles y unos nabos y una sandía en la cabeza con unos agujeritos para ver a través de ella. Luego hay otro tío



llamado «el Hada», una mole de ciento cincuenta kilos, que lleva alas y una varita mágica.

—No me importa lo que hagan los otros —dijo Jenny—, esto no me gusta nada. Quítate ese disfraz, Forrest.

Volví a meterme en el baño y me quité el traje. Puede que Jenny tenga razón, pensé, pero tengo que ganarme la vida. De todos modos, es mucho peor lo del tipo con el que voy a luchar mañana en Muncie. Se llama «la Cagarruta» y sale enfundado en un traje pintado como si fuera mierda. No quiero ni pensar cómo apestará.

El trato era que en Muncie tenía que dejarme ganar por la Cagarruta.

Me lo dijo Mike cuando íbamos hacia allí. La Cagarruta era un luchador veterano, así que tenía que ganarme, y como era mi primera aparición en público yo tenía que perder. Mike dijo que quería dejar las cosas claras desde el principio para que nadie se hiciera mala sangre.

—¿Cómo es posible que alguien se haga llamar «la Cagarruta»? —preguntó Jenny.

—Porque lo más seguro es que sea un mierda —contestó Dan, tratando de animarla.

—Recuerda, Forrest —dijo Mike—, se trata simplemente de un espectáculo, todo es de mentira. No te cabrees. Nadie debe resultar lesionado. Tiene que ganar la Cagarruta.

Cuando llegamos a Muncie y vi el auditorio me quedé de piedra. Era enorme. En aquel momento estaba luchando el Vegetal contra un tipo llamado el Animal.

El Animal era una especie de simio peludo, con un antifaz negro, que lo primero que hizo fue arrancarle al Vegetal la sandía que llevaba en la cabeza y lanzársela al público de una patada. Luego agarró al Vegetal por la cabeza y lo estampó contra el poste del ring. Acto seguido le pegó un mordisco en la mano. A mí empezaba a darme lástima el Vegetal, aunque tampoco era manco. De pronto metió la mano entre las hojas de las berzas y los nabos que llevaba en el suspensorio, cogió no sé qué mierda y se la frotó a su contrincante por los ojos.

El Animal se puso a gritar y andar por el ring como si se hubiera quedado ciego, y el Vegetal se le acercó por detrás y le dio una patada en el culo. Luego tiró al Animal contra las cuerdas, enrollándolas alrededor de sus brazos para que no pudiera moverse, y le arreó una paliza de muerte. El público empezó a silbar al Vegetal y a tirarle toda clase de cosas, pero el Vegetal se volvió e hizo un corte de mangas. Yo sentía curiosidad por saber cómo iba a acabar el asunto, pero en aquel momento apareció Mike y me dijo que fuera a vestirme para enfrentarme al Cagarruta.

Cuando ya estaba vestido con los pañales y el gorrito de zopenco, alguien llamó a la puerta y preguntó:

—¿Está ahí el Zopenco?

—Sí —contesté yo.

Y el tipo dijo:

—Pues ya puedes salir.

La Cagarruta ya estaba en el ring cuando entré en el auditorio seguido de Dan. Brincaba y correteaba por el ring haciendo muecas al público, enfundado en un traje que verdaderamente parecía un pedazo de mierda. Cuando subí al ring el árbitro se acercó a nosotros y dijo:

—Quiero que sea una pelea limpia, sin meteros los dedos en los ojos, nada de golpes bajos, ni mordiscos, ni arañazos ni nada de eso. ¿De acuerdo?

Cuando sonó la campana, la Cagarruta y yo empezamos a trazar círculos el uno alrededor del otro, y de pronto la Cagarruta me puso la zancadilla para que tropezara, pero yo le pegué un empujón y lo arrojé contra las cuerdas. Entonces descubrí que se había untado el cuerpo con algo grasiento y resbaladizo. Intenté agarrarlo por la cintura, pero él se escurrió como una anguila. Luego traté de agarrarlo por los brazos, pero también logró escaparse mientras sonreía y se burlaba de mí.

De pronto echó a correr hacia mí para asestarme un cabezazo en el vientre, pero conseguí librarme de él y la Cagarruta salió disparado a través de las cuerdas y aterrizó sobre la primera fila. El público empezó a silbar y a insultarlo, pero la Cagarruta subió otra vez al ring cargado con una silla plegable y empezó a perseguirme. Como no tenía nada con que defenderme, eché a correr. Pero la Cagarruta me golpeó en la espalda con la silla y sentí un dolor como si me hubiera partido una vértebra. Traté de quitarle la silla, pero me asestó un golpe en la cabeza y me arrinconó contra las cuerdas. Luego me pegó una patada en la espinilla, y cuando me agaché para frotármela me propinó una patada en la otra espinilla.

Dan estaba sentado junto al ring y gritó al árbitro para que obligara a la Cagarruta a soltar la silla, pero fue inútil. La Cagarruta me golpeó cuatro o cinco veces con la silla y cuando me tumbó saltó encima de mí y empezó a machacarme la cabeza contra el suelo. Luego me agarró una mano y empezó a retorcerme los dedos. Yo me volví hacia Dan y pregunté:

—¿Qué coño es esto?

Dan intentó subir al ring, pero Mike se levantó y lo sujetó por el cuello de la camisa. En aquel momento sonó la campana y fui a sentarme en mi rincón.

—Ese hijoputa intenta matarme —dije—, y no voy a quedarme cruzado de brazos mientras me abre la cabeza con esa silla.

—Lo único que tienes que hacer es dejarte ganar —respondió Mike—. No intenta matarte, sólo pretende divertir al público.

—Pues a mí no me divierte.

—Haz ver que luchas contra él durante un par de minutos y luego deja que te tire

al suelo —dijo Mike—. Recuerda que vas a llevarte quinientos dólares por perder, no por ganar.

—Como vuelva a atizarme con esa silla, no sé lo que le voy a hacer —contesté.

Cuando miré hacia el público, vi a Jenny con cara de tristeza y preocupación. Al verla me sentí avergonzado.

La campana sonó otra vez y salí al ring. La Cagarruta me agarró por el pelo, pero yo me lo quité de encima y lo arrojé contra las cuerdas. Luego lo agarré por la cintura y traté de levantarlo por el aire, pero se me escurrió entre los dedos y aterrizó sentado, frotándose el culo y quejándose de que le había hecho daño. De pronto su agente le entregó un desatracador, con una cosa de goma en la punta, y empezó a darme con él en la cabeza. Yo se lo quité de un manotazo, lo partí en dos y empecé a perseguirlo por todo el ring, pero Mike sacudió la cabeza y me detuvo. Entonces la Cagarruta me sujetó por el brazo y me lo torció hacia atrás.

Ese cabrón por poco me parte el brazo. Después me tumbó sobre la lona y empezó a golpearme en el codo con el codo. Mike nos miraba asintiendo y sonriendo, como si se estuviera divirtiendo de lo lindo. Cuando conseguí ponerme de pie, la Cagarruta empezó a golpearme en las costillas y el vientre. Luego cogió la silla y me atizó en la cabeza ocho o nueve veces, después de lo cual me remató de un rodillazo en los riñones.

Yo me quedé tumbado en el suelo, con la Cagarruta sentado sobre mi cabeza. El árbitro contó hasta tres y anunció que el combate había terminado. La Cagarruta se levantó y me escupió en la cara. Fue horrible. Yo no sabía qué hacer, estaba muerto de vergüenza, y al final no pude evitarlo y me eché a llorar.

La Cagarruta se puso a brincar por el ring y Dan subió y me secó la cara con una toalla. Al cabo de unos minutos subió Jenny y me abrazó llorando mientras los espectadores gritaban y arrojaban toda clase de objetos al ring.

—Salgamos de aquí —dijo Dan.

Cuando me levanté, la Cagarruta me hizo una mueca y sacó la lengua.

—No podías haber elegido un apodo más apropiado —dijo Jenny, mirando a la Cagarruta con desprecio—. Lo que has hecho es vergonzoso.

También podía habérmelo dicho a mí. Jamás me había sentido tan humillado.

El viaje de regreso a Indianápolis fue muy violento. Dan y Jenny apenas abrieron la boca y a mí me dolía todo el cuerpo y estaba muy disgustado.

—Ha sido una actuación genial, Forrest —dijo Mike—, sobre todo cuando te echaste a llorar al final del combate. El público estaba entusiasmado.

—No estaba actuando —replicó Dan.

—Mira, siempre tiene que haber un perdedor —dijo Mike—. La próxima vez, haremos que gane Forrest.

—No habrá próxima vez —contestó Jenny.

—No sé de qué os quejáis, esta noche se ha llevado un buen dinero —dijo Mike.

—Quinientos dólares por dejarse pegar una paliza de muerte es una miseria.

—Era su primer combate. La próxima vez le daré seiscientos dólares.

—Mil doscientos —dijo Dan.

—Novecientos —contestó Mike.

—Quiero que lleve un traje de baño en lugar de unos pañales y ese ridículo gorrito —dijo Jenny.

—Al público le encantó —respondió Mike—. Forma parte de su encanto.

—¿Te gustaría ir disfrazado de mamarracho? —preguntó Dan.

—No soy idiota —respondió Mike.

—No vuelvas a decir esa palabra —dijo Dan.

Mike cumplió su palabra. La próxima vez luché contra un tipo llamado «la Mosca Humana» que llevaba un traje con un morro puntiagudo como las moscas y una máscara con unos ojos saltones. Después de atizarle unos cuantos golpes, lo tumbé sobre la lona, me senté sobre su cabeza y cobré mis novecientos dólares. Los espectadores aplaudían como locos, gritando: «¡Queremos al Zopenco!, ¡queremos al Zopenco!». Yo me sentí muy orgulloso.

Al cabo de unos días luché contra un tipo llamado el Hada, y hasta me dejaron que le partiera la varita mágica en la cabeza. Luego me enfrenté a muchos otros luchadores, y Dan y yo conseguimos ahorrar cinco mil dólares para montar el negocio de las gambas. La verdad es que me había hecho muy popular. Las mujeres me escribían cartas y hasta vendían unos gorritos de zopenco como el mío. A veces, cuando subía al ring, veía a cincuenta o cien espectadores con esos gorritos, aplaudiendo y aclamándome. ¿Saben una cosa? Empecé a sentirme estupendamente.

Jenny y yo nos llevábamos muy bien, menos cuando discutíamos sobre mi carrera profesional. Por las noches, cuando Jenny volvía al apartamento, preparábamos la cena y luego ella, Dan y yo nos sentábamos en el cuarto de estar para hablar sobre nuestro negocio de gambas. Habíamos pensado ir a Bayou La Batre, donde había nacido el pobre Bubba, y comprar un terreno pantanoso cerca del golfo de México. Tendríamos que comprar alambre, unas redes, un pequeño bote y comida para las gambas, para que se hicieran grandes y gordas, aparte de otras cosas. Dan dijo que también había que pensar en comprar una casa donde vivir mientras nos llegasen los primeros beneficios, y también había que pensar en la forma en que íbamos a hacer que las gambas salieran al mercado. En total, Dan calculaba que nos costaría unos cinco mil dólares montar el negocio. A partir de ahí, todo dependía de nosotros.

El problema era Jenny. Decía que ya teníamos cinco mil dólares y por lo tanto nada nos impedía hacer la maleta y largarnos inmediatamente. Tenía razón, pero la verdad es que yo no tenía ganas de marcharme todavía.

Desde que jugamos contra los salvajes del Nebraska en el Orange Bowl no había vuelto a sentirme importante. Me sentí importante durante el campeonato de tenis de mesa que jugamos en la China Roja, pero eso sólo duró unas semanas. En cambio, ahora todos los sábados por la noche subo al ring y oigo los aplausos y gritos de ánimo del público. Sé que me quieren, aunque sea un idiota.

No se imaginan cómo me aplaudieron y me aclamaron cuando aplasté al Triturador de Grosse Pointe, que subió al ring con un montón de billetes de cien dólares pegados al cuerpo. Luego luché contra el Temible Al de Amarillo, al que le hice unas llaves geniales y gané el campeonato de la División Este. Después me enfrenté a Juno el Gigante, que pesaba ciento ochenta kilos, iba cubierto con una piel de tigre y llevaba una estaca de cartón en la mano.

Un día Jenny volvió a casa del trabajo y me dijo:

—Forrest, tenemos que hablar.

Fuimos a dar una vuelta cerca de un riachuelo y Jenny se sentó y dijo:

—Estoy harta de este asunto de la lucha libre.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, aunque sospechaba por dónde iban los tiros.

—Tenemos ahorrados casi diez mil dólares, más del doble de lo que dice Dan que necesitamos para montar el negocio de las gambas. ¿Por qué te empeñas en subir todos los sábados al ring y hacer el ridículo?

—No hago el ridículo —contesté—. Tengo que pensar en mis fans. Soy muy popular. No puedo marcharme y abandonarlo todo de repente.

—Eso son bobadas —replicó Jenny—. ¿A qué te refieres con eso de fans? ¿Qué quieres decir con eso de que eres «popular»? Esa gente no es más que una pandilla de cretinos que compran una entrada para ver a dos individuos vestidos con suspensorio y fingiendo que se machacan a tortas. ¿Te parece normal que unos tíos se hagan llamar «el Vegetal» o «la Cagarruta»? ¿O que te llamen «el Zopenco»?

—¿Qué tiene de malo? —pregunté.

—¿Crees que me gusta que el tío del que estoy enamorada sea conocido en toda la nación con el apodo de «el Zopenco», que haga el ridículo cada sábado por la noche y que encima retransmitan el espectáculo por televisión?

—Nos pagan un dinero extra por retransmitirlo por televisión —contesté.

—No me importa —dijo Jenny—. No necesitamos más dinero.

—¿Cómo que no necesitamos más dinero? —pregunté.

—Quiero decir que no lo necesitamos hasta ese punto —respondió Jenny—. Quiero que nos vayamos a vivir a un lugar tranquilo y que te dediques a algo respetable, como por ejemplo el negocio de las gambas. Nos compraremos una casita con un jardín, y un perro, y tendremos hijos. Yo también fui un personaje popular cuando tocaba con los Huevos Cascados, y no me llevó a ninguna parte. Quiero ser feliz. Voy a cumplir treinta y cinco años. Quiero vivir tranquilamente...

—Mira —dije—, soy yo quien decidiré cuándo debo dejar lo de la lucha libre. No voy a seguir en ello toda la vida, sólo hasta el momento oportuno.

—Está bien, pero no voy a esperar toda la vida hasta que te decidas —me advirtió Jenny. Yo no creí que lo dijera en serio.

Después de la discusión con Jenny disputé un par de combates y los gané, naturalmente, y Mike nos llamó a Dan y a mí un día a su despacho.

—Esta semana pelearás contra el Profesor —dijo.

—¿Quién es ése? —preguntó Dan.

—Es de California —respondió Mike—. Es muy popular allí. Es el candidato a campeón de la División Oeste.

—De acuerdo —dije.

—Pero hay una cosa —dijo Mike—. Esta vez tienes que perder, Forrest.

—¿Qué tengo que perder? —pregunté.

—Sí —respondió Mike—. Has estado ganando durante varios meses. Si quieres conservar tu popularidad, de vez en cuando tienes que perder.

—No lo entiendo.

—Es muy sencillo. A la gente le gustan los perdedores. Así, la próxima vez que ganes te aplaudirán más.

—No me gusta —dije.

—¿Cuánto vas a pagarle? —preguntó Dan.

—Dos mil.

—No me gusta —repetí.

—Dos mil dólares es mucho dinero.

—Sigue sin gustarme —dije por tercera vez.

Pero acepté el trato.

Hacía unos días que Jenny se comportaba de una forma un poco rara, pero supuse que estaría nerviosa o algo por el estilo. Un día al llegar a casa me soltó:

—Estoy harta, Forrest. Te pido por favor que no te enfrentes a ese tío.

—Tengo que hacerlo —respondí—. De todos modos, voy a perder.

—¿Qué vas a perder? —preguntó Jenny.

Yo le expliqué lo que Mike me había explicado a mí, y Jenny dijo:

—Mira, Forrest, esto es demasiado.

—Es mi vida —contesté, aunque no sé por qué dije eso.

El caso es que al cabo de un par de días, Dan me dijo que quería hablar conmigo.

—Creo que he dado con la solución a nuestros problemas, Forrest.

Yo le pregunté cuál era.



—Pienso que debemos dejar lo de la lucha libre. A Jenny no le gusta, y si quieres que montemos un negocio de gambas, es mejor que nos pongamos en ello. Sin embargo —añadió—, conozco la forma de salirnos de esto y al mismo tiempo ganar una pasta.

—¿Cómo? —pregunté.

—He hablado con un tipo que tiene un negocio de apuestas y circulan rumores de que el sábado vas a perder contra el Profesor.

—¿Y qué? —pregunté.

—Que conviene que le ganes.

—¿Que gane?

—Que le arrees una patada en el culo.

—Mike me matará —contesté.

—A la mierda con Mike —dijo Dan—. Supón que cogemos los diez mil dólares que tenemos ahorrados y los apostamos a que vas a ganar. La apuesta es dos contra uno.

Luego le propinas una patada en el culo y nos llevamos veinte mil pavos.

—Pero tendré problemas con Mike —dije.

—En cuanto hayamos cobrado los veinte mil dólares nos largamos —respondió Dan—. ¿Te imaginas lo que podemos hacer con veinte mil dólares? Podemos montar el negocio de las gambas y aún nos sobrará un montón de dinero. De todos modos, creo que ha llegado el momento de dejar esto.

Puede que Dan tenga razón, pensé. Al fin y al cabo, es mi representante, y Jenny también quiere que deje lo de la lucha libre, y veinte mil dólares no están nada mal.

—¿Qué dices? —me preguntó Dan.

—De acuerdo —contesté.

Al fin llegó el día en que tenía que enfrentarme a el Profesor. El combate iba a celebrarse en Fort Wayne, y Mike vino a recogerme y se puso a tocar la bocina y pregunté a Jenny si estaba lista.

—No pienso ir —respondió—. Prefiero ver el combate en la televisión.

—Pero tienes que ir —dije. Luego le pedí a Dan que le explicara por qué tenía que ir.

Dan explicó a Jenny nuestro plan y le dijo que tenía que ir porque necesitábamos que alguien nos llevara de regreso a Indianápolis después de que yo hubiera ganado al Profesor.

—Ni Forrest ni yo podemos conducir —dijo Dan—, y en cuanto termine el combate tendremos que salir disparados, pasar por aquí para recoger los veinte mil pavos y abandonar la ciudad.

—No quiero saber nada de este asunto —me contestó Jenny.

—Pero son veinte mil dólares —dije.

—Es deshonesto —respondió Jenny.

—También es deshonesto que los combates estén amañados —dijo Dan.

—Me niego a hacerlo —insistió Jenny.

Mike seguía tocando la bocina.

—Tenemos que irnos —dijo Dan—. Nos veremos después del combate.

—¿No os da vergüenza? —preguntó Jenny.

—Ya cambiarás de opinión cuando volvamos con veinte mil dólares en el bolsillo —dijo Dan.

Y dicho eso, nos marchamos.

Durante el viaje a Fort Wayne apenas dije nada. Me sentía un poco avergonzado por la faena que le íbamos a hacer a Mike. A fin de cuentas, no se había comportado mal conmigo, y gracias a él había ganado mucho dinero.

Cuando llegamos al estadio se estaba celebrando el primer combate entre el Hada y Juno el Gigante, que se estaba llevando una soberana paliza. Seguía una pelea entre enanos. Dan y yo fuimos al camerino y me puse los pañales y el gorrito de zopenco. Dan pidió que llamaran a la compañía de radiotaxis y pidiera que nos enviaran un taxi después del combate. El taxi tenía que esperarnos frente al estadio con el motor en marcha.

Al cabo de unos minutos llamaron a la puerta del camerino para avisarme que debía salir al ring. El Profesor y yo éramos las estrellas del cartel.

Cuando salí, el Profesor ya estaba en el ring. Era un tío delgaducho, barbudo, con gafas, que llevaba una capa negra y una gorrita con visera. Parecía un profesor, decidí que se comería la gorra.

Subí al ring y el presentador dijo:

—Señoras y señores...

Pero no pudo continuar porque el público se puso a silbar y se organizó un escándalo. Al cabo de unos minutos, prosiguió:

—Esta noche, la Asociación Norteamericana de Lucha Libre Profesional se complace en presentarles a dos de los más destacados aspirantes al título de campeón, ¡El Profesor contra el Zopenco!

De pronto la gente empezó a silbar y a aplaudir tan fuerte que era imposible saber si estaban contentos o enfadados. De todos modos daba igual, porque en aquel momento sonó la campana y comenzó el combate.

El Profesor se quitó la capa, las gafas y la gorra y empezó a dar vueltas alrededor de mí, sacudiendo el índice como si me regañara. Yo traté de agarrarlo, pero él consiguió escabullirse y siguió agitando el dedo. Al cabo de unos minutos, el Profesor cometió su primer error. Se colocó detrás de mí y trató de arrearme una

patada en el culo, pero yo le agarré del brazo y lo estampé contra las cuerdas. Al rebotar salió disparado hacia mí, pero le puse la zancadilla y tropezó. Cuando iba a tirarme sobre él, utilizando la maniobra del «aterrizaje sobre el vientre», el Profesor corrió hacia su rincón y cogió una regla.

Acto seguido empezó a golpearse la palma de la mano izquierda con la regla, como si fuera a darme una paliza con ella, pero cuando intenté agarrarlo me metió la regla en el ojo. Durante unos segundos me quedé medio ciego. Mientras iba dando tumbos por el ring, noté que el Profesor me metía algo dentro del pañal. ¡Eran hormigas! No sé de dónde las había sacado, pero el caso es que empezaron a picarme y me puse frenético.

Dan me gritó que acabara con él, pero no es tan fácil cuando tienes unas hormigas que te están mordiendo el culo. Al cabo de unos minutos sonó la campana poniendo fin al primer asalto. Cuando regresé a mi rincón, Dan intentó quitarme las hormigas.

—Eso ha sido un golpe bajo —dije.

—Acaba con él —dijo Dan—, tienes que ganar.

Cuando volvió a sonar la campana, el Profesor salió al ring y se puso a hacerme muecas. Luego se acercó y yo lo agarré, lo levanté por el aire y empecé a dar vueltas sosteniéndolo sobre mi cabeza.

Al cabo de un rato, cuando supuse que debía estar mareado como una sopa, lo arrojé con todas mis fuerzas por encima de las cuerdas y aterrizó sobre la quinta fila, en la falda de una señora que estaba haciendo punto. La señora empezó a atizarle con el paraguas.

Lo malo es que a mí todo me daba vueltas y estaba tan mareado como el Profesor. De todos modos, pensé que no tardaría en acabar con él, pues parecía estar muy sonado. Pero me equivoqué.

De pronto noté unas manos que me agarraban por los tobillos. Al bajar la cabeza vi que era el Profesor, el cual había vuelto a subirse al ring con la madeja de lana de la anciana sobre la que había aterrizado, y la estaba enrollando alrededor de mis tobillos.

Yo intenté librarme, pero fue inútil. El Profesor se puso a correr a mi alrededor, atándome como a una momia. Al cabo de unos minutos, cuando consiguió inmovilizarme, hizo un nudo en la lana y se inclinó ante el público como un mago que acababa de hacer un truco genial.

Luego se fue a su rincón, cogió un libraco que parecía un diccionario, regresó al centro del ring, hizo otra reverencia y me atizó en la cabeza con el libro. Yo no podía hacer nada. Calculo que me golpeó unas diez o doce veces antes de tumbarme al suelo. Después se sentó sobre mí, mientras los espectadores aplaudían como locos. Había ganado el combate.

Mike y Dan subieron al ring, me desataron y me ayudaron a levantarme.

—¡Has estado fantástico! —exclamó Mike—. Te felicito. Ni yo mismo pude haberlo planeado mejor.

—Cállate —contestó Dan. Luego se volvió hacia mí y murmuró—: Nos has metido en un buen lío. ¿Cómo es que te has dejado vencer por el Profesor?

Yo no contesté. Me sentía muy deprimido. Lo habíamos perdido todo. Si de algo estaba seguro en aquellos momentos, es que jamás volvería a pisar un ring.

Después de lo ocurrido no necesitábamos escapar: regresamos a Indianápolis con Mike. Durante todo el camino no dejó de repetirme que estaba muy satisfecho de la forma en que me había dejado vencer por el Profesor, y que la próxima vez dejaría que ganara yo y me pagaría un montón de dólares.

Cuando se paró delante del apartamento, Mike se volvió y entregó a Dan un sobre que contenía los dos mil dólares que había accedido a pagarme por el combate.

—No lo cojas —dije.

—¿Cómo? —preguntó Mike.

—Quiero decirte una cosa —dije.

—Forrest ha decidido dejar la lucha libre —dijo Dan.

—¿Estáis de broma? —preguntó Mike.

—No —respondió Dan.

—¿A qué viene esto? —preguntó Mike—. ¿Qué pasa, Forrest?

Pero antes de que yo pudiera abrir la boca, Dan respondió:

—Está cansado, no quiere hablar de ello.

—Lo comprendo —dijo Mike—. Vete a dormir y descansa. Mañana hablaremos.

—De acuerdo —contestó Dan.

Cuando nos apeamos del coche, le dije:

—No debiste coger el dinero.

—Es lo único que nos queda —contestó Dan—. Lo hemos perdido todo.

Al cabo de unos cuantos minutos comprendí que tenía razón.

Cuando entramos en el apartamento descubrí que Jenny se había marchado y se había llevado todas sus cosas. Sólo nos había dejado unas sábanas, unas toallas, unos cacharros de cocina y cuatro cosas más. Sobre la mesa del cuarto de estar había una nota. Dan la cogió y me la leyó en voz alta:

Querido Forrest [decía]:

No lo soporto más. He intentado explicarte mis sentimientos, pero parece que no te importan. No me gusta nada lo que vas a hacer esta noche, es deshonesto, y no puedo seguir contigo.

Puede que en parte yo tenga la culpa, porque he llegado a una edad en la

que deseo casarme, tener una familia y vivir tranquila. Te conozco desde que íbamos a la escuela primaria, Forrest, hace casi treinta años. Te he visto crecer y convertirte en un joven sano, bueno y honrado. Cuando comprendí lo mucho que significabas para mí —cuando tú estabas en Boston—, me sentí la chica más feliz del mundo.

Después se produjo el asunto de los porros y un día te sorprendí tonteando con aquellas chicas en Provincetown, pero cuando te dejé no hacía más que pensar en ti. Te echaba mucho de menos, y cuando fuiste a verme a Washington, durante la manifestación pacifista, me alegré mucho.

Pero cuando te enviaron al espacio y estuviste perdido en la selva durante casi cuatro años, cambié.

Y no espero tanto de la vida, me conformaría con vivir en un lugar tranquilo, tener una familia, ir a la iglesia y esas cosas. Eso es lo que deseo conseguir.

Tú también has cambiado, querido Forrest. Creo que no puedes evitarlo, pues siempre has sido una persona «especial», pero tenemos una forma distinta de ver las cosas.

Estoy muy triste, pero debo dejarte. No intentes buscarme ni ponerte en contacto conmigo. Deseo que seas muy feliz.

Se despide con cariño,

Jenny

Dan me entregó la nota, pero yo la dejé caer al suelo y me quedé mirándola. Por primera vez en mi vida comprendí lo que significaba ser idiota.

Me quedé hecho polvo.

Esa noche Dan y yo dormimos en el apartamento, pero a la mañana siguiente recogimos nuestras cosas, porque ya no teníamos ningún motivo para quedarnos en Indianápolis.

—Toma, Forrest —dijo Dan, entregándome los dos mil dólares que nos había pagado Mike por el combate contra el Profesor.

—No lo quiero —contesté.

—Cógelo, porque es el único dinero que nos queda —dijo Dan.

—Quédatelo tú.

—Al menos coge la mitad —respondió Dan—. Necesitas dinero para el viaje.

—¿No vas a acompañarme? —pregunté.

—No, Forrest —contestó Dan—. No quiero seguir perjudicándote. Anoche no pegué ojo, pensando en que fui yo quien te convenció de que apostáramos todo nuestro dinero, y te obligué a seguir en lo de la lucha libre cuando era evidente que Jenny estaba harta y acabaría largándose. No tuviste la culpa de que el Profesor te venciera. Hiciste lo que pudiste. Yo soy el culpable. Soy un imbécil.

—No, Dan, tú tampoco tuviste la culpa —dije—. Si no se me hubiera subido a la cabeza lo de ser famoso, creyéndome todas las cosas que decían sobre mí, no me habría metido en este lío.

—En todo caso, es mejor que no te acompañe —respondió Dan—. Tienes que vivir tu vida. Olvídate de mí. No quiero perjudicarte más.

Dan y yo estuvimos charlando un buen rato, pero no pude convencerle. De modo que Dan recogió sus cosas y yo le ayudé a bajar las escaleras. La última vez que lo vi, iba arrastrándose en su carrito, con toda su ropa y sus cosas amontonadas encima de él.

Fui a la parada de autocares y compré un billete para Mobile. El viaje duraba dos días y dos noches, pasando por Louisville, Nashville y Birmingham hasta llegar a Mobile. Mientras el autocar circulaba por la carretera, no dejé de pensar en Jenny y en Dan. Jamás me había sentido tan triste.

Atravesamos Louisville de noche, y al día siguiente nos detuvimos en Nashville y

cogimos otro autocar. Tuvimos que esperar tres horas, así que decidí ir a dar una vuelta. Compré un sándwich en una cafetería y un vaso de té helado, y mientras caminaba por la calle vi un cartel en la fachada de un hotel que decía: «Bienvenidos al Torneo de Campeones de Ajedrez. Participantes por invitación exclusiva».

Sentí curiosidad, porque había jugado muchas partidas de ajedrez con Big Sam en la selva, y entré en el hotel. La partida se disputaba en el salón de baile, y había un montón de gente mirando, pero como la entrada costaba cinco dólares y no quería gastar dinero, me asomé durante un rato y luego fui a sentarme en el vestíbulo.

Frente a mí había un anciano sentado en una silla. Tenía la cara arrugada y aspecto gruñón y llevaba un traje negro, polainas y una pajarita. Estaba sentado delante de un tablero de ajedrez.

De vez en cuando el anciano movía una pieza, y al cabo de un rato comprendí que jugaba solo. Como faltaba una hora para que saliera el autocar, le pregunté si quería que jugara con él. El anciano me miró sin decir nada y siguió jugando.

Al cabo de un rato, cuando llevaba casi media hora estudiando el tablero, el anciano movió su alfil blanco al escaque negro siete y yo dije:

—Disculpe.

El anciano pegó un bote como si se hubiera sentado sobre una chincheta y me miró enfadado.

—Si hace eso perderá su caballo y su reina y se meterá en un lío.

El anciano miró el tablero, sin levantar la mano del alfil, y luego volvió a colocarlo donde estaba y contestó:

—Es posible que tenga razón.

Luego siguió estudiando el tablero de ajedrez y decidí regresar a la parada de autocares. Pero cuando me levanté para marcharme, el anciano dijo:

—Le felicito por su aguda observación.

Yo asentí y él dijo:

—Es evidente que sabe jugar al ajedrez, de modo que si quiere puede sentarse y terminamos la partida. Hágase cargo de las blancas.

—No puedo —contesté—, porque tengo que coger el autocar.

El anciano asintió, me saludó con la mano y me marché hacia la parada del autocar.

Cuando llegué, el maldito autocar se había marchado, y no había otro hasta el día siguiente. Soy un idiota, todo me sale mal. Como no tenía nada que hacer, regresé al hotel y vi que el anciano seguía sentado solo delante del tablero. Parecía estar ganando. Me acerqué y él me indicó que me sentara. Mi situación era bastante deprimente. Había perdido la mitad de mis peones, sólo me quedaba un alfil, no tenía ninguna torre y mi reina estaba a punto de ser capturada.

Me llevó una hora resolver esa situación, mientras el anciano no dejaba de gruñir

y sacudir la cabeza cada vez que movía una pieza que le perjudicaba. Al final hice un gambito, el anciano mordió el anzuelo y lo puse en jaque.

—Maldita sea —dijo—. ¿Quién es usted?

Le dije mi nombre y él contestó:

—No, me refiero a dónde ha jugado. No recuerdo haberle visto.

Cuando le dije que había aprendido a jugar al ajedrez en Nueva Guinea, exclamó:

—¡Caramba! ¿Y no ha participado en ningún torneo regional?

Yo sacudí la cabeza y el anciano dijo:

—Aunque no lo crea, fui campeón internacional de ajedrez, y usted ha disputado conmigo una partida imposible de ganar, y me ha aplastado.

Le pregunté por qué no había participado en el torneo que disputaban en el salón de baile, y el anciano contestó:

—He disputado muchos torneos en mi vida. Voy a cumplir ochenta años. Ahora les toca a los jóvenes, que tienen la mente más despierta.

Yo asentí, le di las gracias por la partida y me levanté para marcharme, pero el anciano me preguntó:

—¿Ha cenado?

Contesté que me había comido un sándwich hacía un rato, y él preguntó:

—¿Me permite invitarlo a cenar? Ha sido una partida soberbia.

Yo le dije que sí y nos fuimos al restaurante del hotel. Era un hombre muy agradable. Se llamaba Tribble.

—Tendría que jugar otras partidas con usted para estar seguro —dijo el señor Tribble mientras cenábamos—, pero a menos que me haya ganado por casualidad, creo que tiene usted un gran talento. Me gustaría ayudarle a que participara en un par de torneos, y luego ya veremos.

Le dije que quería regresar a casa para montar un negocio de gambas, pero el anciano insistió:

—Esta podría ser la gran oportunidad de su vida, Forrest. Podría ganar mucho dinero con el ajedrez.

Me dijo que lo pensara esa noche y que le diera una respuesta al día siguiente. El señor Tribble y yo nos despedimos con un apretón de manos y me marché.

Estuve paseando un rato, pero no hay mucho que ver en Nashville, de modo que acabé sentado en un banco del parque. Intenté reflexionar, que es algo que siempre me cuesta un poco, para decidir lo que me convenía hacer. Pero no dejaba de pensar en Jenny. En su carta me dijo que no intentara buscarla ni nada, pero en el fondo tenía la sensación de que no me había olvidado. Hice el ridículo en Indianápolis, ya lo sé. Eso me pasó por no pensar en lo que me convenía. Y en ese momento tampoco estaba seguro de lo que me convenía. Era tan idiota que me había quedado sin dinero, y lo necesitaba para montar el negocio de las gambas. El señor Tribble dijo que podía



ganar dinero con el ajedrez. Pero cada vez que hacía algo para ganar dinero y volver a casa y montar el negocio de las gambas, me metía en un lío. Conque aquí estaba yo, tratando de decidir lo que debía hacer.

Al cabo de un rato apareció un policía y me preguntó qué estaba haciendo.

Le contesté que estaba pensando, y él dijo que estaba prohibido sentarse de noche en un banco del parque a pensar, conque debía marcharme. Me levanté y eché a andar, y el policía me siguió. No sabía adónde ir, así que al cabo de un rato me metí en un callejón, y como estaba cansado me senté en unos escalones. A los pocos minutos apareció el mismo policía y dijo:

—Levántese de ahí y márchese.

Cuando me levanté, el policía me preguntó:

—¿Qué está haciendo en la calle a estas horas?

—Nada —contesté.

—Eso es lo que me figuraba. Queda detenido por vago y maleante.

El policía me llevó a la comisaría y me encerró en una celda y al día siguiente me dijo que podía hacer una llamada telefónica. Como no sabía a quién llamar, llamé al señor Tribble. Al cabo de media hora el señor Tribble se presentó en la comisaría e hizo que me soltaran.

Luego me invitó a desayunar en el hotel y me preguntó:

—¿Por qué no me permite que lo inscriba en el campeonato internacional que se celebrará la próxima semana en Los Ángeles? El primer premio son diez mil dólares. Yo me haré cargo de todos sus gastos y si gana nos repartiremos el premio. A usted le vendrá bien el dinero, y a mí me gustaría ayudarle. Seré su maestro y consejero. ¿Qué le parece?

Todavía tenía algunas dudas, pero no perdía nada por intentarlo. Conque le dije que lo haría durante un tiempo, hasta que tuviera suficiente dinero para montar el negocio de las gambas. El señor Tribble y yo nos dimos un apretón de manos y nos convertimos en socios.

Los Ángeles me impresionó mucho. Llegamos tres semanas antes del torneo de ajedrez, y el señor Tribble se pasaba todo el día tratando de ayudarme a perfeccionar mi técnica, pero al cabo de un tiempo meneó la cabeza y dijo que era absurdo intentar enseñarme cosas nuevas, porque «conocía todos los movimientos habidos y por haber». Así que decidimos divertirnos.

El señor Tribble me llevó a Disneylandia y me dejó montar en algunas atracciones, y luego me llevó a conocer unos estudios cinematográficos. En esos momentos estaban rodando varias películas, y la gente corría de un lado al otro gritando «primera toma», «corten» y «motor». En una de las películas, que era del Oeste, un tipo arrojaba a otro a través del cristal de una ventana una docena de veces,

hasta que salió bien.

Mientras estábamos contemplando la escena, se acercó un tipo y me preguntó:

—¿Eres actor?

Yo contesté:

—¿Cómo dice?

Y el señor Tribble dijo:

—No, somos jugadores de ajedrez.

—Pues es una lástima —respondió el tipo—, porque este chico sería el protagonista ideal de una película que estoy rodando. —Luego se volvió hacia mí, me palpó el brazo y añadió—: Veo que eres un tío fuerte. ¿Seguro que no sabes actuar?

—Una vez actué en una obra —contesté.

—¿De veras? —preguntó el tipo—. ¿En cuál?

—En *El rey Lear*.

—¡Es fantástico! —exclamó el tipo—. ¿Tienes tu tarjeta del SAG?

—¿Mi qué?

—Screen Actors Guild, el sindicato de actores. No importa —dijo el tipo—, yo te la conseguiré. ¡Es increíble! Eres alto, fuerte, de pocas palabras, el tipo perfecto para protagonizar una película del Oeste. Otro John Wayne.

—No es ningún John Wayne —protestó el señor Tribble—, sino un excelente jugador de ajedrez.

—Mejor que mejor —contestó el otro—, un tipo fuerte, de pocas palabras y listo. Les aseguro que es muy poco frecuente.

—No soy tan listo como parezco —dije, tratando de ser honesto.

Pero el tipo contestó que eso no tenía importancia, porque los actores no tenían que ser listos ni honestos ni nada parecido. Bastaba con que fueran capaces de aprenderse el guión.

—Me llamo Felder —dijo—, y soy director de cine. Me gustaría hacerte una prueba.

—Mañana participa en un torneo de ajedrez —dijo el señor Tribble—. No puede perder el tiempo con pruebas cinematográficas ni nada por el estilo.

—No le llevará mucho tiempo. Puede que sea la oportunidad que ha estado esperando. Me gustaría hacerle también una prueba a usted, Tribble.

—Ya veremos —respondió el señor Tribble—. Vamos, Forrest, tenemos mucho que hacer.

—Hasta pronto, muchacho —dijo el señor Felder—. No olvides mi oferta.

Y con esto nos marchamos.

A la mañana siguiente llegamos temprano al hotel Beverly Hills, donde iba a celebrarse el torneo de ajedrez, y el señor Tribble me inscribió en un montón de partidas.

En realidad no me costó ningún esfuerzo. Tardé unos siete minutos en ganar al primero, que era un campeón regional y profesor de instituto, con lo cual me sentí muy orgulloso. Había conseguido ganar a un profesor.

Mi siguiente rival era un chico de unos diecisiete años, al que vencí en menos de media hora. El chico agarró una pataleta y se puso a chillar y a llorar y su madre tuvo que llevárselo a rastras.

El primero y segundo día jugué contra todo tipo de personas, a las que derroté al cabo de poco tiempo, lo cual era un alivio porque cuando jugaba con Big Sam las partidas no se acababan nunca y no podía ni ir a orinar, porque a la que me levantaba Big Sam movía las piezas y hacía trampa.

Conseguí clasificarme para la final, y unos días antes de que terminara el torneo nos dieron un día de descanso. Al volver al hotel con el señor Tribble me encontré una nota de Felder, el director de cine, que decía así: «Llámenme esta tarde a mi despacho para concertar una hora para la prueba cinematográfica mañana mismo».

—No sé qué aconsejarte, Forrest —dijo el señor Tribble—. ¿Tú qué opinas?

—No lo sé —contesté, aunque, en realidad, me hacía ilusión ser actor. Podría conocer a Raquel Welch o a otra estrella.

—Supongo que no perdemos nada por intentarlo —dijo el señor Tribble—. Llamaré para concertar una cita con Felder.

Conque llamó al despacho de Felder para averiguar cuándo debíamos ir. De pronto tapó el auricular con la mano y me preguntó:

—¿Sabes nadar, Forrest?

—Sí —contesté.

Y el señor Tribble dijo por teléfono:

—Dice que sí.

Cuando colgó le pregunté por qué le habían preguntado si sabía nadar. El señor Tribble contestó que no lo sabía, pero que no tardaríamos en enterarnos.

Para que me hicieran la prueba cinematográfica fuimos a unos estudios distintos de los que habíamos visitado. El guardia que había en la puerta nos condujo al plató donde nos esperaba el señor Felder, que en aquellos momentos estaba discutiendo con una chica que se parecía mucho a Raquel Welch, pero al vernos sonrió y dijo:

—Me alegro de que hayas venido, Forrest. Quiero que vayas al departamento de maquillaje y vestuario, que está ahí mismo, nada más pasar esa puerta, y cuando estés preparado te enviarán de nuevo aquí.

Atravesé la puerta que me había señalado el señor Felder y me encontré a dos señoritas, una de las cuales me dijo:

—Quítate la ropa.

Ya empezamos, pensé, pero obedecí. Cuando terminé de quitarme la ropa la otra señorita me entregó un traje de goma, con unas escamas pintadas y unos pies de pato, y me dijo que me lo pusiera. Calculo que tardamos aproximadamente una hora en ponérmelo. Luego me dijeron que fuera a la sección de maquillaje, donde me senté en una silla mientras otra señorita más, y un tío me encasquetaron una máscara de goma que hacía juego con el traje. Cuando terminaron, me dijeron que ya podía regresar al plató.

Apenas podía dar un paso ni abrir la puerta con aquellas extrañas manos y pies de pato, pero al fin lo conseguí y de pronto me encontré ante un lago enorme, rodeado de plátanos y árboles tropicales. Al verme, el señor Felder pegó un salto y dijo:

—¡Estás fantástico, muchacho! ¡Eres perfecto para ese papel!

—¿Qué papel? —pregunté yo.

—¿No te lo había dicho? Estoy filmando una reposición de *El monstruo del lago negro*.

Hasta un idiota como yo pudo adivinar qué papel iba a darme.

El señor Felder dijo a la señorita con la que había estado discutiendo que se acercara y me la presentó.

—Forrest —dijo—, te presento a Raquel Welch.

Me quedé de piedra. La señorita Welch llevaba un traje escotado y estaba muy guapa.

—Encantado de conocerla —dije a través de la máscara.

Raquel Welch se volvió hacia el señor Felder hecha un basilisco y preguntó:

—¿Qué ha dicho? Ha hecho un comentario sobre mis tetas.

—No, cariño, no —respondió el señor Felder—, ha dicho que está encantado de conocerte. Como lleva una máscara, no le has entendido bien.

Yo extendí una mano palmeada, pero ella retrocedió y dijo:

—¡Ajjj! Venga, acabemos de una vez.

El señor Felder nos explicó de qué iba el asunto: Raquel Welch se está bañando

en el lago y de repente se desmaya. Entonces aparezco yo, la cojo en brazos y la saco del agua. Pero cuando recupera el conocimiento, me mira y grita aterrada:

—¡Suéltame! ¡Socorro! ¡Que me violan!

Pero, según me dijo el señor Felder, en aquellos momentos aparecían unos malhechores, de modo que no tenía que soltarla sino echarme a correr para escondernos en la selva.

La primera vez que rodamos la escena salió bastante bien. Era muy excitante sostener a Raquel Welch en brazos, aunque no paraba de gritar:

—¡Suéltame! ¡Socorro! ¡Qué me violan!

Pero el señor Felder dijo que no acababa de convencerle y nos ordenó que la repitiéramos. La segunda vez tampoco le gustó, de modo que tuvimos que repetirla diez o quince veces. Cuando hacíamos una pausa, Raquel Welch se ponía a protestar y a insultar al señor Felder, pero él sólo respondía: «Estás guapísima, cariño», y esas cosas.

Yo tenía un problema gordo. Llevaba casi cinco horas metido en ese traje de goma, que no tenía ninguna cremallera, y tenía tantas ganas de orinar que estaba a punto de reventar. Pero no quise decir nada porque estábamos rodando una escena muy importante y no quería que nadie se enfadara.

Pero tenía que hacer algo, de modo que decidí que cuando volviera a meterme en el agua orinaría dentro del traje y nadie se daría cuenta. De pronto el señor Felder gritó:

—¡Motor!

Yo me metí en el agua y me puse a mear, mientras Raquel Welch hacía ver que se desmayaba. La cogí en brazos y la llevé hasta la orilla.

Cuando recuperó el conocimiento, Raquel Welch empezó a golpearme y a gritar:

—¡Socorro! ¡Asesino! ¡Suéltame! —De pronto me miró y preguntó—: ¿Qué es esa peste?

—¡Corten! —gritó el señor Felder. Luego se levantó y preguntó a Raquel Welch—: ¿Qué has dicho? Esa frase no figura en el guión.

Y Raquel Welch contestó:

—¡A la mierda con el guión! —Luego se volvió hacia mí y preguntó—: ¿Te has meado?

Yo meneé la cabeza y contesté:

—No.

Era la primera mentira que decía en mi vida.

—Pues alguien se ha meado —insistió ella—, porque huele a pipí. Yo no he sido, conque tiene que haber sido este imbécil.

Acto seguido empezó a golpearme y a gritar:

—¡Suéltame! ¡Aléjate de mí!

Pero como supuse que estábamos rodando otra vez la escena, la cogí en brazos y eché a correr hacia la selva.

El señor Felder gritó:

—¡Motor!

Seguimos rodando la escena mientras Raquel Welch me pegaba y arañaba y gritaba como una loca. El señor Felder gritaba:

—¡Muy bien, cariño! ¡Fantástico! ¡Sigue así!

A todo esto vi al señor Tribble, que estaba sentado en una silla al fondo del plató, meneando la cabeza y tratando de disimular. Cuando penetramos en la selva me detuve, creyendo que el señor Felder iba a gritar: «¡Corten!». Pero me hizo un gesto para que continuara avanzando, mientras daba saltos de alegría gritando:

—¡Perfecto! ¡No te pares!

Raquel Welch seguía golpeándome, arañándome y gritando:

—¡Apártate de mí, asqueroso!

Pero yo seguí adelante, tal como me había ordenado el director.

De pronto Raquel Welch exclamó:

—¡Dios mío! ¡Mi vestido!

No me había dado cuenta hasta entonces, pero cuando miré hacia abajo vi que su vestido se había enganchado en un arbusto y estaba completamente roto. ¡Sostenía entre mis brazos a Raquel Welch, en pelotas!

Me detuve y murmuré:

—Lo siento.

Luego di media vuelta y eché a andar hacia donde estaban los otros, pero Raquel gritó:

—¿Qué haces, idiota? No quiero que me vean así.

Le pregunté qué quería que hiciera, y ella contestó que era mejor que nos ocultáramos en algún sitio hasta que se le ocurriese una solución. Conque seguimos avanzando a través de la selva, cuando de pronto apareció un objeto enorme, colgado de una parra. Cuando pasó junto a nosotros vi que se trataba de un mono. Al cabo de unos segundos aterrizó junto a nosotros y por poco me desmayo de la impresión. ¡Era el viejo Sue!

Raquel Welch se puso otra vez a gritar mientras Sue se agarraba a mis piernas. No sé si me reconoció vestido con el traje de monstruo, pero quizá reconoció mi olor.

—¿Conoces a ese asqueroso babuino? —me preguntó Raquel Welch.

—No es un babuino, es un orangután —contesté—. Se llama Sue.

Raquel me miró extrañada y preguntó:

—Si es un macho, ¿por qué se llama Sue?

—Es una historia muy larga —respondí.

La pobre Raquel trataba de taparse con las manos, pero Sue arrancó unas hojas de unos plátanos y se las dio para que se cubriera.

Más tarde me enteré de que al atravesar la selva habíamos entrado en otro plató, donde estaban rodando una película de Tarzán y utilizaban a Sue de extra. Poco después de que me rescataran de los pigmeos en Nueva Guinea, llegaron unos cazadores blancos que capturaron a Sue y se lo vendieron a un domador de animales en Los Ángeles. Desde entonces había trabajado en varias películas.

A todo esto, Raquel Welch no paraba de gritar y protestar.

—Llévame a algún sitio donde pueda vestirme —decía.

Yo no sabía cómo íbamos a encontrar unas ropas en medio de la selva, aunque se tratara de un plató de cine, de modo que seguí adelante, confiando en que sucediera algo que resolviera el problema.

De pronto nos topamos con una valla y pensé que al otro lado habría alguien que pudiera prestar a Raquel Welch algo que ponerse. Sue levantó una tabla suelta para que pasáramos, pero en cuanto atravesamos la valla Raquel y yo caímos rodando por una cuesta. Cuando llegamos al pie de la cuesta, me levanté, eché un vistazo a mi alrededor y vi que habíamos aterrizado junto a una vieja carretera.

—¡Dios mío! —gritó Raquel—. ¡Estamos en la autopista de Santa Mónica!

Al cabo de unos momentos vi a Sue bajar deslizándose por la cuesta y dirigirse hacia nosotros. Raquel Welch no paraba de mover las hojas de plátano de un lado al otro, tratando de cubrirse.

—¡Llévame a algún sitio donde pueda vestirme! —gritó.

—¿Adónde quiere que la lleve? —pregunté.

—¡Adonde sea! —contestó.

Conque echamos a andar rápidamente por la autopista de Santa Mónica.

Al cabo de un rato vimos a lo lejos un letrero blanco que decía: «HOLLYWOOD», y Raquel Welch dijo:

—Será mejor que dejemos la autopista y vayamos a Rodeo Drive, donde podré comprarme un vestido.

Estaba muy ocupada tratando de cubrirse. Cuando se acercaba un coche de frente, se colocaba las hojas de plátano delante, y cuando se acercaba un coche por detrás, se tapaba el culo con ellas. Dada la cantidad de vehículos que circulaban en ambas direcciones, el bailecito de Raquel era todo un espectáculo.

Al cabo de un rato salimos de la autopista y atravesamos un campo.

—¿Pero por qué tiene que seguirnos ese jodido mono? —me preguntó Raquel Welch—. Estamos haciendo el ridículo.

Al volverme vi que Sue nos miraba con tristeza. Era la primera vez que se encontraba con Raquel Welch, y creo que ésta había herido sus sentimientos.

Seguimos caminando sin que nadie nos prestara demasiada atención.

Al fin llegamos a una calle atestada de gente.

—¡Dios mío! ¡Estamos en Sunset Boulevard! —dijo Raquel Welch—. ¿Qué pensará la gente cuando me vea caminando por Sunset Boulevard en pelotas y a plena luz del día?

Comprendo su disgusto, y me alegraba de ir disfrazado con el traje de monstruo y que nadie me reconociera, aunque fuera acompañado de Raquel Welch.

Llegamos a un semáforo y cuando se puso verde, los tres atravesamos la calle, mientras Raquel sonreía y seguía haciendo su bailecito con las hojas de plátano como si estuviera en un escenario.

—Jamás me había sentido tan humillada —dijo—. Me siento violada. Espera a que salgamos de esto. Haré que el director te despida.

Algunos conductores que se habían detenido ante el semáforo empezaron a tocar la bocina y a saludarnos con la mano. Supongo que habían reconocido a Raquel Welch. Cuando atravesamos la calle, unos coches dieron la vuelta y empezaron a seguirnos. Cuando llegamos a Wilshire Boulevard nos seguía un numeroso grupo de curiosos; la gente salía de sus casas y de las tiendas para seguirnos como si fuéramos el flautista de Hamelín. Raquel estaba colorada como un tomate.

—No volverás a trabajar en esta ciudad —me dijo entre dientes, sin dejar de sonreír.

Seguimos andando y al cabo de unos minutos dijo:

—Por fin hemos llegado a Rodeo Drive.

Al mirar hacia la derecha vi una tienda de ropa de señoras. Di un golpecito a Raquel en el hombro y le indiqué la tienda, pero ella contestó:

—Hoy en día, nadie se dejaría ver en público con un vestido de Popagallos.

De modo que continuamos andando hasta que de pronto Raquel se detuvo y dijo:

—Ahí está Giani's. Tienen una ropa preciosa.

Al entrar se nos acercó un tipo con un bigotito, vestido con un traje blanco y con un pañuelo asomando por el bolsillo de la chaqueta. Después de mirarnos de arriba a abajo, preguntó:

—¿En qué puedo ayudarla, señora?

—Quiero comprar un vestido —respondió Raquel.

—¿Qué clase de vestido? —preguntó el tipo.

—El que sea. ¿No ve que voy medio desnuda, imbécil?

El vendedor le señaló unos vestidos colgados de unas perchas y dijo que seguramente encontraría entre ellos uno de su talla, conque Raquel se puso a mirar los vestidos.

—¿Qué puedo hacer por ustedes, caballeros? —nos preguntó el vendedor a Sue y a mí.

—Sólo hemos venido a acompañar a la señora —contesté.



Al volverme vi a la multitud que nos había seguido hasta la tienda, y que todos estaban con la nariz aplastada contra la vitrina.

Después de probarse ocho o nueve vestidos, Raquel salió del probador y preguntó:

—¿Qué os parece este?

Era un vestido tirando a marrón, con unas cintas y unos lazos, y bastante escotado.

—No sé —contestó el vendedor—, no acaba de convencerme.

Raquel se probó otro y el vendedor dijo:

—Le sienta perfectamente. Está usted guapísima.

—Me lo quedo —dijo Raquel Welch.

—Muy bien —respondió el vendedor—. ¿Cómo lo pagará?

—¿A qué se refiere? —preguntó Raquel.

—¿Al contado, con tarjeta o con un cheque?

—¿No ve que no llevo bolso, imbécil? ¿Dónde iba a meterme el dinero, las tarjetas o el talonario?

—Por favor, señora, no es necesario decir esas ordinarieces —protestó el vendedor.

—Soy Raquel Welch. Enviaré a un mensajero con el dinero.

—Lo lamento, señora —contestó el vendedor—, pero no puede ser.

—¡Pero si soy Raquel Welch! ¿Acaso no me ha reconocido?

—Mire, señora —respondió el vendedor—, la mitad de las clientas que entran aquí afirman ser Raquel Welch o Farrah Fawcett o Sofía Loren. ¿Puede mostrarme su documento de identidad?

—¿Mi documento de identidad? —gritó Raquel—. ¿Dónde carajo cree que me lo he metido?

—Si no puede mostrarme su documento de identidad y no lleva dinero, ni tarjetas de crédito, no puedo venderle el vestido —dijo el vendedor.

—Yo le demostraré quién soy —dijo Raquel Welch, bajándose de pronto la parte superior del vestido—. ¿Ha visto alguna vez a una mujer con estas tetas?

La multitud que se había congregado fuera empezó a gritar y a golpear la vitrina. El vendedor pulsó un botón y apareció un tipo alto y fornido que debía de ser un agente de seguridad.

—Están arrestados —nos dijo—. Acompañenme sin protestar y todo irá bien.

Aquí me tienen otra vez, en la cárcel.

Después de que el agente de seguridad nos acorralase en Giani's, llegaron dos coches patrulla con las sirenas a todo meter y un poli se acercó al vendedor y le preguntó:

—A ver, ¿qué es lo que está pasando aquí?

—Ésta dice que es Raquel Welch —contestó el vendedor—. Entró aquí cubierta con unas hojas de plátano y no ha querido pagarme el vestido. Los otros dos no sé quiénes son, pero tienen un aire sospechoso.

—¡Soy Raquel Welch! —gritó Raquel.

—Por supuesto, señora —respondió el poli—. Y yo soy Clint Eastwood. Haga el favor de acompañar a los dos agentes —dijo, señalando a dos policías.

—Ahora cuéntenme su versión de los hechos —dijo el poli, mirándonos a Sue y a mí.

—Estábamos trabajando en una película —contesté.

—¿Por eso lleva ese disfraz? —preguntó el poli.

—Sí —contesté.

—¿Y ése? —preguntó el poli señalando a Sue—. Es un disfraz tal real que parece de verdad.

—No es un disfraz —contesté—. Es un orangután de pura raza.

—¿De veras? —preguntó el poli—. Le diré lo que vamos a hacer. Tengo un compañero en la comisaría muy aficionado al cine, y estará encantado de haceros unas fotos y guardarlas como recuerdo. Andando, payasos, y no hagáis ningún movimiento sospechoso.

El señor Tribble tuvo que venir a sacarme otra vez de la cárcel. Y el señor Felder se presentó con un pelotón de abogados para sacar a Raquel Welch, que se había puesto histérica.

—¡Me las pagarás! —me gritó—. Cuando haya terminado contigo, no encontrarás trabajo ni como lancero en una pesadilla.

Probablemente tiene razón. Creo que mi carrera de actor ha terminado.

—Así es la vida, muchacho, pero te llamaré algún día para que almorcemos juntos —me dijo el señor Felder al despedirse de mí—. Ya enviaré a alguien a recoger el traje de monstruo.

—Vamos, Forrest —dijo el señor Tribble—. Tenemos cosas que hacer.

De regreso al hotel, el señor Tribble, Sue y yo nos reunimos en la habitación para conversar seriamente.

—Sue va a plantearnos algunos problemas —dijo el señor Tribble—. Ya has visto lo que nos ha costado subirlo a la habitación sin que se dieran cuenta. Es muy complicado viajar con un orangután.

Le dije que le había tomado mucho cariño a Sue, porque me había salvado el pellejo en más de una ocasión, en la nave espacial y en la selva.

—Comprendo tus sentimientos —dijo el señor Tribble—. Está bien, lo intentaremos. Pero procura que se porte bien, porque de lo contrario nos meteremos en un buen lío.

—Se lo prometo —contesté.

Y Sue se puso a mover la cabeza y a gritar como un mono.

Al día siguiente iba a celebrarse la gran partida entre el campeón internacional Iván Petrókvich, conocido como Iván el Honesto, y yo. El señor Tribble me llevó a una tienda de ropa y alquiló un esmoquin para mí, ya que era un acontecimiento muy importante y todos iban a vestirse de punta en blanco. El ganador recibiría diez mil dólares, y con la mitad de ese dinero podría montar el negocio de las gambas, de modo que no debía fallar.

Al llegar a la sala donde iba a celebrarse la partida vi un montón de personas alrededor de la mesa donde ya estaba sentado Iván el Honesto, que me miró con cara de Muhammed Alí.

Iván el Honesto es un ruso con una frente muy alta, como el monstruo de Frankenstein, moreno, con el pelo largo y rizado como un violinista. Cuando me senté frente a él, soltó un gruñido y otro tipo dijo:

—Comienza la partida.

Y empezamos a jugar.

Iván el Honesto jugaba con las blancas e hizo el primer movimiento, empezando con la apertura Ponziani.

Luego me tocó mover a mí, y utilicé la apertura Reti, y a partir de ahí las cosas fueron bastante bien. Después de unos cuantos movimientos, Iván el Honesto hizo una maniobra llamada el gambito Falkbeer, moviendo su caballo para intentar capturar mi torre.

Pero como le vi venir, le tendí una trampa llamada el Arca de Noé, y capturé su caballo. Iván el Honesto no parecía muy contento, pero decidió emplear la amenaza Tarrash para poner en aprietos a mi alfil.

Pero le jorobé poniendo en práctica la defensa india de reina y obligándole a usar la variación Schevenigen, que hizo que yo utilizara el contraataque de Benoni.

Iván el Honesto parecía algo frustrado y no dejaba de retorcerse las manos y de morderse el labio inferior. Entonces intentó un movimiento desesperado —el ataque del Hígado Frito—, pero le paré los pies con la defensa de Alejine.

Durante un rato pensé que la partida iba a acabar en tablas, pero de pronto Iván el Honesto utilizó la maniobra de Hoffman y se escaqueó. Yo miré al señor Tribble, el cual sonrió y dijo en silencio «ahora», y enseguida comprendí lo que quería decir.

Big Sam me había enseñado un par de trucos en la selva que no aparecían en ningún manual de ajedrez y había llegado el momento de aplicarlos. Conque utilicé la variación del Puchero y el gambito del Cocotero, poniendo a mi reina como cebo para hacer que ese cabrón arriesgara su caballo para capturarla.

Por desgracia, no dio resultado. Iván el Honesto debió de olerse lo que iba a hacer y capturó mi reina. Luego utilizó la táctica de la Choza, obligándome a arriesgar mi última torre para engañarlo, pero no lo conseguí. Se llevó mi torre y mi otro alfil y estaba dispuesto a rematarme con el jaque de Petroff, cuando de pronto decidí ir a por todas y apliqué la Amenaza de los Pigmeos.

La Amenaza de los Pigmeos era una de las especialidades de Big Sam. Para que salga bien, hay que pillar desprevenido al contrincante y usar otras piezas como cebo, pero si un tipo cae víctima de la Amenaza de los Pigmeos, más vale que se quite el suspensorio y se marche a casa. Yo confiaba en que diera resultado, porque se me estaban agotando las ideas geniales.

Bueno, Iván el Honesto soltó un par de bufidos y agarró el caballo para llevárselo al enroque ocho, lo cual habría supuesto que se tragara la Amenaza de los Pigmeos de cabo a rabo. Así, en dos movimientos más lo habría tenido en jaque, sin que él hubiese podido hacer nada para impedirlo.

Pero Iván el Honesto volvió a olerse la tostada y movió la pieza del escaque cinco al escaque ocho unas nueve o diez veces, sin levantar la mano. Si hubiese retirado la mano, el movimiento habría sido definitivo. Ficha en la mesa, presa, como se suele decir.

El público estaba tan silencioso que no se oía ni una mosca, y yo me sentía tan nervioso y excitado que estaba a punto de reventar. Miré al señor Tribble, que tenía los ojos clavados en el techo, como si estuviera rezando, mientras el tipo que acompañaba a Iván el Honesto me miraba con cara de pocos amigos. Iván el Honesto movió la pieza al escaque ocho otras dos o tres veces, pero siempre volvía a colocarla en el escaque cinco. Al fin parecía que había decidido hacer otra jugada, pero levantó la pieza una vez más y la trasladó al escaque ocho mientras yo creí que iba a desmayarme de la emoción. La sala estaba silenciosa como una tumba. El corazón me latía como un tambor, pero Iván el Honesto no acababa de decidirse. De repente me miró fijamente y no sé lo que me sucedió, pero el caso es que solté un pedo que sonó como si alguien hubiera rasgado una sábana en dos.

Iván el Honesto me miró sorprendido, soltó la pieza de ajedrez, dijo «¡uf!» y empezó a mover las manos, a toser y a taparse la nariz. Los que estaban a nuestro alrededor retrocedieron un paso, murmurando y sacando los pañuelos de los bolsillos. Yo estaba rojo como un tomate.

Cuando las cosas volvieron a la normalidad, miré el tablero y vi que Iván el Honesto había dejado la pieza sobre el escaque ocho. Conque la capturé con mi caballo, le cogí dos peones y la reina y al final el rey. ¡Jaque mate! Había ganado la partida y cinco mil dólares. La Amenaza de los Pigmeos había vuelto a funcionar.

Iván el Honesto empezó a gesticular y a protestar y él y el tipo que le había acompañado presentaron una queja contra mí.

El director del torneo consultó el manual de normas hasta que llegó a un párrafo que decía así: «Se prohíbe a los jugadores realizar adrede algún gesto o acto que pueda distraer a su adversario mientras dura la partida».

—No creo que pueda usted probar que mi jugador lo haya hecho adrede —dijo el señor Tribble—. Fue algo totalmente involuntario.

El director del torneo volvió a consultar su manual de normas hasta dar con un párrafo que decía lo siguiente: «Se prohíbe a los jugadores comportarse de forma grosera u ofensiva respecto a su adversario».

—¿No ha tenido usted nunca la necesidad de soltar una ventosidad? —preguntó el señor Tribble—. Forrest no lo hizo de mala fe. Llevaba mucho rato ahí sentado.

—No sé —contestó el director del torneo—. Dadas las circunstancias, tendré que descalificarlo.

—¿No podría darle otra oportunidad? —preguntó el señor Tribble.

El director del torneo se rascó la barbilla unos instantes y luego contestó:

—Tal vez sí, pero tendrá que contenerse porque no podemos tolerar esas cosas, ¿comprende?

Yo me alegré de que me dejaran terminar la partida, pero de pronto oímos gritar a las señoras presentes en la sala y cuando levanté la cabeza vi al bueno de Sue columpiándose de la araña.

En el momento en que la araña estaba sobre mi cabeza, Sue se soltó y aterrizó sobre el tablero de ajedrez, haciendo que todas las piezas cayeran al suelo. Iván el Honesto se cayó de espaldas y rompió el vestido de una señora gorda que parecía el anuncio de una joyería. La señora empezó a chillar y a agitar las manos y atizó un guantazo al director del torneo mientras Sue saltaba y brincaba y la gente echaba a correr y gritaba que avisaran a la policía.

El señor Tribble me agarró del brazo y dijo:

—Larguémonos de aquí, Forrest, no sea que vuelvan a meterte en la cárcel.

Cuando regresamos al hotel, el señor Tribble dijo que teníamos que deliberar otra vez

a fondo.

—Creo que es mejor que nos olvidemos del asunto, Forrest —dijo—. Juegas divinamente al ajedrez, pero las cosas se han complicado. Lo de esta tarde ha sido, para decirlo suavemente, un tanto chocante.

Yo estuve de acuerdo. Sue también parecía muy apenado.

—Eres un buen chico, Forrest, y no quiero dejarte en la estacada, de modo que te pagaré el viaje de regreso a Alabama o a donde sea. Sé que necesitas dinero para montar el negocio de las gambas, y la parte que te corresponde del premio, descontando los gastos, asciende a algo menos de cinco mil dólares.

El señor Tribble me entregó un sobre y al abrirlo vi que contenía un puñado de billetes de cien dólares.

—Te deseo muy buena suerte en tu empresa —dijo el señor Tribble.

Luego pidió un taxi por teléfono para que nos llevara a la estación.

Me dijo que Sue viajaría en el furgón de equipajes, en una caja, y que podía ir a verlo y llevarle comida y agua cuando quisiera. Cuando trajeron la caja metí a Sue en ella y se lo llevaron.

—Bien, adiós y buena suerte, Forrest —dijo el señor Tribble, estrechándome la mano—. Aquí tienes mi tarjeta. Llámame y cuéntame cómo te van las cosas.

Cogí la tarjeta y volví a estrecharle la mano. Lamentaba despedirme del señor Tribble, porque era un buen hombre y le había decepcionado. Cuando estuve sentado en el tren, miré por la ventanilla y vi al señor Tribble en el andén. Cuando el tren arrancó, levantó la mano y la agitó.

Me pasé toda la noche soñando con mi casa, mi madre, el pobre Bubba, el negocio de las gambas y, naturalmente, con Jenny Curran. Lo que más rabia me daba era ser tan idiota.

Al fin he vuelto a casa.

El tren llegó a la estación de Mobile hacia las tres de la madrugada. Sacaron a Sue del vagón de equipajes y nos quedamos de pie en el andén. No había nadie más que nosotros, excepto un hombre que barría el suelo y otro dormido en un banco. Sue y yo echamos a andar y al cabo de un rato vimos un edificio abandonado y dormimos allí.

A la mañana siguiente compré unos plátanos para Sue en el muelle y entré en una pequeña cafetería, donde desayuné un plato de sémola, huevos con tocino y unos bollos. Luego decidí que debía intentar encontrar a mi madre, de modo que eché a andar hacia el asilo de las hermanitas de los pobres. A medio camino pasé frente al lugar donde había estado nuestra casa, pero todo estaba lleno de hierbajos y de madera chamuscada. Al verlo sentí una sensación muy extraña, y seguí caminando.

Cuando llegué al asilo, dije a Sue que me esperara en el jardín para que las hermanitas no se asustaran y entré a preguntar por mi madre.

La superiora, que era muy amable, me dijo que no sabía dónde estaba mi madre, sólo sabía que se había marchado con un protestante, pero que se lo preguntara a las señoras con las que mi madre pasaba las tardes en el parque. Fui a recoger a Sue y nos fuimos al parque.

Al llegar vi a unas señoras sentadas en los bancos, conque me acerqué a una de ellas y le dije quién era yo. La señora miró a Sue y respondió:

—Ya me lo figuraba.

Luego me dijo que había oído decir que mi madre trabajaba en una tintorería, planchando pantalones, en la otra punta de la ciudad. Cuando Sue y yo llegamos a la tintorería encontramos a mi pobre madre envuelta en una nube de vapor y sudando la gota gorda mientras planchaba unos pantalones.

Al verme, mi madre soltó la plancha y se arrojó en mis brazos. No cesaba de llorar y de estrujarse las manos, como de costumbre. Pobre mamá.

—Al fin has vuelto a casa, Forrest. No ha pasado un día desde que te fuiste sin que pensara en ti. Por las noches no podía dormir. He llorado muchísimo.

Eso no me sorprendió. Luego le pregunté por el protestante.

—Ese cerdo asqueroso... —contestó mi madre—. Cometí una estupidez al fugarme con un protestante. No había pasado ni un mes y me dejó plantada para

largarse con una chica de dieciséis años, aunque él tenía casi sesenta. Los protestantes no tienen el menor sentido de la moral.

En aquel momento preguntó una voz:

—¿No te habrás dejado la plancha puesta sobre los pantalones de un cliente, Gladys?

—¡Dios mío! —gritó mi madre, y entró corriendo en el taller. En aquel momento salió una densa humareda negra a través de la ventana y todo el mundo se puso a gritar y a soltar palabrotas. De pronto un gordo y calvo sacó a mi madre a empujones del taller, gritando:

—¡Largo de aquí! ¡Esto es el colmo! ¡Es el último pantalón que me quemas!

Mi madre se echó a llorar y yo me acerqué al tipo y le dije:

—Quítale las manos de encima a mi madre.

—¿Quién coño eres? —preguntó el tipo.

—Forrest Gump —contesté.

Y él dijo:

—Pues ya puedes coger a tu madre y largarte de aquí. ¡Está despedida!

—No te permito que hables de ese modo a mi madre —repliqué yo.

—¿De veras? ¿Y qué harás para impedirlo? —me preguntó.

Para demostrarle que no bromeaba, lo levanté en el aire, lo transporté hasta una lavadora gigante donde lavaban las colchas y las mantas y cosas así, lo tiré dentro, cerré la tapa y puse la lavadora en marcha. La última vez que lo vi estaba a punto de iniciarse el ciclo de aclarado.

Mi madre no paraba de llorar y de enjugarse los ojos, mientras repetía:

—¿Qué voy a hacer? ¡Me he quedado sin trabajo!

—No te preocupes —dije—, tengo un plan.

—¿Cómo vas a tener un plan, Forrest, si tú eres un idiota? —preguntó mi madre.

—Ya lo verás —contesté.

De todos modos, me alegro de haber empezado con buen pie el primer día de mi regreso a casa.

Al salir de la tintorería echamos a andar hacia la pensión donde vivía mi madre. A todo esto, le había presentado a Sue y mi madre dijo que se alegraba de que tuviera un amigo, aunque fuera un mono.

Mi madre y yo cenamos en la pensión y luego mi madre cogió una naranja de la cocina y se la dio a Sue. Después de cenar Sue y yo nos encaminamos a la estación de autocares para coger el autocar hacia Bayou La Batre, donde vivían los padres de Bubba. La última vez que vi a mi madre estaba de pie en el porche de la pensión, secándose los ojos y llorando desconsoladamente. Antes de marcharme le di la mitad de los cinco mil dólares para que pagara la pensión y para sus gastos hasta que yo



montara mi negocio, con lo cual me quité un peso de encima.

Cuando llegamos a Bayou La Batre encontré sin ningún problema la casa de Bubba. Aunque eran las nueve de la noche llamé a la puerta y al cabo de un rato abrió su padre y me preguntó qué quería. Me presenté y le dije que conocía a Bubba de cuando jugábamos al fútbol y del Ejército, y su padre se puso un poco nervioso pero me invitó a pasar. Yo había dicho a Sue que se escondiera en el jardín para no alarmar a los vecinos.

El padre de Bubba me ofreció un vaso de té helado y empezó a hacerme un montón de preguntas. Quería que le hablara de Bubba, que le contara cómo le habían matado y yo se lo expliqué todo como pude.

—Durante todos estos años no he dejado de hacerme una pregunta, Forrest. ¿Por qué crees que murió Bubba?

—Porque le pegaron un tiro —respondí.

—No me has entendido —dijo el padre de Bubba—. Me refiero al motivo de que fuéramos a luchar allí.

Tras reflexionar unos instantes, contesté:

—Supongo que tratábamos de hacer lo que debíamos. Hicimos lo que nos ordenaron.

—¿Y crees que mereció la pena? —preguntó el padre de Bubba—. ¿Crees que mereció la pena que murieran tantos jóvenes?

—Sólo soy un idiota —contesté—. Pero si quiere saber mi opinión, creo que esa guerra fue una mierda.

—Yo también —dijo el padre de Bubba.

Luego le expliqué por qué había ido a verlo. Le dije que Bubba y yo habíamos pensado montar un pequeño negocio de gambas y le hablé del tío que conocí cuando estaba en el hospital, el que criaba gambas. El padre de Bubba parecía interesado y me hizo muchas preguntas, cuando de pronto oímos un ruido en el jardín.

—Alguien intenta robarme las gallinas —dijo el padre de Bubba.

Acto seguido se levantó, cogió un rifle que colgaba detrás de la puerta y salió al porche.

—Tengo que decirle una cosa —dije, y le conté que había dejado a Sue en el jardín.

Pero Sue había desaparecido.

El padre de Bubba entró de nuevo en la casa, cogió una linterna y se puso a buscar a Sue por todo el jardín. De pronto nos topamos con una cabra que estaba junto a un árbol, escarbando la tierra. Cuando el padre de Bubba levantó la linterna vimos a Sue sentado en una rama, aterrado.

—¡Largo de aquí! —dijo el padre de Bubba a la cabra, arrojándole un palo.

Cuando la cabra desapareció, Sue bajó del árbol y entramos en la casa.

—¿Qué clase de simio es ése? —preguntó el padre de Bubba.

—Un orangután —contesté.

—Parece un gorila.

—Puede que lo parezca —respondí—, pero no lo es.

El padre de Bubba dijo que podíamos pasar la noche en su casa y que por la mañana nos acompañaría a buscar un lugar donde montar el negocio de las gambas. Soplaban una brisa de las marismas y de vez en cuando se oía una rana, un grillo e incluso algún pez que saltaba y brincaba. Era un lugar muy tranquilo y agradable, y decidí que si me quedaba allí procuraría no meterme en ningún lío.

A la mañana siguiente nos levantamos temprano y bajamos a la cocina. El padre de Bubba había preparado un desayuno con salchichas caseras, huevos, galletas y melaza, y luego nos llevó a Sue y a mí en bote hasta las marismas. El agua estaba en calma y había un poco de niebla. De vez en cuando veíamos un ave que remontaba el vuelo.

—Aquí es donde penetra la corriente salada —dijo el padre de Bubba, señalando un estero—. En esta zona hay unas charcas muy grandes. Es el lugar perfecto para que instales tu negocio. ¿Ves esa cabaña construida sobre una elevación del terreno? —me preguntó el padre de Bubba cuando nos adentramos por el estero—. En ella vivía el viejo Tom LeFarge, pero hace cuatro o cinco años que murió. Está deshabitada. Si quieres, puedes vivir en ella. La última vez que fui a visitar a Tom vi un par de botes amarrados en la orilla. Aunque están muy viejos, podrías calafatearlos y supongo que aún flotarán.

Seguimos navegando por el estero y al cabo de un rato el padre de Bubba dijo:

—El viejo Tom instaló un camino de tablas a través de la marisma, que llegaba hasta las charcas. Solía ir a pescar y a cazar patos por allí. Podrías repararlo. Te resultaría muy útil.

Era un sitio ideal. El padre de Bubba me dijo que las marismas y los esteros estaban llenos de gambas pequeñas, por lo que no me costaría nada pescarlas y montar mi negocio. También me dijo que sabía que las gambas comían harina de orujo de algodón, que era muy barata.

Lo primero que teníamos que hacer era bloquear las charcas con unas redes y reparar la cabaña para instalarme en ella y comprar mantequilla de cacahuete y jalea y pan y otras cosas. Luego podía empezar a criar gambas.

Empezamos aquel mismo día. El padre de Bubba me llevó de nuevo a su casa y luego fuimos a la ciudad y compramos lo que necesitaba. Me dijo que podía usar su bote hasta que arreglara el mío. Esa noche Sue y yo dormimos en la cabaña de pesca. Llovió a cántaros y la cabaña estaba llena de goteras, pero no me importó. A la mañana siguiente reparé el tejado de la cabaña.

Tardé casi un mes en arreglarlo todo. Después de reparar la cabaña, los botes y el

camino de tablas coloqué las redes alrededor de una de las charcas. Compré una red para pescar gambas y cuando estuvo todo listo Sue y yo salimos en el bote y nos pasamos el día arrastrando la red. Recogimos veinticinco kilos de gambas. Al anochecer, cuando terminamos, las arrojamos a la charca y las gambas se pusieron a dar brincos, a nadar y a bailar. Era un espectáculo fantástico.

A la mañana siguiente compré doscientos veinticinco kilos de harina de orujo de algodón y arrojé unos cuarenta y cinco kilos en la charca para que se los comieran las gambas, y por la tarde fui a pescar más gambas. Me pasé todo el verano, el otoño y el invierno haciendo lo mismo, y en primavera tenía cuatro charcas llenas de gambas y me sentía muy animado. Por las noches me sentaba en el porche de la cabaña y tocaba la armónica, y los sábados por la noche iba a la ciudad, compraba unas cervezas y Sue y yo nos emborrachábamos. Al fin me sentía a gusto en un lugar, haciendo un trabajo honrado. Decidí que cuando hubiera vendido la primera partida de gambas, iría en busca de Jenny, confiando en que ya no estuviera enfadada conmigo.

Un día de junio decidí que había llegado el momento de recoger las gambas. Hacía un día caluroso y soleado. Sue y yo nos levantamos al amanecer, bajamos a la charca y empezamos a arrastrar una red hasta que notamos que se había enganchado con algo. Sue y yo nos pusimos a tirar de ella, pero al cabo de un rato nos dimos cuenta que no se había enganchado, sino que estaba tan repleta de gambas que no podíamos moverla.

Aquel día recogimos unos ciento treinta kilos de gambas, y pasamos toda la noche distribuyéndolas según su tamaño. A la mañana siguiente metimos las gambas en una cesta, nos montamos en el bote y nos dirigimos a Bayou La Batre. La cesta pesaba tanto que por poco nos hundimos.

Sue y yo transportamos las gambas desde el muelle hasta la fábrica conservera. Después de pesar lo que llevábamos y calcular su precio, nos dieron un cheque por ochocientos sesenta y cinco dólares. Era el primer dinero que ganaba honradamente desde los tiempos en que tocaba la armónica con los Huevos Cascados.

Cada día Sue y yo bajábamos a las charcas a recoger las gambas y transportarlas a la fábrica conservera. Al cabo de dos semanas habíamos ganado nueve mil setecientos dólares y veintiséis centavos. El negocio de las gambas era todo un éxito.

Aquel día me sentí muy feliz. Le llevamos una cesta de gambas al padre de Bubba, y él nos dijo que se sentía muy orgulloso de nosotros y que era una pena que Bubba no estuviera allí para verlo. Luego, Sue y yo cogimos el autocar y fuimos a Mobile para celebrarlo. Lo primero que hice fue ir a ver a mi madre a la pensión donde vivía. Cuando le conté lo del dinero que había ganado con las gambas, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Estoy muy orgullosa de ti, Forrest —dijo—. Tiene mucho mérito lo que has conseguido, teniendo en cuenta que eres un retrasado mental.

Le expliqué que el próximo año quería instalar más criaderos de gambas y que necesitábamos a alguien que se ocupara del dinero y los gastos, y le pregunté si quería encargarse ella.

—¿Quieres que me traslade a vivir a Bayou La Batre? —me preguntó mi madre—. Pero si es un sitio de mala muerte. ¿Qué voy a hacer durante todo el santo día?

—Contar dinero —contesté.

Luego, Sue y yo fuimos a celebrarlo. Bajamos al muelle y le compré a Sue un

racimo enorme de plátanos y yo me comí una chuleta con puré de patatas y guisantes. Después de cenar decidí tomarme unas cervezas y al pasar frente a un bar cerca del muelle oí a alguien hablando a gritos y soltando palabrotas. A pesar de los años que habían pasado reconocí enseguida la voz de Curtis, mi compañero de la universidad.

Curtis se puso muy contento al verme. Me abrazó y me llamó cabrón, gilipollas, mamón y otras lindezas. Me contó que al dejar la universidad había entrado a formar parte del equipo de los Redskins de Washington, pero que lo habían expulsado por morderle el culo a la esposa del dueño del equipo durante una fiesta. Después de jugar en otros equipos de fútbol durante unos años se puso a trabajar de estibador en los muelles, lo cual, según dijo, era lógico dado el nivel de educación que había recibido en la universidad.

Curtis me invitó a un par de cervezas y charlamos sobre los viejos tiempos. El Serpiente, según me contó, estuvo jugando como defensa para los Packers de Green Bay hasta que lo pillaron bebiéndose una botella de vodka polaco durante el descanso de un partido contra los Vikings de Minnesota. Luego pasó al equipo de los Giants de Nueva York, hasta que en el tercer tiempo de un partido contra los Rams hizo el pase de la Estatua de la Libertad. El entrenador de los Giants le dijo que nadie había utilizado ese pase en el fútbol profesional desde mil novecientos treinta y uno. Lo que sucedió realmente, según me contó Curtis, es que el Serpiente estaba tan flipado que después de una complicada jugada se olvidó de pasar la pelota y el extremo izquierda del equipo contrario se la quitó de las manos. Según me contó Curtis, el Serpiente trabajaba ahora como entrenador de un pequeño equipo en Georgia.

Después de beberme un par de cervezas, se me ocurrió una idea, y se la conté a Curtis.

—¿Te gustaría trabajar conmigo? —le pregunté.

Curtis empezó a vociferar y a soltar palabrotas pero al cabo de unos minutos deduje que me estaba preguntando qué pretendía que hiciera, conque le expliqué que había montado un negocio de gambas y que pensaba ampliarlo. Curtis siguió vociferando y soltando palabrotas, pero por su tono de voz comprendí que estaba diciendo que sí.

Durante aquel verano y en otoño, Sue, mi madre, Curtis y yo trabajamos muy duro. El padre de Bubba también trabajaba con nosotros. Ese año ganamos casi treinta mil dólares y el negocio iba viento en popa. Mi madre había dejado de llorar y un día incluso vi sonreír a Curtis, aunque en cuanto notó que lo miraba dejó de sonreír y empezó otra vez a soltar palabrotas. Pero yo no me sentía muy feliz, porque me acordaba mucho de Jenny.

Un día, decidí intentar buscarla. Era domingo, de modo que me puse un traje, me dirigí a Mobile y fui a casa de la madre de Jenny. Cuando llamé a la puerta, estaba

sentada en el cuarto de estar, viendo la televisión.

Cuando le dije quién era, exclamó sorprendida:

—¡Forrest Gump! ¡No puedo creerlo! Anda, pasa.

Charlamos un rato y la señora Curran me preguntó por mi madre y al final le pregunté qué sabía de Jenny.

—Apenas me escribe —contestó la señora Curran—. Creo que se han ido a vivir a Carolina del Norte.

—¿Vive con una amiga? —pregunté.

—¿Pero es que no lo sabes? Jenny se ha casado.

—¿Que se ha casado?

—Sí, hace un par de años. Vivió un tiempo en Indiana y luego en Washington y un buen día recibí una postal comunicándome que se había casado y que ella y su marido se iban a vivir a Carolina del Norte. ¿Quieres que le dé algún recado de tu parte si recibo noticias suyas?

—No. Dígale sólo que le deseo suerte.

—Muy bien —respondió la señora Curran—. Me alegro mucho de que hayas venido a verme.

No sé, creo que debía haber estado preparado para esa noticia, pero no lo estaba.

El corazón me latía como un tambor y tenía las manos frías y húmedas y lo único que deseaba era meterme en un rincón y echarme a llorar como cuando mataron a Bubba. De modo que me escondí debajo de unos arbustos que había en un jardín y me quedé acurrucado y chupándome el dedo, cosa que no había hecho desde que mi madre me dijo un día que eso sólo lo hacían los idiotas y los bebés. No sé cuánto tiempo estuve allí, pero creo que pasé un día y medio escondido debajo de los arbustos.

No reprochaba a Jenny el que se hubiera casado; hizo lo que debía hacer. Al fin y al cabo, soy un idiota, y aunque muchas digan que están casadas con un idiota, en realidad ni siquiera se imaginan lo que significa estar casado con un idiota de verdad. Más que nada sentía lástima de mí mismo porque había llegado a creer que Jenny y yo acabaríamos casándonos. Así que cuando su madre me dijo que se había casado con otro, sentí como si una parte de mí hubiera muerto, porque no es lo mismo casarse que largarse. Casarse es un asunto muy serio. A veces lloraba por las noches, pero no me servía de nada.

Más tarde salí de debajo de los arbustos y regresé a Bayou La Batre. No conté a nadie lo que había sucedido, porque supuse que era inútil. Tenía muchas cosas que hacer, como reparar las redes y demás, de modo que bajé solo a las charcas. Cuando terminé ya era de noche y decidí que lo mejor que podía hacer era volcarme en mi negocio y trabajar hasta caer rendido. En realidad era lo único que podía hacer.

Y eso es lo que hice.

Aquel año ganamos setenta y cinco mil dólares y el negocio había crecido tanto que tuve que contratar a otras personas para que me ayudaran. Una de ellas era el Serpiente, el defensa de la universidad. No le gustaba su empleo como entrenador de un pequeño equipo de fútbol, de modo que lo coloqué de encargado junto con Curtis del dragado y los aliviaderos. Luego me enteré de que Fellers, el entrenador de fútbol de la escuela secundaria, se había retirado y lo puse a trabajar, junto con los dos energúmenos que antes le ayudaban con el equipo, los cuales también ya se habían retirado, en los barcos y los muelles.

Los periódicos no tardaron en enterarse de que había montado un negocio que iba viento en popa y un día se presentó un reportero para hacerme una entrevista. El domingo siguiente apareció publicada bajo el siguiente titular: «Un retrasado mental encuentra futuro en un novedoso experimento marino».

Poco después, mi madre me dijo que necesitaba que la ayudara alguien con la contabilidad y la aconsejara en cuestiones financieras, dado que estábamos ganando muchísimo dinero. Después de pensarlo unos días, decidí ponerme en contacto con el señor Tribble, pues sabía que había ganado una fortuna antes de jubilarse. El señor Tribble se puso muy contento cuando lo llamé y dijo que cogería el próximo avión para Mobile.

Una semana después de haber llegado, el señor Tribble dijo que teníamos que hablar.

—Forrest —dijo—, lo que has conseguido es admirable, pero ha llegado el momento de planificar seriamente la cuestión financiera.

Le pregunté a qué se refería y contestó:

—A las inversiones. Debes diversificar el capital. Según mis cálculos, el próximo ejercicio fiscal obtendrás unos beneficios de unos ciento noventa mil dólares. El ejercicio siguiente obtendrás casi un cuarto de millón de dólares. Es preciso que inviertas los beneficios si no quieres pagar unos impuestos que acabarán arruinándote.

Conque eso es lo que hicimos.

El señor Tribble se ocupó de todo y formamos un par de empresas. Una era Mariscos Gump; otra se llamaba Cangrejos rellenos de Sue, y otra Recetas de pescado de Mamá Gump.

El cuarto de millón de dólares se convirtió al año siguiente en medio millón, y al otro en un millón, y así sucesivamente, hasta que al cabo de cuatro años nos convertimos en una industria con un capital de cinco millones de dólares. Teníamos casi trescientos empleados, incluyendo a la Cagarruta y el Vegetal, los cuales habían dejado la lucha libre, y los puse a trabajar en el almacén. Intentamos dar con Dan,

pero había desaparecido sin dejar rastro. Al cabo de un tiempo me encontré con Mike, el promotor de combates de lucha libre, y lo puse a cargo del departamento de relaciones públicas y publicidad. Por sugerencia del señor Tribble, Mike contrató a Raquel Welch para que rodara unos *spots* de televisión. Le pusimos un traje de cangrejo y salía bailando y cantando: «Jamás han probado unos cangrejos como los de Sue».

Las cosas no podían irnos mejor. Compramos una flota de camiones refrigeradores y unos barcos para la pesca de gambas y ostras. Teníamos una fábrica conservera, un edificio de oficinas, e invertimos mucho dinero en urbanizaciones, centros comerciales y compañías petrolíferas y de gas. Contratamos al profesor Quackenbusch, el catedrático de inglés de Harvard, al que habían expulsado de la universidad por acosar sexualmente a una alumna y lo colocamos de cocinero, para que ayudara a mi madre con sus recetas de pescado. También contratamos al coronel Gooch, pues lo habían expulsado del Ejército a raíz de nuestra gira por medio país cuando me dieron la medalla del Congreso. El señor Tribble lo puso a cargo del departamento de «actividades encubiertas».

Mi madre mandó que nos construyeran una casa enorme, pues dijo que no estaba bien que un ejecutivo como yo viviera en una cabaña. Dijo que Sue podía quedarse a vivir en la cabaña para vigilar que no nos robaran nada. Todos los días me ponía un traje y cogía mi cartera de ejecutivo para ir a la oficina. Tenía que asistir a un montón de reuniones y oír un montón de chorradas que sonaban como la jerga de los pigmeos, mientras todos me llamaban «señor Gump» y me hacían reverencias y esas cosas. En Mobile me entregaron las llaves de la ciudad y me pidieron que participara en la junta de directores del hospital y de la orquesta sinfónica.

Un día llegaron unos tíos a mi despacho diciendo que querían que me presentara como candidato a senador de los Estados Unidos.

—Es usted el hombre ideal para el cargo —dijo uno de ellos, que llevaba un traje de mil rayas y fumaba un gigantesco puro—. Una antigua estrella del fútbol, un héroe de guerra, un famoso astronauta y amigo de varios presidentes. ¿Qué más podemos pedir? —preguntó.

Se llamaba señor Claxton.

—Nada —contesté—. Sólo soy un idiota. No sé nada de política.

—¡Precisamente por eso! —exclamó el señor Claxton—. Necesitamos a hombres como usted. Constituyen la sal de la tierra. ¡La sal de la tierra!

La idea me gustaba tan poco como la mayoría de ideas que me propone la gente, porque cuando les hago caso por lo general acabo metiéndome en un lío. Pero cuando se lo dije a mi madre se emocionó mucho y dijo que se sentía muy orgullosa y que la máxima ilusión de su vida era ver a su hijo convertido en senador.

El día en que debíamos anunciar mi candidatura, el señor Claxton y los otros



alquilaron un auditorio en Mobile y me hicieron subir a un escenario ante una multitud que había pagado cincuenta centavos por barba para oír las chorradas que iba a decirles. Después de que otros soltaran unos discursos que no se acababan nunca, me tocó a mí.

—Queridos conciudadanos —empecé a decir.

El señor Claxton y los otros me habían escrito el discurso y más tarde el público me haría unas preguntas. Las cámaras de televisión retransmitían el acto, los fotógrafos disparaban sus flashes y los reporteros tomaban nota de lo que decía yo. Leí todo el discurso, que no era muy largo ni tenía tampoco mucho sentido, pero qué iba a saber yo. No soy más que un idiota.

Cuando terminé, una periodista se levantó, miró sus notas y dijo:

—Nos hallamos al borde de un desastre nuclear, la economía está en quiebra, el mundo entero nos critica, la tasa de delincuencia ha aumentado en nuestras ciudades, muchas personas mueren de hambre a diario, la religión ha desaparecido de nuestros hogares, la codicia y la avaricia campan por sus respetos, nuestros agricultores están arruinados, los extranjeros invaden nuestro país y ocupan nuestros puestos de trabajo, nuestros sindicatos están minados por la corrupción, los niños mueren en los guetos, los impuestos son excesivos, nuestras escuelas son un caos y la hambruna, las plagas y la guerra nos amenazan. En vista de todo ello, señor Gump, ¿cuál es, en su opinión, el tema más urgente?

El auditorio estaba tan silencioso que no se oía ni una mosca.

—Tengo ganas de orinar —contesté.

Al oír esto el público enloqueció. La gente empezó a gritar, a aclamarme y a saludarme con la mano. En el fondo de la sala alguien empezó a canturrear, seguido por un coro de voces:

—¡TENEMOS GANAS DE ORINAR! ¡TENEMOS GANAS DE ORINAR!

Mi madre, que estaba sentada detrás de mí, en el escenario, se levantó, me agarró del brazo y me obligó a bajar del estrado.

—Debería avergonzarte decir esas cosas en público —me dijo.

—¡No, no! —replicó el señor Claxton—. ¡Es perfecto! Al público le ha encantado. Lo utilizaremos como eslogan en nuestra campaña.

—¿Qué es lo que van a utilizar? —preguntó mi madre, mirando con recelo al señor Claxton.

—La frase «Tenemos ganas de orinar» —respondió el señor Claxton—. ¿No oye cómo aplauden y aclaman a su hijo? ¡Ha conseguido meterse al público en el bolsillo!

Pero mi madre protestó:

—¿Cómo van a usar ese eslogan en la campaña? Es una ordinariez, es repugnante... Además, ¿qué significa?

—Es un símbolo —contestó el señor Claxton—. Llenaremos las calles de carteles

y pegatinas con ese eslogan. Lo usaremos en los anuncios de radio y televisión. Es genial. La frase «tenemos ganas de orinar» viene a ser un símbolo de nuestro deseo de librarnos del yugo del gobierno, de la opresión del Estado, de todo cuanto es injusto en este país... Representa la frustración y las ganas de librarnos de todo eso.

—¿Es que se ha vuelto loco? —le preguntó mi madre.

—Forrest —dijo el señor Claxton—, ha dado el primer paso en su carrera hacia Washington.

La campaña fue un éxito y todo el mundo repetía el eslogan «Tenemos ganas de orinar». La gente lo gritaba por las calles, desde los coches y los autobuses. Los comentaristas de televisión y los periodistas se esforzaban en explicar a la gente su significado. Los predicadores lo pronunciaban desde el púlpito y los niños lo cantaban en las escuelas. Todo parecía indicar que iba a ganar las elecciones. El otro candidato se puso tan nervioso que ideó un eslogan que decía «Yo también tengo ganas de orinar», y llenó el Estado de carteles con esa frase.

De pronto todo se vino abajo, tal como me temía.

La frasecita de «Tengo ganas de orinar» despertó la curiosidad de los medios de comunicación nacionales y al cabo de unos días el *Washington Post* y el *New York Times* enviaron a unos reporteros de investigación a analizar el asunto. Me hicieron muchas preguntas, y luego empezaron a hurgar en mi pasado. Un buen día aparecieron en la portada de todos los periódicos del país los siguientes titulares: «La pintoresca carrera del candidato al Senado».

Primero escribieron que había sido expulsado de la universidad el primer año. Luego contaron lo del día en que fui al cine con Jenny y la policía me llevó detenido. Luego publicaron la foto en que aparecía enseñando el culo al presidente Johnson en el jardín de la Casa Blanca. También publicaron comentarios de gente que me había conocido cuando tocaba con los Huevos Cascados, diciendo que era aficionado a los porros y mencionando «un turbio incidente» ocurrido en la Universidad de Harvard.

Lo peor fue que averiguaron que había sido arrestado por arrojar mi medalla delante del Capitolio y que un juez me había condenado a pasar una temporada en un manicomio. También averiguaron que me había dedicado a la lucha libre bajo el apodo de el Zopenco. Incluso publicaron una foto en la que aparecía atado como una momia junto al Profesor. Por último mencionaban unas «fuentes secretas», según las cuales me había visto envuelto en un «escándalo sexual con una conocida actriz de Hollywood».

Eso fue el colmo. El señor Claxton entró precipitadamente en nuestro cuartel general y gritó:

—¡Estamos acabados! ¡Nos han apuñalado por la espalda!

Mi carrera política había terminado. No tuve más remedio que retirar mi

candidatura, y al día siguiente mi madre, el señor Tribble y yo nos sentamos a hablar muy seriamente.

—Forrest —dijo el señor Tribble—, creo que te conviene desaparecer durante una temporada.

Tenía razón. Además, había otras cosas que me preocupaban desde hacía tiempo, aunque no había dicho una palabra a nadie.

Al principio, cuando monté el negocio de las gambas disfrutaba trabajando, levantándome al amanecer para bajar a las charcas y colocar las redes y recoger las piezas, y sentarme por las noches en el porche de la cabaña y charlar con Sue o tocar la armónica, y bajar los sábados por la noche a comprar unas cervezas y emborracharme.

Ahora las cosas habían cambiado. Tenía que asistir a un montón de cenas donde servían unos misteriosos platos y las señoras llevaban pendientes y chorradas de ésas. El teléfono no paraba de sonar durante todo el día y la gente me preguntaba mi opinión sobre toda clase de temas. En el Senado, habría sido peor. No tenía tiempo de nada, ni siquiera de vivir.

Ahora, cuando me miro en el espejo veo que tengo la cara llena de arrugas, el pelo gris y menos energía que antes. El negocio marcha estupendamente, pero no me llena. A veces me pregunto por qué hago todo esto. Hace tiempo, Bubba y yo planeamos montar un negocio, que se ha convertido en realidad. Pero no es tan divertido como jugar contra los salvajes del Nebraska en el Orange Bowl, ni tocar la armónica con los Huevos Cascados en Boston, ni ver *The Beverly Hillbillies* en televisión con el presidente Johnson.

Supongo que Jenny Curran tiene algo que ver con mi estado de ánimo, pero como no puedo hacer nada, es inútil darle vueltas.

Un día decidí dejarlo todo y marcharme. Mi madre se puso a llorar y a estrujarse las manos como de costumbre, pero el señor Tribble lo comprendió perfectamente.

—Puedes decir a la gente que quieres tomarte unas largas vacaciones —dijo—. Naturalmente, podrás volver a ocupar tu puesto en la empresa cuando lo desees.

Conque ya estaba decidido. Una mañana cogí un poco de dinero y metí unas cosas en una bolsa. Me despedí de mi madre, el señor Tribble, Mike, el profesor Quackenbusch, la Cagarruta, el Vegetal, el Serpiente, Fellers, los energúmenos, el padre de Bubba y de todos los demás.

Luego bajé a la cabaña a ver a Sue.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté.

Sue me agarró la mano, cogió la bolsa y salimos. Nos montamos en el bote y nos dirigimos a Bayou La Batre, donde cogimos el autocar para Mobile. La señora que vendía los billetes me preguntó:

—¿Adónde desea ir?

Yo me encogí de hombros.

—¿Por qué no va a Savannah? —me preguntó la señora de los billetes—. Es una ciudad muy bonita.

Así que nos fuimos a Savannah.

Nos bajamos del autocar en Savannah, donde estaba lloviendo a cántaros. Sue y yo entramos en la estación, pedí una taza de café, pagué y me la bebí fuera, debajo del alero del edificio para no mojarme, mientras pensaba en lo que debía hacer.

En realidad no tenía un plan, de modo que cuando terminé de beberme el café saqué la armónica y me puse a tocar. Toqué un par de canciones y, de pronto, un tipo que pasaba en aquellos momentos frente a la estación me arrojó unos centavos en la taza de café. Yo seguí tocando y al cabo de un rato la taza estaba medio llena de monedas.

Cuando dejó de llover, Sue y yo echamos a andar y al poco rato llegamos a un parque situado en el centro de la ciudad. Me senté en un banco y me puse a tocar la armónica y la gente me echaba monedas de veinticinco y cincuenta centavos en la taza de café. Sue no tardó en darse cuenta de que estábamos haciendo un negocio redondo, de modo que cuando veía pasar a alguien se acercaba con la taza para que le echaran unas monedas. Al anochecer conté las monedas y vi que me habían dado cinco dólares.

Aquella noche dormimos en un banco en el parque. Hacía una noche despejada y las estrellas y la luna brillaban en el cielo. Por la mañana desayunamos y luego me puse a tocar la armónica otra vez, mientras la gente se dirigía a su trabajo. Aquel día ganamos nueve dólares, y al final de la semana habíamos recogido una buena cantidad de dinero. El lunes vi una pequeña tienda de música y entré a ver si tenían una armónica en clave de sol, porque estaba un poco cansado de tocar siempre en clave de do. En un rincón de la tienda vi un teclado de segunda mano, muy parecido al que solía usar George, el pianista de los Huevos Cascados.

Cuando pregunté al dueño cuánto valía me dijo que doscientos dólares, pero que estaba dispuesto a rebajarme el precio. Conque compré el teclado y el tipo incluso me regaló un soporte para apoyar el teclado y tocar al mismo tiempo la armónica. Eso hizo que aumentara nuestra popularidad entre el público. Al cabo de quince días ganábamos casi diez dólares diarios, de modo que regresé a la tienda de música y compré una batería de segunda mano. Después de practicar durante unos días, conseguí tocar la batería casi tan bien como el teclado y la armónica. Tiré la vieja taza de cartón a la basura y compré una de hojalata para que Sue recogiera las monedas que nos daba la gente. Yo tocaba de todo, desde *The Night They Drove Old*

*Dixie Down* hasta *Swing Low, Sweet Chariot*; y también encontré una pensión en la que admitieron a Sue y nos daban de desayunar y de cenar.

Una mañana Sue y yo regresamos al parque cuando de pronto se puso a llover. Tengo que decir que en Savannah llueve un día sí y el otro también, al menos ésa fue la impresión que tuve. El caso es que al pasar frente a un edificio de oficinas vi algo que me pareció familiar.

Se trataba de un individuo, vestido con un traje oscuro, que estaba de pie en la acera, sosteniendo un paraguas, frente a una bolsa grande de basura. Debajo de la bolsa había alguien, que se había metido debajo para refugiarse de la lluvia, y lo único que vi fue unas manos que estaban lustrando los zapatos del tipo del traje oscuro. Atravesé la calle y al acercarme vi que debajo de la bolsa asomaban las ruedas de un carrito. Me sentí tan feliz que estaba a punto de reventar. Levanté la bolsa y vi que se trataba, efectivamente, de mi viejo amigo Dan que se ganaba la vida como limpiabotas.

—No hagas el ganso y devuélveme la bolsa —dijo Dan—. Me estoy quedando empapado. —Luego vio a Sue y añadió—: Conque te has casado, ¿eh?

—Es un macho —contesté—. ¿Te acuerdas cuando fui al espacio? Sue nos acompañó.

—Oye, tú vas a limpiarme los zapatos ¿o qué? —preguntó el tío del traje oscuro.

—Vete a la mierda —contestó Dan—, antes de que te parta las suelas de un mordisco.

El tío se largó a toda prisa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté a Dan.

—¿Qué crees que estoy haciendo? —respondió—. Me he convertido en un comunista.

—¿Como los que tíos contra los que fuimos a luchar en Vietnam? —pregunté.

—No —contestó Dan—, éstos eran unos comunistas vietnamitas. Yo soy un comunista auténtico, un marxista, un leninista, un trotskista.

—¿Y por qué trabajas de limpiabotas? —pregunté.

—Para avergonzar a los lacayos imperialistas —contestó—. En mi opinión, nadie que se haga lustrar los zapatos vale una mierda, de modo que cuantos más zapatos limpio más satisfecho me siento.

—Si tú lo dices... —dije.

De pronto Dan tiró el trapo y retrocedió en su carrito de ruedas para refugiarse de la lluvia bajo el tejado del edificio.

—Maldita sea, Forrest, no soy un comunista —dijo—. En mi situación, no creo que me admitieran en el partido.

—Por supuesto que sí —respondí yo—. Siempre me dijiste que yo podía llegar a ser lo que quisiera... y tú también.

—¿Todavía crees esas chorradas? —me preguntó.  
—He visto a Raquel Welch en pelotas —dije.  
—¿En serio? —preguntó Dan—. ¿Y qué te pareció?

Después de nuestro encuentro, Dan, Sue y yo nos juntamos. Dan no quería vivir en la pensión, de modo que por las noches dormía fuera, debajo de la bolsa de basura. «Estas cosas imprimen carácter», decía. Me contó lo que había hecho desde que se marchó de Indianápolis. En primer lugar, perdió en las carreras de galgos todo el dinero que había sacado con lo de la lucha libre, y lo poco que le quedaba se lo bebió. Luego consiguió un trabajo en un taller de reparaciones de coches, porque le resultaba fácil meterse debajo de los coches con el carrito, pero se cansó de ir siempre lleno de grasa y aceite.

—Puede que sea un inválido inútil, un vago y un borracho —dijo—, pero jamás he sido un guarro.

Luego regresó a Washington, donde habían montado unos festejos para inaugurar un monumento en honor de los que habíamos ido a luchar a Vietnam, y cuando lo vieron, y se enteraron de quién era, le pidieron que pronunciara un discurso. Pero Dan se emborrachó en una recepción y se olvidó de lo que tenía que decir. Conque robó una Biblia del hotel donde se alojaba, y cuando llegó el momento de soltar el discurso, les leyó todo el libro del Génesis y ya iba a leerles unos párrafos de los Números cuando le apagaron el micro y lo echaron de la sala. Después de eso se dedicó durante un tiempo a pedir limosna, pero lo dejó porque no era «digno».

Yo le conté que había jugado al ajedrez con el señor Tribble y que había montado un negocio de gambas y que pensaba presentarme como candidato a senador, pero Dan parecía más interesado en que le hablara de Raquel Welch.

—¿Crees que sus tetas son auténticas? —me preguntó.

Hacía aproximadamente un mes que habíamos llegado a Savannah, y las cosas nos iban bastante bien. Yo seguía haciendo mi número musical mientras Sue recogía el dinero que nos echaban y Dan limpiaba los zapatos de la gente que se detenía para escucharnos. Un día vino un reportero y nos tomó unas fotos que aparecieron publicadas en la portada del periódico.

«Unos pordioseros entretienen a los viandantes en un parque público», decía el titular.

Una tarde, mientras tocaba la armónica y pensaba que deberíamos ir a Charleston, me fijé en un niño que se había parado delante de la batería y me miraba fijamente.

Yo tocaba *Ridin on the City of New Orleans* y el chico me miraba muy serio, pero había algo en sus ojos, una lucecita, que me recordaba algo, aunque no supe

exactamente lo que era. De pronto levanté la vista y vi a una señora entre el grupo de curiosos.

Por poco me desmayo de la impresión. Era Jenny Curran.

Llevaba el pelo ondulado y parecía más vieja y cansada, pero no cabe duda de que era Jenny. Me quedé tan sorprendido que solté una nota desafinada. Cuando terminé la canción Jenny se acercó y cogió al niño de la mano.

—En cuanto oí la música deduje que eras tú, Forrest —dijo—. Nadie toca la armónica así.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté.

—Vivimos aquí —respondió—. Donald es el jefe de ventas en una empresa que fabrica tejas. Llevamos tres años viviendo aquí.

Como había dejado de tocar, la gente se marchó y Jenny se sentó en el banco junto a mí. El niño empezó a jugar con Sue, y Sue se puso a dar volteretas para divertir al niño.

—¿Qué haces tocando la armónica en un parque? —preguntó Jenny—. Mi madre me contó por carta que habías montado un próspero negocio de gambas en Bayou La Batre y que te habías hecho millonario.

—Es una larga historia —contesté.

—No te habrás vuelto a meter en un lío —dijo Jenny.

—No —contesté—. ¿Y tú cómo estás?

—Bien —respondió Jenny—. Supongo que tengo lo que deseaba.

—¿Ese niño es tu hijo? —le pregunté.

—Sí. ¿Verdad que es muy guapo?

—Desde luego. ¿Cómo se llama?

—Forrest.

—¿Forrest? —pregunté—. ¿Le has puesto mi nombre?

—Claro —respondió Jenny suavemente—. Al fin y al cabo, es tuyo.

—¿Qué quieres decir?

—Que es hijo tuyo, Forrest. Es tu hijo. El pequeño Forrest.

Yo miré al niño, que reía y aplaudía mientras Sue seguía dando volteretas.

—Debí decírtelo —continuó Jenny—, pero cuando me marché de Indianápolis estaba embarazada. No sé por qué, pero no quise decírselo a nadie. Tenía miedo de que... Bueno, estaba embarazada y tú te hacías llamar el Zopenco y estaba preocupada porque no sabía cómo saldría el niño...

—¿Quieres decir que tenías miedo de que fuera idiota?

—Sí —respondió Jenny—. Pero gracias a Dios no es idiota. Es un niño muy inteligente. Este año empezará el segundo curso escolar. El año pasado sacó sobresaliente en todas las asignaturas. ¿No es increíble?

—¿Estás segura de que es mío?



—No cabe la menor duda —contestó Jenny—. Dice que de mayor quiere ser futbolista o astronauta.

Miré otra vez al niño y vi que estaba fuerte y sano. Tenía una mirada limpia y parecía no tener miedo a nada. En aquel momento Sue y él saltaban a la pata coja.

—¿Y cómo está tu...? —pregunté a Jenny.

—¿Te refieres a Donald? —contestó—. No sabe que el niño es hijo tuyo. Lo conocí poco después de marcharme de Indianápolis. Tenía miedo de que se me notara el embarazo y no sabía qué hacer. Es un buen hombre. Nos quiere mucho. Tenemos una casa y dos coches, y todos los sábados nos lleva a la playa o al campo. Los domingos asistimos a la iglesia, y Donald está ahorrando para enviar a Forrest a la universidad.

—¿Podría verlo y hablar con él un minuto? —le pregunté.

—Claro —contestó Jenny.

Llamó al niño y éste se acercó corriendo.

—Forrest —dijo Jenny—, quiero presentarte a otro Forrest. Es un viejo amigo mío. Te he puesto su nombre.

El niño se sentó a mi lado y dijo:

—Tienes un mono muy gracioso.

—Es un orangután —respondí—. Se llama Sue.

—¿Por qué le has puesto Sue si es un macho?

En aquel momento comprendí que mi hijo no era ningún idiota.

—Tu madre me ha dicho que quieres ser futbolista o astronauta —dije.

—Sí —contestó el niño—. ¿Entiendes algo de fútbol o de astronautas?

—Un poco —contesté—, pero estoy seguro de que tu padre entiende mucho más que yo.

De pronto el niño me dio un abrazo. No fue un abrazo muy fuerte, pero fue suficiente.

—Voy a jugar con Sue —dijo de pronto, levantándose de un salto.

Sue organizó un juego en el que Forrest arrojaba una moneda en la taza de hojalata y Sue intentaba cazarla al vuelo.

—A veces me cuesta creerlo —dijo Jenny, dándome un golpecito en la rodilla—. Hace más de treinta años que nos conocemos, desde que íbamos a la escuela.

El sol brillaba a través de los árboles e iluminaba el rostro de Jenny. Vi que tenía los ojos húmedos, pero no lloró; sin embargo, noté algo, como un latido, aunque no supe exactamente qué era, pero estaba ahí.

—No puedo creerlo —repitió. Luego se inclinó y me dio un beso en la frente.

—¿Y eso a qué viene? —pregunté.

—Idiotas —dijo Jenny. Noté que le temblaban los labios—. Todos somos unos idiotas.

Luego se levantó, cogió al pequeño Forrest de la mano y se fueron.

Sue se sentó frente a mí y dibujó unas líneas cruzadas en la tierra. Yo puse una X en la casilla superior derecha, Sue puso una O en la casilla del centro y enseguida comprendí que ninguno de los dos íbamos a ganar.

Después de mi encuentro con Jenny hice un par de cosas. En primer lugar llamé al señor Tribble y le dije que diera el diez por ciento de mi parte del negocio de las gambas a mi madre y otro diez por ciento al padre de Bubba, y el resto que se lo enviara a Jenny para el pequeño Forrest.

Después de cenar me quedé toda la noche despierto, pensando, aunque no es algo que me resulte muy fácil. Pensé en mi encuentro con Jenny, y en nuestro hijo, y pensé también que quizá las cosas se arreglarían entre nosotros. Pero cuanto más pensaba en ello, más claro veía que era imposible. No porque yo fuera un idiota, sino porque la vida es así. Además, comprendí que era mejor que el niño viviera con Jenny y con su marido, que le darían cariño y una buena educación en vez de tener que vivir con un padre que tiene los sesos de un mosquito.

Al cabo de unos días Sue, Dan y yo nos marchamos. Primero fuimos a Charleston, luego a Richmond, luego a Atlanta, luego a Chattanooga, luego a Memphis, luego a Nashville y luego a Nueva Orleans.

En Nueva Orleans a la gente le importa un bledo lo que hagas, de modo que los tres lo pasamos en grande tocando en Jackson Square y contemplando lo que hacían otros vagabundos como nosotros.

Me he comprado una bicicleta con dos pequeños sidecares para que puedan montarse Sue y Dan, y todos los domingos bajamos al río en bicicleta y nos sentamos a pescar en la orilla. Jenny me escribe una vez al mes, y me envía fotos del pequeño Forrest. En la última que me mandó aparece el niño vestido con un traje de futbolista. Conozco a una chica que trabaja de camarera en un local de *striptease* y de vez en cuando salimos. Se llama Wanda. Muchas veces, Sue, Dan y yo nos paseamos por el barrio francés y nos distraemos mirando a la gente. Les aseguro que se ven tíos muy raros, parecen unas reliquias de la Revolución Francesa.

Un día se presentó un reportero del periódico local y me dijo que quería escribir un artículo sobre mí porque era el mejor hombre-orquesta que había visto en su vida. El tipo me hizo muchas preguntas sobre mi vida y yo empecé a contarle mi historia. Pero cuando iba por la mitad el reportero se levantó y dijo que no podía publicar esas cosas porque nadie iba a creérselas.

A veces, por las noches, cuando miro las estrellas y veo el cielo allá arriba, recuerdo todo lo que me ha sucedido. Tengo sueños, como todo el mundo, y de vez en cuando pienso en que las cosas quizá podrían haber sido de otro modo. Y luego, de pronto, te das cuenta de que has cumplido cuarenta, cincuenta, sesenta años...

Bueno, ¿y qué? Puede que sea un idiota, pero la mayoría de las veces traté de

hacer lo que debía hacer. Además, los sueños sólo son sueños. De todos modos, cuando lo pienso, me digo: al menos mi vida no ha sido aburrida.

¿Comprenden lo que quiero decir?

FIN



WINSTON GROOM (Washington, 23 de marzo de 1944) es un escritor americano conocido por su novela *Forrest Gump*, que resultó un gran éxito internacional tras la adaptación cinematográfica que realizó Robert Zemeckis.

Groom fue soldado en Vietnam y luego trabajó como periodista antes de comenzar su carrera como escritor, con la que llegó a ser finalista del Pulitzer en 1983.